

HOMILÍA 10

1. Me gozo y congratulo de todos vosotros, porque habéis cumplido la advertencia que poco ha os hice para con los que no ayunan y que por esta causa estaban ausentes. Pues estoy pensando que son muchos los que cenados hoy están presentes y hermean por completo esta oración mía; lo que conjeturo así, porque se ha agrandado el espectáculo y el número de los oyentes. Según aparece, no en vano hemos hablado mucho de los mismos hace poco, exhortando a vuestra caridad que los atrajáseis a la madre, y que les persuadiéseis que es lícito, aun después de la comida del cuerpo, no quedarse defraudados de la participación del alimento espiritual. Mas yo os pregunto, mis

amados: ¿cuándo lo habéis hecho mejor? ¿Acaso cuando, dejada de lado la sinaxa, después de la mesa os íbais a dormir, o ahora cuando, después de la mesa, os habéis juntado para oír las leyes divinas? ¿Cuando os estábais en la plaza y tomábais parte en sesiones de ningún provecho, o ahora cuando estáis reunidos con vuestros hermanos y oís las palabras de los profetas? No es ignominioso el comer, queridos, pero sí lo es que, tomado el sustento, permanezcáis en casa y estéis privados de esta sagrada solemnidad. Porque al quedarte en casa estarás más ocioso y perezoso: pero acudiendo aquí, sacudirás el sueño y la pereza, y no sólo la pereza, sino que también, deponiendo la tristeza, estarás más pronto y más alegre para cuantos casos ocurran. Y ¿qué necesidad hay de añadir más? Con que te pongas cerca de alguno que ayuna, al momento sentirás una suavidad de olor del mismo. Porque quien ayuna es un espiritual ungüento, que trasciende la buena disposición del alma por los ojos, por la lengua y por todo su ser. Esto he dicho, no para acusar a los que han comido, sino para señalar la ventaja del ayuno.

VALE MÁS OÍR LA PALABRA DE DIOS, QUE AYUNAR. Pero llamo ayuno, no sólo al abstenerse de alimentos, sino más que a esto, a la huida de pecados: porque el convidado, y que ha acudido aquí con la modestia congruente, no es vencido gran cosa por el que ayuna; como a su vez el ayunante que no atiende con empeño y diligencia a lo que se dice, de tal ayuno sacará bien poca utilidad. Pues el que come y participa del santo sermón con el correspondiente cuidado, es mucho mejor que el que nada come y está ausente: porque no puede ayudarnos la dieta tanto, cuanto la asistencia a la doctrina espiritual aprovecha y reporta ventaja. ¿Dónde oirás estas cosas? ¿Lo que aquí filosofas? Si vas a la plaza, allí riñas y peleas; si a la curia, los cuidados de las cosas civiles; si a la casa, atormenta por doquiera la solicitud de las cosas privadas; si a los consejos y sesiones del foro-mercado, allí todo lo terreno y corruptible, porque todos cuantos a él acuden hablan o de lo que se vende, o de los tributos, o de las comidas exquisitas y abundantes, o de la venta de campos, o de otros contratos, o de testamentos, o de herencias, o de otras cosas parecidas. Y si te acercas a los salones regios, allí también oirás que todos hablan de dinero y riquezas, del poder, de la gloria, cosas aquí estimadas; pero de lo espiritual, nada. Aquí, empero, todo lo contrario: de las cosas que hay en el cielo, del alma, de nuestra vida, del por qué hemos sido criados, y por qué estamos aquí tanto tiempo, y para dónde emigramos de aquí, y

qué nos recibirá después de esto, y por qué motivo tenemos cuerpo bajo, y cuál es la naturaleza de la muerte, y por fin qué es la vida presente y cuál la futura; absolutamente de nada terreno, sino que todos nuestros discursos tratan de las cosas espirituales; y los que tomemos grandes viáticos de nuestra salvación, de aquí saldremos así con fundada esperanza.

2. Y puesto que no en balde arrojamamos las semillas, sino que, como os había exhortado, habéis cazado a todos cuantos habíanse distanciado de vosotros, vamos a pagaros el servicio, y recordando unas pocas cosas anteriormente dichas, demos también las restantes.

Y ¿cuáles cosas están antedichas? Preguntábamos cómo y de qué manera ordenó Dios nuestras cosas anteriormente del don de las Escrituras, y decíamos que por la creación había enseñado a nuestro linaje, extendiendo el cielo y mostrándolo, libro máximo para ignorantes y para sabios, para pobres y para ricos, para escitas y para Bárbaros, y útil en general para todos los que habitan la tierra, el libro más grande de los que se enseñan. También disertamos muchas cosas de la noche y del día, y del orden de éstos, y de la conveniencia diligentemente guardada por ellos: y mucho sobre las estaciones del año, sobre su número y de su igualdad. Pues así como el día ni media hora siquiera tiene más que la noche en todo el año, así las estaciones se han distribuido por igual los días todos: y como antes decía, demuestran al creador no sólo la grandeza y hermosura de la creación, sino también el mismo modo del conjunto de los elementos naturales, y porque el orden de la creación está sobre la razón y sus deducciones. Porque en razón estaba que el agua fuese llevada sobre la tierra; pero ahora vemos lo contrario, que la tierra está llevada sobre las aguas. Natural es que el fuego tienda hacia arriba; mas ahora vemos lo contrario, que los rayos solares se dirigen hacia abajo, hacia la tierra, y que las aguas están sobre los cielos, y que no son consumidas; que el sol, al correr por debajo, no es apagado por las aguas, ni evapora aquel agua. A esto añadimos que todo está compuesto de cuatro elementos entre sí contrarios y en lucha, y que el uno no destruye al otro, aunque deba consumirlo dada su naturaleza. De lo cual es manifiesto que un cierto poder invisible lo prohíbe, y que el vínculo es la voluntad de Dios. Hoy quiero detenerme más en este discurso, pero despertad y estadme atentos con diligencia.

Mas para que el milagro se haga más patente tomaré la demostración de nuestro propio cuerpo. Porque este nuestro corto y pequeño

cuerpo se compone de cuatro elementos: así la sangre es caliente, la bilis amarilla es seca, la pituita es húmeda, la otra bilis es fría. Y nadie tenga este discurso por incongruente: porque *“el hombre espiritual discierne de todo, y nadie puede a él discernirle”* (1 COR. 2-15). Así también Pablo tocó razones de la agricultura, al disertarnos de la resurrección: *“¡Necio! lo que tú siembras no recibe vida si primero no muere”* (1 COR. 15-36). Pues si aquel bienaventurado trataba de agricultura, nadie nos acuse si tocamos en cosas de medicina: pues de Dios, de la creación de Dios hablamos ahora, y nos es necesario un argumento de esta ciencia. Pues como he dicho arriba, nuestro cuerpo está compuesto de estos cuatro elementos, y si una parte se separa del todo, de esta disidencia proviene la muerte: así, por razón de ejemplo, al sobreabundar la bilis se produce fiebre, y si prevalece desmesuradamente, ocasiona muerte arrebatada: otras veces, con exceso de frío, nacen parálisis, temblores, apoplejías e innumerables enfermedades, y finalmente, cualquier clase de enfermedades nace del exceso de estos humores, siempre que uno de ellos, saliendo de los propios límites, insurge contra los otros, y daña toda la proporción.

EL MUNDO NO PUEDE SUBSISTIR SIN LA PROVIDENCIA DE DIOS. Pregunta, pues, a quien diga que todas las cosas, nacidas por sí mismas, por sí subsisten. Si este pequeño y diminuto cuerpo, usando medicamentos y de la ciencia médica, con el alma que interiormente lo arregla, y con mucha filosofía, y con otras incontables ayudas, no puede estar siempre en buena salud, sino que muchas veces perece y se corrompe por una perturbación que le sobrevino: ¿cómo un mundo tan grande, que tiene tantas moles de cuerpos, y que está compuesto de los mismos elementos, si no gozase de mucha providencia, habría podido permanecer no turbado en tanto tiempo? Porque no se compagina razonablemente que nuestro cuerpo, teniendo providencia interior y exterior, apenas pueda conservarse; y que mundo tan grande, sin disfrutar de providencia, por tantos años no haya sufrido nada de lo que padece nuestro cuerpo. Porque pregunto yo: ¿cómo es que de estos elementos ninguno se ha excedido, ni ha consumido a los otros? y ¿quién los juntó desde el principio? ¿quién los ató? ¿quién los frenó? ¿quién los contiene durante tanto tiempo? Porque si la mole del mundo hubiera sido un cuerpo simple y uniforme, no hubiera sido tan imposible lo que se dice: pero cuando hubo desde el principio tan grande lucha de elementos, ¿quién tan demente que piense que éstos se hayan concertado por sí mismos sin nadie que obligase, y que

hayan permanecido juntos? Que si nosotros, no por el natural, sino por voluntad, malamente afectados unos con otros no nos concertamos espontáneamente, sino que persistimos enemistados y estamos en mutuo desacuerdo por el ánimo ofendido; y necesitamos de un tercero que nos junte, y después que nos haya juntado, nos constriña y nos persuada a permanecer en paz, y a no separarse otra vez: ¿de qué manera los elementos, que no están dotados ni de razón, ni de sentido alguno, y que por naturaleza son entre sí enemigos, que se rechazan, hubieran convenido y marchado los unos con los otros, y hubieran podido permanecer el uno con el otro, si no hubiera una potencia indecible que los juntase, y una vez reunidos los contuviera siempre con tal vínculo?

3. ¿No ves cómo este cuerpo, en volando el alma, se cae, y marcha, y perece, y cada uno de los elementos se va por su lado? Esto mismo, de seguro, sucedería también en este mundo si el poder perpetuo que lo gobierna lo hubiese dejado sin la propia providencia. Pues to que si una nave sin capitán no perduraría, sino que fácilmente se vería hundirse: ¿cómo subsistiría el mundo tanto tiempo sin que nadie lo gobierne? Y para no decir más, piensa que el mundo es un navío, su quilla es la tierra, su velamen el cielo, los navegantes pasajeros los hombres, el mar es el abismo inferior: ¿pues cómo en tanto tiempo no ha ocurrido un naufragio? Si no, deja un navío por un solo día sin alguien que gobierne y sin marineros, y al momento lo verás hundido; mas al mundo nada semejante le ha pasado, teniendo ya cinco mil y muchos más años. Pero ¿qué digo un navío? Levantó alguien en la viña una casucha o una choza, y una vez cogido el fruto la deja abandonada, y muchas veces ni dos días dura, sino que se deshace y se cae. Ahora bien, el tugurio no estaba en pie sin alguien que provea; y una creación tan grande, tan hermosa, tan admirable, y las leyes del día y de la noche, y la danza o curso de las horas, y la natural sucesión variada y omnímoda en la tierra, en el mar, aire, cielo, y en las plantas, y en las aves que vuelan, en los nadadores, en los seres que andan, en los que se arrastran, y en la especie humana, que a todos ellos sobrepuja en dignidad, ¿hubiera permanecido estable por tanto tiempo sin ninguna providencia?

Además, acompáñame mentalmente recorriendo las huertas, las clases de flores, todas las hierbas y sus empleos, las fragancias, figuras, el lugar, sólo los hombres, los árboles frutales y de leña, la naturaleza de los metales, de los animales terrestres, de los marinos, de los

acuáticos, de los que andan por los aires, los montes, los bosques, las arboledas, abajo el prado, arriba prado, pues hay prado en la tierra, y le hay en el cielo, las flores varias de los astros, correspondientes a las rosas de abajo, arriba el iris. ¿Quieres que te muestre un prado en las aves? Mira el cuerpo del pavo real, variado de colores y que aventaja a todo lo teñido, y a las avecillas de color de púrpura. Piensa en la hermosura del cielo, cuánto tiempo lleva, y no se ha empañado, sino que está como recién fabricado, tan brillante y resplandeciente está: piensa en el vientre de la tierra, que pare hace tanto, en cómo no se ha debilitado su fecundidad. Piensa en las fuentes, cómo brotan, y no se han secado desde que fueron puestas, manando continuamente de día y de noche; piensa en el mar, que recibiendo tantos ríos, nunca salió de madre. Pero ¿hasta dónde vamos a proseguir lo incomprensible? Justo es que en cada cosa enumerada se diga: “*¡Cuán grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho sabiamente*” (Ps. 103,24).

Mas ¿qué suelen responder a esto los infieles, cuantas veces les recordamos la grandeza del mundo, el ornato, la abundancia, la riqueza en todo? Precisamente, dicen, esto mismo es el mayor motivo de quejarnos, por haber Dios hecho el mundo tan grande y tan hermoso: pues de no haberlo hecho grande y hermoso, no le hubiéramos hecho dios; mas ahora, heridos por la grandeza, y admirando su hermosura, lo hemos juzgado dios.

Pero este discurso es vano: pues que ni la grandeza ni la hermosura sean la causa de la impiedad, sino el desconocimiento de ellos, lo declaramos porque entre nosotros no pasa eso. Pues ¿por qué motivo no les tributamos honores divinos? ¿Es que no los miramos con parecidos ojos? ¿o es que no recibimos de la creación lo mismo? nuestra alma ¿no es lo mismo que la de ellos? ¿no poseemos cuerpo idéntico al de ellos? ¿no pisamos la misma tierra? Pues ¿cómo es que la hermosura y la grandeza no nos persuaden a sentir como ellos? Y no tan sólo por esto se hace patente, sino también por otros lados. Y que lo hayan consagrado no por la hermosura, sino por la propia estulticia, que lo prueben y digan por qué han adorado la mona, el cocodrilo, el perro, los más viles entre los animales. En verdad, “*Devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas, y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios*” (Rom. 1,21-22). Con todo, no responderemos sólo con estas razones, sino que también diremos algo más.

4. Porque previendo antes Dios esto, hasta este agarradero de la sabiduría de ellos les quitó: por esta razón creó el mundo no tan sólo

admirable y grande, sino también corruptible y marchitable, y le puso muchas tachas de su flaqueza: y lo que hizo en los apóstoles, esto mismo hizo en todo el mundo.

Y ¿qué hizo en los apóstoles? Porque hacían muchos prodigios, grandes milagros y cosas admirables, no obstante permitió que a veces fuesen azotados, ser desterrados, habitar en cárcel, padecer enfermedades corporales, estar de continuo atribulados, para que la grandeza de los prodigios no hiciese que fuesen tenidos por dioses entre los hombres; por lo cual, habiendo dado tanta gracia, permitió que el cuerpo fuese mortal, y en muchos valetudinario; y no demudó el natural de la enfermedad, para insinuar la humana condición. Y no es mío este pensamiento, sino de Pablo en persona, que decía: *Si quisiese gloriarme, podría hacerlo sin ser imprudente, porque diría verdad, pero me contengo, a fin de que nadie forme de mi persona un concepto superior a aquello que en mí ve o de mí oye* (2 COR. 12,6); y otras veces: *Este tesoro lo llevamos en vasos de barro* (2 COR. 4,7). Y ¿qué es lo de vasos de barro? ¿frágiles, quebradizos? Dice: En este cuerpo mortal y corruptible. Porque así como la vasija de barro se hace de lodo con fuego, así también el cuerpo de aquellos santos, siendo de barro y habiendo recibido la eficacia del fuego espiritual, quedó convertido en vasija o instrumento. Y ¿por qué se hizo así y puso en un cuerpo mortal y corruptible un tal tesoro y tanta abundancia de gracias. *Para que la grandeza del poder sea de Dios, y no nuestra* (IB.). Pues cuando vieres a los apóstoles que en verdad resucitan muertos, y que ellos mismos están enfermos, y que no pueden librarse de la enfermedad, entenderás claramente que no fue por el poder del que hace resucitar al muerto, sino que la resurrección fue obra del Espíritu. Y que con frecuencia enfermaban, oye lo que de Timoteo dice el Apóstol: *Usa de un poco vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades* (1 TIM. 5,23); y otra vez de otro: *A Trófimo lo dejé enfermo en Mileto* (2 TIM. 4,20). Y escribiendo a los Filipenses, decía: *Epafrodito ha estado enfermo a punto de muerte* (FILP. 2,27). Pues si, aun con todo esto, los consideraban dioses, y se preparaban a sacrificar, diciendo: *Dioses son éstos que han bajado a nosotros en forma de hombre* (ACT. 14,10), de no haber sucedido tales cosas, ¿adonde hubiera llegado la impiedad, vistos los milagros?

Pues así como aquí permitió que estuviesen enfermos por causa de la grandeza de los prodigios y de la naturaleza de ellos, y permitió frecuentes tentaciones para que no fuesen tenidos por dioses; de se-

mejante modo ha hecho algo parecido en las criaturas del universo. Porque ha hecho la creación hermosa y grande, pero también la instituyó corruptible. Ambas cosas nos las enseñan las Escrituras: porque éste, para contarnos la hermosura de los cielos, nos dice: *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2); y otra vez: *Es es el que extendió los cielos como un velo o una cosa muy leve y los desplegó como una tienda de campañas en que se ha de habitar* (Is. 40,22); y de nuevo: *Ciñe el cielo con el cerco glorioso* (ECCLO. 43,13). Pero otro, aunque demostrándolo hermoso y grande, pero a la vez corruptible, dice así: *Oh Señor, tú eres el que al principio criaste la tierra: los cielos obra son de tus manos. Estos perecerán; pero tú eres inmutable. Vendrán a gastarse como un vestido. Y los cambiarás como quien muda una capa, y mudados quedarán* (Ps. 103,26-27). Y otra vez David dice del sol: *A manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a correr su carrera. Sale de una extremidad del cielo, y corre hasta la otra extremidad del mismo* (Ps. 18,6-7). ¿Has visto cómo ha puesto ante tus ojos la hermosura y a la vez la grandeza de la estrella, del astro? Porque como el esposo que sale de un tálamo, así en la aurora el sol despide sus rayos, y hermoheando el cielo con purpúreo manto, tornando en rosicler las nubes, y avanzando todo el día sin tropezar, no se interrumpe la marcha con ningún obstáculo. ¿Habéis, pues, visto su hermosura? ¿habéis visto su grandeza? Ved, pues, también la muestra de su debilidad. Porque para demostrarla decía un sabio: *¿Qué cosa más resplandeciente que el sol?, pues éste también se eclipsa* (ECCLO. 17,30). Y no por sólo esto se manifiesta su debilidad, sino también por el amontonamiento de las nubes. Así es que poniéndose por debajo una nube, enviando los rayos y empeñado en deshacerla, no prevaleció al ser la nube más densa y no querer rendírsele.

Mas opones: alimenta los sembrados . Pero no solo él los desarrolla, porque está necesitado de la tierra, del rocío, de las lluvias y vientos, y de la conveniente distribución de las estaciones del año; como todas estas cosas no concurran, es inútil que el sol luzca.

DE SOLO DIOS ES PROPIO NO NECESITAR. Pero esto no es propiedad de Dios, el necesitar de otros para hacer lo que ha de hacerse: pues lo más propio de Dios es el no necesitar. Así El no crió las simientes de la tierra; sólo mandó, y todas germinaron. Y además, para que aprendas que, no los elementos de la naturaleza, sino el mandato divino, ha hecho todas las cosas, y produce los mismos elementos que no existían, sin necesitar nada, envió a los judíos el maná: *El pan de cielo les*

dio, dice (Ps. 77,24). Y ¿qué digo, que para hacer vegetar los frutos y para madurarlos necesita el sol de otras cosas elementales, cuando hasta en su constitución necesita de muchas, sin que pueda bastarse a sí mismo? Porque para marchar, necesita el cielo, extendido como pavimento; y para lucir, de la pureza y claridad del aire; que si éste se condensa demasiado, aquél no puede ostentar su luz: y para no resultar intolerable a todo, y para no agostarlo todo, necesita de nuevo también de frío y de rocío. Por tanto. véncenle los restantes elementos, y remedian su impotencia: pues lo vencen las nubes, los muros, y otros cuerpos opacos que no dan paso a la luz; y otros remedian su destemplanza, como el rocío, las fuentes, el frescor del aire; ¿cómo puede éste ser Dios? Porque para ser Dios es preciso que NO NECESITE, no tener necesidad de cosa alguna, y ser autor de todos los bienes para todos, y no estar prohibido por nada, como lo dicen de Dios Pablo y el profeta Jeremías, éste hablando de su propia persona, diciendo: *¿Por ventura no lleno Yo, dice el Señor, el cielo y la tierra?* (JER. 23,24), y también: *¿Acaso piensas tú que yo soy dios de cerca y no soy Dios desde lejos?* (Ib. 23,23), y otra vez David: *Yo dije al Señor: Tú eres mi Dios, que no tienes necesidad de mis bienes* (Ps. 15,2); y Pablo, para demostrar la riqueza de Dios, que de nada necesita, y para ostentar que estas dos cosas, sobre todo, son propias de Dios, el no necesitar de nada y el suministrarlo todo a todos, dice así: *El Dios que creó el mundo y todas las cosas contenidas en él, siendo como es el Señor de cielo y tierra, no... ni necesita del servicio de las manos de los hombres, como si estuviese menesteroso de alguna cosa* (ACT. 17,24-25).

5. Podíase también recorrer otros elementos, el cielo, el aire, la tierra, el mar, y demostrar la flaqueza de los mismos, y que cada uno necesita del vecino, y sin él perece y se corrompe. Pues la tierra, si le faltan los manantiales, y la humedad del vapor acuoso evaporado del mar y de los ríos, abrasada se desgasta en breve; y los restantes elementos necesitan el uno del otro, el aire del sol, y el sol del aire: pero para no hacer el discurso más prolijo, baste con lo dicho haber dado a los que quieran muchas oportunidades. Pues si el sol, el más admirable de todas las criaturas, se presenta en tanto grado débil y necesitado; mucho más las otras partes del mundo: lo cual he dicho para dar a los aplicados lo que ha de ser recogido; disertaré otra vez de las Escrituras con vosotros, demostrando que no solamente el sol, sino que también todo el mundo es corruptible. Pues consumiéndose

mutuamente los elementos, y el frío mayor que sobreviene corrige la potencia solar, y a su vez a éste consume el calor que prevalece, y los elementos producen y sufren unos de otros cualidades y disposiciones contrarias: cierta cosa es que éstos dan prueba de grande corrupción, y de que cuanto se ve son cuerpo. Mas por ser este discurso más levantado que vuestra medianía, vamos a conduciros a las dulces fuentes de las Escrituras, y halaguemos vuestros oídos. Mas no os hablaremos separadamente del cielo y de la tierra, sino de toda la creación juntamente os mostraremos que habla el Apóstol, que dice así claramente, que toda criatura está sujeta ahora a corrupción, y por qué está sujeta, y ocupando se mudará, y a qué condición pasará. Porque después que dijo: *Los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros*, infirió: *Así las criaturas todas están aguardando con grande ansia la manifestación de los hijos de Dios. Porque se ven sujetas a la vanidad o mudanza no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza* (ROM. 8,18,19,20). Y lo que dice es de este tenor: la creación es corruptible: que esto es *están sujetas a la vanidad*: mas ha sido criada corruptible por mandarlo Dios; y Dios lo dispuso así por nuestra estirpe, pues tenía que sustentar al hombre corruptible, ella también debía serlo; porque no era decente que cuerpos corruptibles viviesen en una creación incorruptible. Pero, dice, no permanece tal, sino que *serán también ellas liberadas de esa servidumbre a la corrupción* (ROM. 8,21); después, señalando cuándo sucederá esto, y por quiénes, infirió: *para la libertad de los hijos de Dios*. Pues cuando hayamos resucitado, añade, y hayamos recibido cuerpos incorruptos, entonces también el cuerpo del cielo y de la tierra y el de todo el mundo quedará incorrupto e inmarchitable. Por tanto, cuando hayas visto al sol saliente, admira al creador; cuando le veas ocultarse y desaparecer, recuerda la inestable naturaleza, y no le adores como a un dios. Que por esto puso Dios en la naturaleza de los elementos prueba de su flaqueza de ellos, pero además, a los hombres servidores suyos mandoles que los dominasen, para que si por la contemplación de los mismos no conoces su servidumbre, aprendas de los que mandan, que todas las cosas son conservadoras tuyas. Por esto Josué, hijo de Nave, dice: *Sol, no te muevas de encima de Gabón; ni tú, Luna, de encima del valle de Ayalón* (Jos. 10,12). Y otra vez el profeta Isaías le hizo volver atrás su camino al contrario en tiempo del rey Ezequías (ISAÍAS, 38,8), y Moisés también mandó al

aire, al mar, a la tierra y a las peñas: Eliseo mudó la condición de las aguas (4 REYES, 3), los Tres Jóvenes vencieron el fuego. ¿Adviertes cómo proveyó Dios ambas cosas, ciertamente guiándonos por la hermosura de los elementos al conocimiento de su divinidad, pero por la flaqueza de los mismos no permitiéndonos caer en la adoración de ellos?

6. EXHORTACIÓN MORAL PARA EVITAR LOS JURAMENTOS. Así pues, glorifiquemos a nuestro Gobernador por todas estas razones, y no sólo de palabra, sino también con obras, y demos pruebas de óptima conversación no tan sólo acerca de las demás cosas, sino también por la abstinencia de los juramentos. Porque no todo pecado merece la misma pena, pero los que son fáciles de corregir la incurren mayor: lo que indicaba Salomón al decir: *No es tan gran culpa el que uno hurte, pues que hurta para saciar su hambre. Con todo eso, si lo cogen, lo pagará con las setenas; pero el adúltero acarrea con su insensatez la perdición de su alma* (PROV. 6,30, 31, 32). Y esto es lo que dice: cierto que es grave cosa el robo, pero no lo es tanto como el adulterio: porque el ladrón tiene alguna causa, aunque fútil, pero puede pretextar necesidad por pobreza; pero el adúltero, sin causa alguna obligante, se precipita en la sima del pecado sólo por demente.

Esto mismo puede repetirse de los que juran, pues no tienen pretexto alguno que presentar, sino solamente el desprecio. Me doy cuenta de parecer ser pesado y cargante y que soy molesto por la frecuente repetición de la advertencia; con todo, no desisto, para que al menos avergonzados de mi descaro, os abstengáis de la ímproba costumbre de jurar. Pues si aquel juez áspero y cruel, molestado de las instancias de la viuda, mudó de conducta (Lc, 18,2ss), con más razón lo haréis vosotros, y máxime haciéndolo yo y pidiéndooslo, no para mi provecho, sino para vuestra salvación; más aun, no negaré que también lo hago por mi propia salvación: porque computo que vuestros bienes son méritos míos. Querría, pues, que como yo ahora trabajo y me fatigo por vuestra salvación, así vosotros tengáis cuidado de vuestra alma: así fácilmente se pondría fin en este negocio tan grande.

Y ¿para qué necesitamos decir más?, porque no había de haber infierno ni tormento para los contumaces, ni premio para los obedientes, pero si, acercándome yo a vosotros, os hubiera pedido este favor, ¿no habiérais debido concederlo y otorgar la petición al que tan poca cosa pedía? Pues haciéndolo Dios, quien la pide, no para sí, sino para vosotros, dándoos, que no recibiendo, ¿quién será tan ingrato, quién

tan miserable, quién tan desdichado que no dé a Dios, que pide esta obra buena, sobre todo siendo quien da el mismo que ha de gozar del beneficio?

Pensando, pues, todo esto, y recogiendoos en vuestra mente, repasadlo todo, y por todos los medios corregid a los que no lo observan, para que recibamos la recompensa de los merecimientos propios y ajenos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 11

1. Cuando pienso en la tempestad pasada y en la actual tranquilidad, no ceso de decir: Bendito el Señor, que todo lo hace y todo lo muda; que sacó luz de las mismas tinieblas (AMÓS, 5,8, y JOB, 37,15), que conduce a las puertas del infierno y retrae (1 REG. 2,6), que castiga y no mata (2 COR. 6,9); y deseo que vosotros lo digáis asiduamente, y no desistáis. Pues si El nos ha favorecido con hechos, ¿qué perdón podríamos merecer no recompensándole ni siquiera con palabras? Por esto os exhorto a nunca cesar de darle gracias. Puesto que si le somos agradecidos por los primeros, es seguro que también de otros disfrutaremos. Digamos, pues, continuamente: Bendito el Señor, que a mí me ha concedido el presentaros confiadamente la acostumbrada mesa, y a vosotros os ha dado que con seguridad oigáis mis sermones: bendito el Señor, porque hemos concurrido aquí, no ya para huir de los peligros exteriores, sino deseando oír sermones; nos hemos juntado aquí, no ya con ansiedad, temor y solicitud, sino confiados, sacudiendo todo temor, con el que hemos andado en los días anteriores fluctuando en alta mar, presintiendo a cada hora el naufragio, y no encontrábamos cosa mejor, sobresaltados durante todo el día con infinitos rumores, perturbados y escondidos en todas partes, solicitando todos los días y preguntando deseosos de saber: ¿Quién ha venido del campamento y qué anunció el que ha llegado? ¿no se dice nada, o verdadero, o falso?, y pasando las noches sin dormir, y contemplando la ciudad con lágrimas, porque luego percería.

Por esto yo callé los días anteriores, porque toda nuestra ciudad estaba exhausta, todos se habían marchado a las soledades, y los que quedaban, por la nube de la tristeza andaban turbados en su mente. Porque el alma, una vez henchida de tristeza, no está para escuchar nada.

De ahí que los amigos de Job, viendo la tragedia de aquella casa, y al justo sentado en el muladar, y cubierto de llagas, rasgaron sus vestidos, y sollozaron, y en silencio se sentaron (JOB. 2,11-13), significando desde un principio que para los pacientes nada hay tan oportuno como la quietud y el silencio: porque mayor que el consuelo era la tristeza.

De ahí también que los judíos, obligados con los materiales de barro y ladrillo (Ex. 5,10-11), viendo acercárseles Moisés, no podían atender a lo que se les decía por causa de la pusilanimidad y tribulación que sufrían. Y ¿qué de admirar es esto, si han pasado por esto algunos hombres pusilánimes, cuando vemos que los discípulos de

Cristo han contraído esta enfermedad? Porque después de aquella mística cena, cuando Cristo les hablaba, llamados aparte, desde un principio preguntábanle los discípulos: ¿Adónde vas?; mas cuando les dijo los males que les alcanzarían poco después, guerras, persecuciones, enemistades de todos, azotes, cárceles, juicios, deportaciones, como con carga pesadísima oprimido el ánimo de los mismos por el miedo de las cosas dichas y por la tristeza de las venideras, luego se quedó estúpido: por tanto, al verlos Cristo consternados, y echándose-lo en cara, decía: *Mas ahora me voy a aquél que me envió; y ninguno de vosotros me pregunta: ¿adónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza* (Jn. 16,5-6).

Por esto yo también he callado los días pasados, esperando la presente oportunidad. Que si quien tiene que rogar a otro, aunque se haya de tratar de cosas convenientes, espera, no obstante, la ocasión oportuna, para que halle tranquilo y bien impresionado al que ha de otorgar la petición, a fin de que habiendo logrado el auxilio del tiempo, consiga el beneficio; con mucha más razón necesita el orador buscar tiempo cómodo para pronunciar los discursos ante auditorio bien afecto y libre de toda solicitud y tristeza, que es exactamente lo que ahora he hecho.

2. Ahora, pues, ya que habéis sacudido la tristeza, quiero primero refrescar la memoria de lo dicho, para que el discurso os sea más claro, pues lo que dije en la creación del mundo, que lo fabricó Dios, no sólo pulcro y admirable, sino también enfermo y corruptible, y además que dejó de esto muchas demostraciones, dispensando ambas cosas para provecho nuestro, guiándonos por la hermosura a la admiración del criador, y por la flaqueza retrayéndonos de adorar la criatura; y que esto también es de ver cómo ha sucedido en nuestro cuerpo, pues sobre éste preguntan tanto los enemigos de la verdad como de los nuestros no pocos, ¿para qué ha sido hecho corruptible y mortal?

CONTRA LOS MANIQUEOS. Pero muchos de los gentiles y de los herejes ni admiten que ha sido hecho por Dios: porque estiman indigno de Dios que haya en la creación horduras, sudores y lágrimas, y trabajos, y calamidades y otras cosas más, discurriendo por todo el cuerpo. Pero yo, ya que he empezado a tratar de esto, podría responder primeramente: No me hables de este hombre que, habiendo prevaticado, está privado de honor y condenado; pero si quieres aprender qué tal cuerpo nos figuró Dios al principio, vamos al paraíso y veamos al hombre hecho desde el principio.

Porque aquel cuerpo no era así corruptible y mortal, sino como una estatua de oro recién salida del horno y espléndidamente refulgente; así estaba aquel cuerpo libre de toda corrupción, y ni el trabajo le atormentaba ni le perjudicaba el sudor, ni le acosaban los cuidados, ni le envolvía la tristeza, ni sufría cosa alguna que perjudicarle pudiera; después, empero, no usó moderadamente de la felicidad, sino que el hombre injurió al bienhechor, y pensó que un mentiroso demonio, siendo Dios quien gobierna, es quien le había puesto en honor, y que era más digno de crédito, y confió que iba a ser hecho dios, y concibió una opinión mayor que la propia dignidad: entonces, sí, entonces también Dios, para enseñarle prácticamente, le volvió corruptible y mortal, y le sujetó con muchas necesidades, no aborreciendo, ni desdénando, sino ayudando y destruyendo de raíz aquella ímproba y pestilente soberbia que brotaba, y no permitiendo pasar más adelante, sino enseñándole, por la experiencia misma de las cosas, que era mortal y corruptible, y persuadiéndole así que jamás pensase o soñase tales cosas, porque el diablo había dicho: *Seréis como dioses* (GÉN. 3,5). Queriendo, pues, arrancar de raíz esta sentencia, hizo el cuerpo del mismo enfermizo, sujeto a enfermedades y miserias, enseñando por la misma naturaleza, para que jamás admitiera tal pensamiento.

Y que esto es la verdad, es manifiesto ciertamente, sobre todo por lo acaecido en su derredor, puesto que luego de aquella esperanza fue castigado con la pena. Y reflexiona conmigo la prudencia de Dios: no permitió que él mismo muera el primero, sino que esto lo padezca su hijo, para que habiendo visto por sus ojos el cuerpo que se descomponía y marchitaba, recibiese de este aspecto una gran lección de filosofía, y se diera cuenta de lo que había sucedido, y así bien corregido se retirase de allí.

DEFINICIÓN DEL HOMBRE SEGÚN LOS FILÓSOFOS. Sobre todo, pues, por lo que he dicho y por las cosas hechas, está manifiesto, pero no lo será menos por las que se han de decir claro. Pues si constriñéndonos tal necesidad, y muriendo todos, y padeciendo corrupción, y marchitándose a vista de todos, y convertidos en polvo, y dando todos los filósofos una misma definición completa; pues preguntados qué es, en fin de cuentas, un hombre, dicen un animal racional, mortal; si pues confesando esto todos, se han atrevido muchos a hacerse inmortales, según opinión de muchos, y testificando los ojos la muerte, pretendieron ser declarados dioses, y fueron adorados como dioses: si no hubiese la muerte enseñado a todos lo mortal y corruptible de la natura-

leza, ¿en qué extremos de impiedad no hubieran incurrido los hombres? Escucha si no lo que dice el profeta de cierto rey bárbaro arrebatado de este furor: *Sobre las estrellas de Dios levantaré mi trono, sobrepujaré la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo* (Is. 14,13-14). Pero riéndose del mismo, y declarando su muerte, dice: *Tendrás por colchón la podredumbre, y tu cubierta serán los gusanos* (Ib. 14,11). Y lo que dice es así: Un hombre a quien aguarda tal fin, ¿se atreve a pensar tales cosas? Y de nuevo habló de otro, del rey de Tiro, que se preparaba cosas parecidas y que quería ser tenido como dios, dice: *Siendo tú un hombre sujeto a los que te han de matar, y no un dios* (Ezq. 28,9).

Así pues, para quitar totalmente desde un principio todo motivo de soberbia e idolatría, Dios nos preparó tal cuerpo. Y ¿de qué te admiras, si esto se ha hecho en nuestro cuerpo, pudiendo verse otro tanto obrado en nuestra alma? Es decir: Dios no la ha hecho mortal, sino inmortal quiso que fuera; pero la sometió al olvido, y a la ignorancia, y a la tristeza, y a los cuidados: e hizo esto, para que al mirar la propia generosidad, no conciba una opinión más grande que la propia dignidad. Porque si algunos, aun siendo esto así, se atreven a decir que el alma es de la sustancia de Dios, de haber estado exenta de tales defectos, ¿a qué excesos no se habrían propasado los tales? Sin embargo, lo que decía de la creación del mundo, también lo digo del cuerpo, que por ambas cosas admiro igualmente a Dios, tanto por haberlo hecho corruptible, como por haber demostrado en lo corruptible su poder y sabiduría. Pues que podía hacerlo de materiales mejores lo enseña en los cielos y en el sol. Pues el que los hizo tales, también hacer éste tal, de haber querido, hubiese podido: mas la causa de la inestabilidad es la que arriba hemos dicho. Pero esto no debilita la fuerza admirable del Creador, sino que más la provoca: pues la vileza de la materia más demuestra la abundancia y excelencia del arte, que con lodo y pavesa ha logrado tanta armonía, y tales y tan varios sentidos, y omnímodos y que tanto pueden filosofar.

3. Así pues, cuanto más acusas la pobreza de la sustancia, tanto más admira la grandeza del arte divino. Porque también al escultor admiro, no sólo cuando fabrica una hermosa estatua de oro, sino cuando, en fuerza del arte, consigue exhibir una admirable y no sospechada belleza trabajada con deleznable barro. En aquél hasta la materia de la estatua favorece, pero en ésto sólo hay ostentación de arte.

SABIDURÍA DE DIOS EN LA CONSTITUCIÓN DE LOS OJOS. Mas si tú quieres aprender cuánta es la sabiduría de Dios, que nos ha criado, piensa en lo que de barro se hace: ¿qué será sino ladrillo y vasijas de barro? No obstante, Dios, artífice sumo, del barro de donde sólo ladrillos y vasijas salen, pudo hacer el ojo tan hermoso, que todos los que lo miran quedan estupefactos, ya de que tenga tanto poder, que pueda contemplar la grandísima mole del aire, y que ayudado de tan pequeña pupila pueda abarcar tantos cuerpos, y los montes, y los bosques, y los valles, y los mares, y el cielo. No me hables de lágrimas ni de legañas: esto ha sobrevenido por tu pecado; sino piensa en su hermosura, y en la facultad de ver, y cómo recorriendo tanta extensión de aire, ni trabaja, ni se fatiga; mientras que los pies, a poco que hayan andado, se lastiman y se cansan, el ojo, traspasando tanta profundidad de aire y tanta anchura, no siente debilidad ninguna. Pues siéndonos éste uno de nuestros miembros más necesarios, no permitió que sea abatido del trabajo, para que así tuviéramos expedito y libre su ministerio. Pero ¿quién sería capaz de exponer todo el poder de este miembro?

Y ¿qué hablo de la pupila y de la potencia de ver? Que si lo que parece lo más vil de todos los miembros, los párpados y pestañas del ojo, escudriñares tan sólo, aun en esto descubrirás la grande sabiduría de Dios Creador. Pues así como las aristas en las espigas, a manera de lanzas presentadas, rechazan a los pájaros, no permitiéndoles descansar sobre el grano y romper la débil cañita: así también en los ojos están puestas las pestañas de los párpados a guisa de aristas y espinas, que rechazan el polvo, las pajas y todo cuanto atormenta del exterior, y que no permiten que los párpados se infesten.

Pero admira también otra vez la sabiduría no inferior a ésta en las cejas. ¿Quién no queda estupefacto del sitio mismo?, porque ni están desmedidamente largas, ni tampoco están más recogidas que lo preciso (o ni están demasiado prominentes, ni tampoco demasiado hundidas), de modo que oscurezcan los ojos; sino a modo del alero de la casa, así sobresalen por arriba, a fin de recoger el sudor que corre de la frente y que no pueda dañar a los ojos. Para esto también tienen los pelos naturales, que por estar espesos, sostienen lo que fluye, y que protegen cuidadosamente, a la vez que proporcionan a los ojos gran belleza. Ni es esto sólo lo que podrían admirarse, sino también otra cosa no menos que ésta. ¿Por qué motivo los pelos de la cabeza crecen y se cortan, y no así los de las cejas? Porque hemos de pensar que esto no se ha hecho temeraria ni fortuitamente, sino para que no

obscorezcan los ojos al caerse, que es lo que pasa a los viejos decrepitos.

Y ¿quién sería capaz de conmemorar toda la sabiduría demostrada en el cerebro? Porque primero lo hizo tierno, muelle, porque es el origen fontal de todos los sentidos; luego, para que no se perjudicase por su propia naturaleza, lo defendió con huesos por todos lados; además, para que por la dureza de los huesos no quede desmenuzado, le puso intermedia una membrana, y no un sola, sino otra, la primera en el contacto con la calavera, y la otra envolviendo la masa del cerebro por arriba (aquella, la duramáter; ésta, la piamáter), más dura aquella que ésta. Lo cual fue así hecho, ya por la mentada causa, ya para que las heridas recibidas en la cabeza no vayan a dar primero en el cerebro, sino que poniéndose delante las dichas membranas, lo preserven de todo daño en los golpes y lo conserven sano.

Es más, porque el que los huesos que los defienden no sean uno solo y continuo, sino que tengan muchas suturas de muchos huesos, es para él causa de grande seguridad. Pues que de los vapores que lo contienen tiene por las dichas suturas fácil respiración, de suerte que no esté ahogado: y si de otra parte se le hiere, el daño no se produce por todo. Pues si la cubierta ósea fuera sola y continua, herida que se hiciera en una parte, hubiera lesionado el todo; ahora, empero, habiendo sido dividido en muchos huesos, esto no podría verificarse. Que si acontece que una parte es herida, sólo queda herido el hueso que está próximo al lugar, pero todos los demás quedan ilesos, siendo interrumpida la continuidad de la herida por la división de los huesos, sin que pueda extenderse al inmediato. Por lo cual le formó Dios la cubierta o tegumento de muchos huesos; y así como quien edifica una casa, sobrepone techo y tejas, así Dios sobre la cabeza colocó los huesos, e hizo nacer el pelo, para que sirviesen de una especie de cubierta.

Otro tanto hizo también en el corazón. Pues porque el corazón es el más principal de los miembros nuestros, y toda la firmeza de nuestra vida tiene encomendada, y herido de cualquier modo el corazón sobreviene la muerte, lo protegió por todas partes con sólidos y duros huesos, por delante con el pecho prominente y por detrás con las espaldas; y lo mismo que en el cerebro con las membranas se hizo también en éste. Pues para que en los frecuentes saltos, y al palpar con ira con tales movimientos no sea destrozado por la aspereza de los huesos que lo envuelven y no sienta dolor, también lo defendió

con muchas membranas, y sobrepuso el pulmón, como un blando colchón preparado a los saltos del mismo, a fin de que impunemente salte en erupciones sin que padezca mal alguno.

Mas, ¿qué estoy diciendo del cerebro y del corazón, siendo así que, si alguno investiga, hasta sobre sus uñas, también hallará que aparece la gran sabiduría de Dios en ellas, tanto por la forma de ellas, como por la materia y el sitio de las mismas? Podría decir o hablar también sobre el porqué tenemos los dedos desiguales, y sobre muchas otras más cosas; mas por lo dicho, bastantemente para los que quieren reflexionar resplandece la sabiduría de Dios nuestro Creador: dejando, pues, esta parte para que los aplicados trabajadores lo busquen con diligencia, trataré de otro punto.

4. EL HOMBRE AVENTAJA A LOS ANIMALES; CÓMO. Son muchos los que, además de lo dicho, objetan también así: ¿cómo es que, si el hombre es el rey de los animales, son muchos de entre ellos los que le ganan en fuerza, en agilidad, en velocidad? Porque el caballo es más veloz que el hombre, y el buey más resistente, y más ligera el águila, y más fuerte el león.

Pues ¿qué podemos responder a esto? Que también de esto se nos hace muy cognoscible la sabiduría de Dios, y la honra con que nos adornó.

Cierto que el caballo es más veloz que el hombre, pero el hombre para la velocidad de las marchas es más cómodo que el caballo. Porque el caballo, aun el más veloz y resistente, apenas en el día correrá doscientos estadios, mientras que el hombre, mudando sucesivamente los caballos de su carroza, podrá hacer los dos mil estadios. De suerte que lo que la velocidad da al primero, la razón y el arte dan al segundo con mayor ventaja: y no teniendo el hombre pies tan veloces como aquél, tienen no obstante los pies ajenos que le sirven como los propios.

Porque de los brutos ninguno podrá someter a otro para su servicio, mientras que el hombre con todos lo intenta, y por varias mañas recibidas de Dios, somete a cualquiera de los animales para el servicio que le resulta más conveniente. Pero si las piernas del hombre hubieran sido tan fuertes como las de los caballos; para otras cosas hubieran sido inútiles, para las escabrosidades y cimas de los montes,

para subir a los árboles: porque el casco suele ser estorbo para tales cosas. Así resulta que los pies de los hombres, aunque más blandos, son no obstante más oportunos para muchos usos, y en nada están dañados por la debilidad, sirviéndole la fuerza del caballo, y aventajándole por la variedad de los andares.

También el ala del águila es más leve; pero tengo yo la razón y la astucia por la que puedo cazar toda suerte de animales voladores y cogerlos. Mas si quieres ver mis alas, las tengo mucho más leves, no hasta unos diez estadios, o hasta veinte, y aun hasta el cielo; que vuelan hasta sobre el cielo, y sobre el cielo supremo, en donde Cristo está sentado a la diestra de Dios.

Además, los brutos en su cuerpo llevan armas: así el toro, los cuernos; el jabalí, los colmillos; el león, las garras; pero a mí no me repostó Dios de armas en el cuerpo, sino fuera del cuerpo, para enseñar que el hombre es animal manso, y que no en todo tiempo tengo las armas, porque con frecuencia las deseo, y otras veces las cojo en las manos, y para que ande libre y suelo, y no esté siempre cargado con las armas, Dios las puso separadas de mi naturaleza. Pues no sólo adelantamos a los animales porque tenemos naturaleza racional, sino que en el cuerpo les adelantamos: y esto, que es conveniente a la nobleza del alma e idóneo para sus mandatos, Dios lo ha preparado; pues no a tontas hizo tal el cuerpo, sino cual era conveniente para ser el servidor de la naturaleza racional, que de no ser así hubieran estorbado grandemente las operaciones del alma, como está manifestado en las enfermedades. Pues a poquito que se desvíe de la propia constitución la situación de la carne, muchas de las operaciones del alma están impedidas, por ejemplo: si el cerebro se pone más caliente, o más frío. Así es que se puede observar la mucha providencia de Dios también por el cuerpo, no solamente porque al principio lo hizo mejor que lo es ahora, sino también porque Dios lo resucitará luego para gloria mucho mayor.

Mas si aún quieres aprender cuánta sabiduría haya demostrado Dios acerca del cuerpo, añadiré esto, que parece que Pablo admiraba a la continua más que todo. Y ¿qué es ello? Hizo que el un miembro aventaje al otro, no en lo mismo, sino que dispuso que los unos aventajen por la hermosura, los otros por la robustez; así: hermosos los ojos, pero más fuertes los pies; preciosa la cabeza, pero no puede decir a los pies: no os necesito (1 Cor. 12,21). También puede observarse esto en los brutos, e igualmente en toda la vida. Pues el rey

necesita vasallos, los vasallos de rey, como los pies de la cabeza. Otro tanto sucede en los brutos, pues los unos son más fuertes, los otros más hermosos; los unos nos recrean, los otros visten; el pavón nos deleita, las gallinas y los puercos nos alimentan; las ovejas y cabras nos visten, el caballo y el asno colaboran. Pero también hay otros que nada de esto nos proporcionan, pero ejercitan nuestra virtud, como las fieras, que aumentan la fortaleza de los cazadores, y por el miedo instruyen a nuestro linaje, y le vuelven más cauto, y no dejan de proporcionar a la medicina un gran tributo con sus cuerpos y propios miembros.

Cuando, pues, alguien te diga: ¿Cómo eres señor de los brutos tú que temes los leones?, responde que al principio no fue así, cuando los hombres eran estimados de Dios, cuando moraban en el paraíso; mas luego que ofendí al Señor, quedé sometido con los siervos, aunque no del todo, ya que tengo el arte con que supero a las fieras. Que también sucede algo así en las grandes casas, que los hijos, aunque sean nobles, mientras tienen poca autoridad temen a muchos servidores; y cuando además han caído en falta, la ansiedad mucho más se acrece. Esto puede aplicarse a las serpientes, escorpiones y víboras, que por nuestro pecado nos resultan temerosas.

5. Mas no sólo en nuestro cuerpo y en las varias condiciones, y en los brutos, sino que también en los árboles puede notarse esta variedad, y verás que el más despreciable de todos muchas veces gana al mayor, y que no se junta todo en todos, para que tengamos necesidad de todos, y notemos la varia sabiduría del Señor.

No acuses, pues, a Dios porque el cuerpo es corruptible, antes bien adórale por esto, y admira la sabiduría y providencia del mismo: la sabiduría, sí, porque pudo poner tanta armonía en cuerpo tan corruptible; la Providencia, porque lo formó corruptible para utilidad del alma, para comprimir la hinchazón y corregir la soberbia.

Mas dirá alguno: ¿Por qué Dios no lo hizo así desde un principio? El se excusaba ante ti con las mismas obras y tan sólo le faltaba decir por lo acaecido: Yo en verdad te llamaba para mayor honor, pero te has hecho indigno de esta distinción, cayendo en el paraíso; con todo, ni aún así te despreciaré, sino que, corrigiendo tu pecado, te guiaré al cielo. Pues por esto he permitido que por tanto tiempo te consumas y corrompas, para que por la prolijidad del tiempo se te asentase por regla la enseñanza de la humanidad, y nunca más vuelvas a los primeros pensamientos.

Demos, pues, gracias al benigno Dios por todo esto, y respondamos con gratitud por este cuidado; que también nos sea útil, y del mandamiento de que muchas veces os he hablado, tengamos mucha cuenta. Que no desistiré hasta que lo hayáis cumplido, porque no se me pregunta si he tenido que usar de pocas o de muchas advertencias, sino si he amonestado hasta que os haya persuadido. Dios cierto es que por el profeta decía a los judíos: *Ayunáis para seguir los pleitos y contiendas y herir con puñaladas a otro sin piedad* (Is. 58,4). A vosotros, empero, os dice por mí: Si para jurar y perjurar ayunáis, ¿para qué ayunáis? Porque, ¿cómo veremos la Santa Pascua? ¿Cómo recibiremos el Santo Sacramento? ¿Cómo participaremos en los misterios admirables con aquella lengua con la que pisoteamos la ley de Dios, con aquella lengua con la que hayamos contaminado el alma? Si nadie se atrevería jamás a tocar la púrpura regia con las manos manchadas, ¿cómo recibiremos el Cuerpo del Señor con lengua poluta? Puesto que el juramento es del maligno, pero el sacrificio-sacramento es del Señor. “¿Qué compañía puede haber entre la luz y las tinieblas? O ¿qué concordia entre Cristo y Belial (2 COR. 6, 14-15)?”.

Ya sé claramente que cuidaréis de veros libre de esta mancha impía; mas como a cada cual no es fácil lograrlo por sí mismo, hagamos compañía y secciones; y como hacen en los convites los pobres, ya que uno sólo no puede ofrecer un banquete completo, reúnen todos y dan un convite a escote: hagamos también nosotros lo mismo, cuando de nosotros somos perezosos, habiendo repartido los cuidados, pactemos el formar un consejo que amoneste, exhorte, increpe, amenace, para que con el cuidado de cada uno todos nos portemos rectamente. Pues ya que lo que toca a los prójimos lo vemos más agudamente que no las cosas nuestras, no seamos custodios de los demás, sino que les encomendemos la guarda de nosotros, y hagamos esta hermosa contienda, a fin de que venciendo esta torpe costumbre, lleguemos confiados a esta santa solemnidad, y seamos partícipes del santo sacrificio con esperanza feliz y buena conciencia, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 12

1. Dije ayer: Bendito sea Dios, y hoy otra vez repetiré lo mismo. Pues si es verdad que ha pasado ya lo grave, no obstante no debe

borrarse la memoria de ello, no para dolernos, sino para dar gracias. Pero aunque perdure la memoria de los males, jamás nos urgirá la experiencia de ellos. Siéndonos correctivo la memoria, ¿qué necesidad tenemos de pasarlos? Porque así como Dios no ha permitido que en las actuales tormentas fuéramos sumergidos, nosotros tampoco permitamos que, alejadas éstas, seamos deshechos. Nos consoló entonces que estábamos tristes; ahora que estamos alegres démosle gracias; consoló a los que suspiraban, y no los abandonó, pues nosotros, que estamos en prosperidad, no nos traicionemos cayendo en olvido desdichoso; que escrito está: *Acuérdate de la pobreza en tiempo de la abundancia* (ECL. 181,25). Recordemos, pues, los tiempos de la prueba y también que estamos en día de perdón; aun más, esto mismo hagamos con los pecados. Si hubieres pecado, y Dios te ha perdonado los pecados, recibe, sí, el perdón, y dale las gracias; pero no te olvides del pecado, no para que te consumas pensando, sino para que enseñes al alma a no entregarse al placer y a no recaer en los mismos otra vez. También Pablo obró así: pues habiendo dicho: *Me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio a mí, que fui antes blasfemo, y perseguidor y opresor...* (TIM. 1,12-13). Dijo: sea manifiesta la vida del siervo, para que aparezca la humanidad del Señor. Pues aunque recibí el perdón de los pecados, no rechazo sin embargo la memoria de los pecados. Y esto no sólo era demostrar la benignidad del Señor, sino que a la vez le hacía a él más esclarecido. Porque cuando hayas aprendido a conocer quién había sido antes, entonces más le admirarás; y cuando hayas visto de quién y quién ha sido hecho, entonces más le conminarás; y dado que hayas pecado mucho, cambiado después, tendrás gran esperanza, pues además, el ejemplo es alentador para los que están tentados de desesperación y los hace levantarse.

Esto también sucederá ciertamente en nuestra ciudad: pues todo cuanto ha sucedido es también una manifestación de vuestra fortaleza, ya que por la persistencia habéis podido desechar tanta tristeza; y predica la clemencia de Dios, que por poca penitencia ha quitado la inminente y grande nubada; también anima a los desesperados, que por lo que nos ha pasado aprenden que no puede verse hundido quien mire a lo alto y al auxilio de Dios, aunque las olas por doquiera aturdan. Pues, ¿quién ha visto, quién ha oído casos semejantes a los nuestros? Cada día sospechábamos que nuestra ciudad iba a ser arrasada hasta los cimientos con todos los habitantes; pero cuando el enemigo se prometía hundir la nave, entonces devolvió Dios la pura tranquilidad.

No olvidemos, pues, la magnitud de los males, a fin de que nos acordemos de la magnitud de los beneficios conferidos por Dios, puesto que quien desconoce la naturaleza de las enfermedades, jamás apreciará el arte del médico. Enseñemos también estas cosas a nuestros niños, y que pase por mil generaciones, y sepan todos cómo el diablo se empeñó en arrasar asolando nuestra ciudad, y cómo Dios ha podido levantar de nuevo a la que estaba arruinada y abatida, y no consintió que sufriese mal alguno, y además le quitó el temor, y alejó con grande celeridad el peligro.

Porque durante la pasada semana temíamos todos ser despojados de las haciendas, y que los soldados fueran enviados, y sospechábamos otros males sin cuento: mas he aquí que todo ha pasado, como una nube, como una sombra ambulante, y hemos sido castigados solamente por el temor; más aún, ni castigados, sino corregidos hemos sido, y hechos mejores, porque Dios ablandó el corazón del Emperador. Digamos, pues, siempre y cada día: Bendito sea Dios, y con más empeño dediquémonos a la sinaxa, y corramos a la iglesia, en donde hemos recogido tan grande provecho. Pues sabéis adónde os habéis refugiado desde el principio, dónde habéis concurrido, dónde habéis tenido la salvación. Asgamos, por tanto, el áncora sagrada, y como no nos delató ni abandonó en tiempo de los peligros, así nosotros tampoco la abandonemos en tiempo del perdón, sino que perseveremos con solicitud, y hagamos cada día reuniones y preces, y oigamos la divina palabra, y el tiempo que malgastábamos andando solícitos y preguntando con curiosidad, asaltando a los que habían venido de los campamentos, poniendo solicitud por los males presentes, todo esto empleemos en escuchar las leyes divinas, y no en ejercicios inoportunos e inútiles, para que no nos pongamos otra vez en la necesidad de tales trances.

2. En los tres días pasados hemos buscado un modo de conocer a Dios, y lo terminamos interpretando cómo *Los cielos publican la gloria de Dios* (Ps. 18,2), y también este dicho de Pablo: *Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ella nos dan las criaturas* (Rom. 1,20), y hemos manifestado cómo por la creación del mundo, y cómo por el cielo, la tierra, el mar es glorificado el Creador. Hoy, empero, habiendo filosofado un poco sobre este asunto, pasaremos a otro discurso; pues no tan sólo hizo el mundo, sino que hizo que lo hecho fuese operativo, y ni dejándolo del

todo inmóvil, ni mandando que todo esté en movimiento, sino que el cielo sí que permaneció fijo, como dice el profeta: *El es el que extendió los cielos como una cosa muy leve, y los desplegó como una tienda de campaña en que se ha de habitar* (Is. 40,22); pero el sol con todas las estrellas corre a diario, y a su vez la tierra está fija, pero las aguas siempre se mueven, y no sólo las aguas, sino que también las nubes, las lluvias frecuentes y sucesivas que vienen en sus tiempos, y siendo una misma la condición natural de las lluvias, son diversas las cosas que por ellas son hechas, porque la lluvia se hace vino en la vid, aceite en el olivo, y savia o humores en otras plantas.

Igualmente uno es el seno de la tierra, pero diferentes frutos produce: uno es el calor del rayo solar, pero diferentemente lo madura todo, unas cosas más tarde, otras más pronto, para ofrecerlas para gastarlas. ¿Quién no se espanta y admira estas cosas? Pero ni sólo esto es de admirar que lo haya fabricado vario y diferente, sino que lo haya puesto para todos en común, para los ricos y para los pobres, para los pecadores y para los justos. Lo cual verdaderamente decía Cristo: *el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos; y llover sobre justos y pecadores* (Mt. 5-45); y llenándolo de incontables animales, y poniendo en los brutos costumbres naturales, nos mandó que a unos imitésemos, y de otros huyamos, por ejemplo: la hormiga es laboriosa y hace un trabajo pesado. Pues si lo observas, recibirás de este animal una máxima lección, para no dejarte ablandar, o para que no rehuyas los trabajos y sudores; por eso la Escritura también al perezoso envía a este animal diciendo: *Anda, oh perezoso, ve a la hormiga, y considera su obrar, y aprende a ser sabio...* (PROV. 6,6). ¿No quieres, dice, aprender de las Escrituras que es bueno el trabajar, y que no debe comer el que no trabaja? ¿No quieres escuchar esto de los doctores? Apréndelo de los brutos. También en las casas hacemos así muchas veces: cuando los mayores y de más prestigio han faltado, les exhortamos a que se fijen en los niños más ingeniosos, diciendo: ¡Mira al que es menor que tú, cuán trabajador e ingenioso es!

EL HOMBRE ES ENSEÑADO DE LOS MÁS PEQUEÑOS ANIMALES. Tú también, pues, saca de este animal una máxima exhortación a la aplicación, y admira a tu Señor, no sólo porque ha hecho el sol y el cielo, sino también porque hizo la hormiga. Pues aunque es animal exiguo, contiene una grande manifestación de la magnitud de la sabiduría divina. Considera pues cuánta es la prudencia, y admira cómo ha podido Dios en tan pequeño cuerpo infundir tantas ansias de obrar

constante. De ésta aprende el cuidado afanoso de trabajar, y de la abeja la limpieza, la diligencia y la caridad. Porque ella no trabaja más para sí que para nosotros, y se fatiga cada día, cosa muy propia del Cristiano, el no buscar sus intereses, sino los de los demás. Así pues, como ella vuela por todos los prados del contorno para preparar comida a otras, haz también tú, oh hombre, otro tanto: reúnes dineros, empléalos en otros; si tienes palabras para enseñar, no las entierres, sino expónlas con claridad a los necesitados; si tienes alguna otra cosa particular, sé útil a los que necesitan el fruto de tus trabajos. ¿No ves que la abeja es el más glorioso de los animales, no porque trabaja, sino porque trabaja para los otros? Porque la araña también trabaja y se fatiga, y extiende las tenues telarañas por las paredes, aventajando la habilidad de la mujer en ellas; pero es un animal innoble, porque su obra de ninguna manera nos es útil: así son los que para sí trabajan y se cansan.

Imita la simplicidad de la paloma, aprende del asno y del buey el amor para con el amo, copia la seguridad de las aves, que mucho puede lograrse de los brutos para corregir las costumbres.

Cristo nos instruye también por los animales, pues dijo: *Habéis de ser prudentes como serpientes, y sencillos como palomas* (Mt 10,16). Y otra vez: *Mirad las aves del cielo, que ni siembran, ni siegan, ni tienen graneros y vuestro Padre celestial las alimenta* (Mt. 6,2,6). Y el profeta, para avergonzar a los ingratos judíos, así dijo: *El buey reconoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no me reconoce, y mi pueblo no entiende mi voz* (Is. 1,3). Y otra vez: *La tórtola, y la golondrina, y la cigüeña saben discernir constantemente la estación de su transmigración; pero mi pueblo no ha conocido el tiempo del juicio del Señor* (Jer. 8,7).

De estos y de semejantes animales aprende a ejercitar la virtud, y de los contrarios a huir de los vicios. Que así como es benéfica la abeja, es perniciosa la avispa y el áspid ; por tanto, aléjate de su malicia, para que no oigas: *Veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas [las lenguas]* (Ps. 139,4). Atrevido es, a su vez, el perro, pues aborrece también esta mala costumbre: dolosa y fraudulenta es la zorra, no imites este vicio, mas al modo que la abeja, volando por los prados, no lo recoge todo, sino que tomadas las sustancias útiles deja

las restantes; así lo hagas tú al recorrer los géneros de animales: si hay en ellos alguna cosa útil, tómalas, y las habilidades que ellos tienen de la naturaleza, tú por tu albedrío adquiérelas, pues también estás honrado de Dios por esto, que las prerrogativas naturales de los brutos te concedió a ti conseguirlas por tu libre albedrío, para que tengas premios. Pues en aquéllos las obras buenas no son por elección y por razón, sino por sola naturaleza. Verbigracia: la abeja fabrica miel, no inducida a ello por la razón, sino guiada por la naturaleza: porque de no ser obra natural, y propiedad de toda la especie, sería del todo preciso que hubiese algunas no prácticas o inexpertas del arte: pero desde que fue el mundo hecho y hasta el día presente nadie ha visto abejas que están paradas y que no fabrican miel. Que las cosas estas naturales son comunes a toda la especie, mas las que dependen del libre albedrío no son comunes, pues necesitan del trabajo para lograr éxito.

3. EN EL MUNDO NADA HAY INÚTIL, AUNQUE NOS PAREZCA OTRA COSA. Tomando, pues, todo lo mejor, serás recubierto de un manto, pues eres el rey de los irracionales; y los reyes, todo cuanto de bueno hay en los súbditos, sea oro, sea plata, sean piedras preciosas, sean vestidos lujosos, todo lo poseen ellos con sobreabundancia: y por la criatura admira al Señor. Pero si algo de lo visible te aventaja, y no das con la razón, entonces glorifica al Creador, porque a tu mente sobrepuja la sabiduría de sus obras.

Nunca digas: esto, ¿por qué? ¿para qué esto? porque toda cosa es útil, aunque ignoremos la razón. Pues así como si entras en el gabinete de un médico y ves expuestos muchos instrumentos admiras tanta variedad, aunque desconozcas el uso de los mismos, haz otro tanto también con la creación, y cuando vieres en los animales, hierbas, plantas y otras cosas muchas cuyas utilidades desconozcas, admira la variedad de las mismas y queda estupefacto también de Dios óptimo y opífice y Creador de ellas: porque ni te dio conocimiento de todas, ni todas son incógnitas. Porque o las hizo todas incógnitas, para que no digas que el mundo existe sin providencia; mas no te permitió que todas las cosas te fueran conocidas, para que la grandeza del conocimiento no te levantase a soberbia.

Pues por ahí atacó al primer hombre un ímprobo demonio, el que le precipitó, con la esperanza de ciencia mayor, quitándole la que tenía: por esto cierto sabio amonesta diciendo: *No te metas en inquirir lo que es sobre tu capacidad, ni en escudriñar aquellas cosas que*

exceden tus fuerzas, sino piensa siempre... (ECCLO. 3,21-22): porque muchas de sus obras están secretas; y otra vez: *Muchas cosas se te han enseñado que sobrepujan la humana inteligencia* (IB. 3,25). Pero dijo esto para consolar al triste y apenado de que no todo lo conoce, pues dice, hasta lo que conoces excede en mucho a tu prudencia, que no lo has inventado tú, sino que has sido por Dios enseñando.

Está, pues, contento con las riquezas recibidas, y no preguntes más, sino da gracias por lo que has recibido, no te indignes por lo que no has recibido, y por las cosas que conoces glorifícale, para que no seas escandalizado por las que no conoces: ambas cosas las ha hecho Dios útilmente, atendiendo a tu salvación, unas te ha revelado, mientras te ha ocultado otras.

Como he dicho, hay un solo modo de conocer ciertamente a Dios, capaz de consumir muchos días. Porque para recorrer la composición del hombre sólo con diligencia (digo con la posible diligencia, no con la verdadera diligencia: porque aunque hemos dicho muchas razones de las obras, hay, no obstante, muchas otras arcanas, conocidas de Dios que las hizo; pues nosotros no todas las sabemos): pues para discurrir con diligencia sobre la formación del hombre, y que en cada miembro descubramos la sabiduría, ya consideremos en los nervios, venas, arterias la distribución, el sitio, y la formación de todo lo demás, ni el año entero nos bastaría para esta exposición. Por esto, dando aquí fin a este discurso, y sirviendo de norma para recorrer las otras partes de la creación a los laboriosos y diligentes lo dicho, vamos a mudar el sermón a otra hipótesis, también demostrativa de la Providencia de Dios.

Pues ¿cuál es la segunda hipótesis? Dios, cuando al principio hizo al hombre, le inspiró la ley natural. Pero, y ¿qué es la ley natural? Nos imprimió la conciencia, y quizo que por la naturaleza fuese puesta en nosotros la ciencia de lo bueno y de lo malo contrario. Pues no tenemos que aprender que es malo el fornicar, y que es bueno el ser continente, sino que lo sabemos desde un principio. Y para que aprendas que sabíamos esto desde el principio, el legislador, al dar después las leyes, y decir: “No matarás” (Ex. 20,13), no añadió: porque matar es malo, sino sencillamente dijo: “No matarás”: que sólo vedó el pecado, mas no enseñó. Pues, y ¿por qué el que dijo: “No matarás” no añadió porque el matar es malo? Porque antes nos enseñó esto la conciencia, y habla para los que sabían y entendían. Mas cuando habla de otro precepto, que no nos era conocido por la con-

ciencia, no sólo prohíbe, sino que alega la causa. Así pues, al dar la ley sabática y decir: *Ningún trabajo harás en él [sábado]* (Ex. 20,10), añadió la causa de la cesación simultáneamente: ¿cuál? *Por cuanto en seis días el Señor hizo todas las cosas el cielo, y la tierra, y el mar, y todas las cosas que hay en ellos, y descansó en el día séptimo: por esto bendijo el Señor el día de sábado y lo santificó* (Dt. 24,18). Dimes pues: ¿Por qué alegó causa para el sábado, y nada semejante hizo para el no matar? Porque éste del sábado no era un mandamiento de los primarios, ni de los encontrados por la conciencia, sino particular y temporal; por esto después fue quitado; mas los necesarios y que encierran nuestra vida son aquéllos: *no matarás, no hurtarás, no fornicarás* (Ex. 20,13-15): y, por tanto, de ninguna manera añade el motivo, ni aduce doctrina, sino que juzga que sólo es necesario prohibirlo.

4. EL CONOCIMIENTO DEL DERECHO NATURAL ESTÁ INFUNDIDO EN EL HOMBRE. Y no sólo por esto, sino por otras cosas, tengo empeño en demostraros cuál había sido instituido el hombre para el conocimiento de la virtud. Primeramente Adán admitió el pecado, y después del pecado, al momento se escondió. De no haber conocido que había perpetrado algo malo, ¿por qué se ocultó? Porque no había escrituras, ni ley, ni Moisés: ¿cómo conoció el pecado, pues se escondía? Y no sólo se encubre, sino que al haber sido recriminado, procura echar la culpa a tercero diciendo: *La mujer, que tú me diste por compañera, me ha dado del fruto de aquel árbol y he comido* (GÉN. 3,12). Y ella, a su vez, traspasa la culpa a otro, es decir: a la serpiente. Pero advierte la sabiduría de Dios: pues habiendo dicho Adán: *He oído tu voz en el paraíso, y he temido porque estoy desnudo, y así me he escondido* (Ib. 3,10), Dios no reprende, desde luego, lo hecho, y no dijo: pues ¿por qué comiste del árbol? Sino ¿cómo? *Pues ¿quién te ha hecho advertir que estás desnudo, sino el haber comido del fruto de que yo te había vedado que comieses...?* (Ib. 3,11). Ni calló, para provocarle a que confesase, ni claramente le reprendió, para que no lo pusiera todo Dios y él quedase privado del perdón, que se nos proporciona con la confesión. Por esto no dijo manifiestamente la causa, de la cual había nacido el conocimiento, o la mutación, sino que le dirige la palabra en forma de pregunta, para dejarle puerta abierta para la confesión.

Otro tanto puede observarse en Caín y Abel. El primero ofrecía a Dios las primicias de sus trabajos. Porque demostramos que el hom-

bre había sido dotado de ciencia, no sólo del pecado, sino también de la virtud. Que el hombre sabía que el pecado era el mal, demostrólo Adán, pero que sabía que la virtud era el bien, también lo manifestó Abel. Porque ni fue enseñado por otro, ni por haber oído la ley que imponía las primicias, sino enseñado por su conciencia ofreció aquel sacrificio. Por esto no descendo a los posteriores, sino que trato de los hombres primeros, cuando ni había escrituras, ni ley, ni profetas y jueces, sino tan sólo Adán con sus hijos, para que aprendas que la ciencia de lo bueno y de lo contrario había sido infundida antes en la naturaleza. De ella, pues, aprendió Abel que eran buenas las ofrendas, que era bueno el venerar a Dios, y el darle gracias en todo. Pero, ¿es que Caín no ofreció? En verdad, también éste ofreció, pero no de igual manera. Y de aquí también se manifiesta de nuevo el conocimiento de la conciencia: pues porque envidiaba al que había sido honrado, y deliberaba de matarle, ocultaba su engañosa determinación, y ¿qué dice?: *Salgamos fuera* (GÉN. 4,8). Otra falacia, pues hay simulación de caridad: otra la sentencia, que es la deliberación de fratricidio. Porque si no juzgaba por malo su consejo, ¿por qué lo ocultaba, y aún después de cometida la muerte, otra vez preguntado de Dios: *¿Dónde está tu hermano Abel?* dijo: *No lo sé: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?* (GÉN. 4,9). Pues ¿por qué niega? ¿no es manifiesto que se condena a sí mismo grandemente? Pues así como su padre se había escondido, éste niega; y después de la pregunta dice otra vez: *Mi maldad es tan grande, que no puedo ya esperar perdón* (Ib. 4,13). Mas el gentil no lleva o admite estas cosas. Ea pues, hablemos también con él, y como lo hemos hecho con la creación, no sólo por las Escrituras, sino también con razones promoviendo disputas contra ellos, hagamos también lo mismo ahora acerca de la conciencia. Porque Pablo emplea también este argumento contra aquellos paganos.

Y ¿qué es, en limpio, lo que dicen? No tenemos ley impuesta de suyo por la conciencia, ni Dios la imprimió en la naturaleza. ¿De dónde, entonces, de dónde, preguntaré, los legisladores de entre ellos escribieron sobre las nupcias, muertes, testamentos, depósitos, de no oprimir a los prójimos y de infinitas más cosas y sobre esto legislaron? Porque los presentes quizá lo han aprendido de los mayores, y éstos de los anteriores, y aún estos también de los predecesores: pero los primeros de todos y que desde un principio dieron leyes entre ellos, ¿de quién aprendieron? ¿No es verdad que de la conciencia?

Pues no podrían decir que hayan estado con Moisés, que hayan oído a los profetas: ¿cómo? ¿los que eran gentiles? Mas patente está que ellos pudieron haber dado las leyes y haber inventado las artes y otras mil cosas mediante esta ley que Dios, al formar al hombre desde un principio, le impuso: que también las artes se han desarrollado cuando aquellos antiguos, por su ingenio propio, se aproximaron a ellas. Así se establecieron los tribunales y las penas: lo que también dice Pablo. Pues como muchos de los gentiles habían de contradecir y dirían: ¿Cómo juzgará Dios a los hombres anteriores a Moisés? No envió legislador, ni dio ley, no preparó profeta, ni apóstol, ni evangelista: ¿cómo podrá imponerles las penas?, queriendo Pablo demostrar que tenían enseñada la ley por la naturaleza y manifiestamente sabían lo que debía hacerse, oye lo que dice: *Cuando los gentiles, que no tienen ley escrita, hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales, no teniendo ley, son para sí mismos ley viva, y ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones. ¿Cómo sin escrituras? como se lo atestigua la propia conciencia y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden, como se verá en aquel día, en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por medio de Jesucristo...* (ROM. 2,14-16). Y otra vez: *Todos los que pecaron sin tener ley escrita, perecerán sin ser juzgados por ella; mas todos los que pecaron teniéndola por ella serán juzgados* (ROM. 2,12). ¿Qué es eso: “perecerán sin ella”? No acusando la ley, sino la conciencia y los pensamientos. Pero si no hubiesen tenido la ley de la conciencia, no debían perecer los mismos que pecaban: pues ¿cómo si pecaron sin ley? Mas cuando dice *sin ley*, no dice que no tuvieron ley, sino que no tuvieron ley escrita, pero que tuvieron la ley natural. En otro lugar (v. 10): *Mas la gloria, el honor y la paz de todo aquel que obra bien, del judío primeramente y del griego.*

5. Pues todo esto decía de los tiempos anteriores, que fueron antes de la venida de Cristo. Y llama aquí Griego no al idólatra, sino al que adoraba a un solo Dios, pero que no era seguidor de las observancias judaicas, del sábado, de la circuncisión y de las varias purificaciones; pero que practicaba la sabiduría y toda piedad. Y de nuevo, hablando de lo mismo, dijo: *Así que, tribulación y angustias aguardan sin remedio al alma de todo hombre que obra mal, del judío primeramente, y después del griego* (ROM. 2,9). Otra vez llama aquí Griego al que está libre de las observancias de los Judíos. Pues ¿cómo, si no

oyó la ley, ni trató con los Judíos, cómo tendrá ira, indignación y tribulación por obrar lo malo? Porque tiene en lo interior la conciencia que increpa, y enseña, e instruye sobre todas las cosas. ¿Por dónde es manifiesto? Por aquellas cosas en que a otros castigó, dio leyes, constituyó tribunales. Que para declarar esto, Pablo decía de los que vivían en el vicio: *Los cuales, en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte, y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen* (ROM. 1,32). Y ¿por dónde conocieron ser voluntad de Dios que los que viven en impiedad sean castigados? ¿por dónde? Por las cosas en que juzgaban a los que pecaban. Porque si no juzgas que es malo el matar, al haber cogido a un homicida no le castigarás por sentencia tuya: si no tienes por malo el adulterio, cuando cayere un adúltero, líbralo de pena. Pero si para los pecados ajenos dictas leyes, aplicas penas y eres juez severo: ¿qué excusa puedes tener, en las cosas en que tú mismo pecas, diciendo que ignorabas lo que debía hacerse? El y tú habéis fornicado. ¿Por qué a él castigas y a ti juzgas digno de perdón? Porque si no sabías que el adulterar era malo, ninguno de los dos debía ser castigado; pero si al otro de los dos castigas, mientras que a ti te estimas para huir la pena, ¿cómo puede parecer conforme a la razón que los reos de los mismos crímenes no paguen las mismas penas? Por tanto, Pablo, acusando esto mismo, decía: *Tú, pues, oh hombre, que condenas a los que tales cosas hacen, y no obstante las haces, ¿piensas acaso que podrás huir del juicio de Dios?* (ROM, 2,3). No es así, no lo es: porque por el juicio que diste contra otro, por éste entonces te juzgará Dios: que ciertamente no eres tú justo y Dios injusto. Pues si no desdeñas al que ha sufrido una injuria, ¿cómo lo desdeñará Dios? Si tú castigas los pecados de los otros, ¿cómo Dios no te castigará? Pero si no te aplica inmediatamente la pena, por esto no confíes, antes bien teme. Así lo mandó también Pablo diciendo: *¿O desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento? ¿no reparas en que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia?* (ROM. 2,4). Pues por esto tolera, no para que te hagas peor, sino para que hagas penitencia; pero si no quieres, tienes mayor motivo de castigo en la longanimidad de Dios, ya que permaneces en pecado sin arrepentirte. Y porque al declarar esto decía: *Con tu dureza y corazón impenitente vas atesorando ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios* (ROM. 2,5), el cual ha de

pagar a cada uno según sus obras (v. 6). Pues porque a cada uno da según sus obras, ya por esto nos infundió la ley natural, ya después nos dio la ley escrita, para exigir las penas de los pecadores, y para coronar a los que se han portado rectamente; así es que con mucho cuidado desempeñemos nuestras obras, como que hemos de entrar en un tremendo juicio, sabiendo que no hemos de conseguir perdón alguno, si descuidamos nuestra salvación después de la ley natural, y de la ley escrita, y de tanta enseñanza, y de amonestación tan asidua.

6. NUEVAMENTE DE LOS JURAMENTOS. Quiero, pues, hablaros otra vez de los juramentos, pero tengo vergüenza. No me es pesado el deciros día y noche lo mismo; pero después de haberos amonestado durante estos muchos días, temo que no ponga de manifiesto vuestra grande condenable apatía, pues en cosa tan fácil necesitáis de amonestación continua. Y no sólo me avergüenzo, es que temo por vosotros. Porque la enseñanza asidua, para los que reflexionan, es ciertamente útil y saludable, es empero peligrosa para los desidiosos. Pues cuanto uno más oyere, tanto más se atrae la venganza, no haciendo lo que se dice. Así es como echando esto en cara a los judíos decía Dios: *Os ha enviado muy a tiempo todos sus profetas; sin que vosotros, mientras los enviaba, los escucháseis* (JER, 25,4). Porque nosotros lo hacemos por la gran solicitud, pero tememos que en aquel día tremendo no os sea a todos vosotros un obstáculo esta amonestación y este consejo. Porque siendo fácil la obra buena, y no faltando quien asiduamente amonesta, ¿qué excusa podremos alegar? ¿o qué motivo nos librará del castigo? Porque dime: si acontece que hayas prestado algún dinero, ¿no es verdad que al encontrarte con el deudor, siempre le avisas del préstamo? Haz también ahora esto, y cada uno piense que el prójimo le debe dinero, es decir: el cumplimiento de este mandato, y saliendo al encuentro amonéstele del cumplimiento de la obligación, sabiendo que hay un no pequeño peligro para nosotros, si no tenemos cuidado de nuestros hermanos. Por esto tampoco yo desisto de repetir lo mismo: porque temo que tenga que oír aquel día: *¡Oh siervo malo y perezoso!... debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrara mi caudal con los intereses* (Mt. 25,26-27). He aquí que he distribuido, no una ni dos, sino muchas veces; pero a vosotros toca obtener rédito: y la usura, el interés está en poner por obra la amonestación escuchada, pues del Señor son las cosas que se dan en préstamo. No recibamos, pues, con negligencia, sino que guardemos diligentes el depósito, para devolverlo en

aquel día con mucho lucro de negociación. Mas si no indujeres también a otros para este deber, oirás aquella voz que oyó el que enterró el talento. Mas para que no os suceda oír ésta, sino la otra, que pronunció Cristo del que había negociado, al decir: *Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho* (Mt. 25,26-27).

Y oiremos esta palabra, si pusiéremos el mismo empeño que aquél; y pondremos el mismo empeño, si hiciéremos lo que digo. Mientras que está caliente lo oído, al salir exhortaos vosotros mutuamente; y así como os apartáis con un saludo, así cada uno vaya a casa con una amonestación y diga al prójimo: Piensa y acuérdate cómo guardas lo mandado; y ciertamente superaremos. Pues cuando los amigos te hayan despedido, y llegado a casa otra vez te diga lo mismo la mujer, y estando solos nuestra oración os ocupe, pronto rechazaremos esta mala costumbre. Bien conozco que os admiráis porque pongo tanto empeño en este precepto: pero cumplido y entonces callaré. Porque repito entretanto, que este mandamiento es ley divina, y que no hay seguridad en traspasarlo; mas si lo viere cumplido, os recordaré también otra causa no menor que ésta para que aprendáis que yo con motivo he puesto tanto cuidado por esta ley.

Resta que acabe el sermón con una súplica. Digamos, pues, todos a una: Oh Dios, que no quieres la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, concédenos que, habiendo cumplido ésta y todas las otras leyes, de tal modo estemos en el tribunal de Jesucristo, que con grande confianza lleguemos al reino para gloria tuya.

HOMILÍA 13

1. Por el mismo principio y por los mismos proemios, por los que comencé ayer y anteayer, daré también hoy comienzo, y diré ahora: Bendito sea Dios. ¿cómo pasamos el miércoles anterior y cómo vemos ahora éste? ¡Cuánta oscuridad había en aquél, y cuánta tranquilidad en el actual! En el mismo día aquel tremendo tribunal en la

ciudad sacudió todos los corazones, e hizo que el día en nada fuese mejor que una noche, no por haberse extinguido las luces, sino por la tristeza y el temor que ofuscaban vuestros ojos. Pues para que tomemos más placer también nosotros, quiero conmemorar unas cuantas cosas que sucedieron. Tanto a vosotros como a vuestros descendientes todos veo que es útil la narración de éstas, porque también a los náufragos, que están salvos, es agradable recordar el oleaje, y la tempestad, y los huracanes, una vez que llegaron al puerto; y a los que han estado enfermos es muy grato el contar a los otros después de su enfermedad las fiebres por las que llegaron a estar en peligro de muerte. Que una vez que han pasado los peligros graves, el recuerdo de éstos contiene placer, cuando el alma no teme, sino que experimenta mayor delectación. Porque la memoria de los males pasados ofrece la tranquilidad presente para saborearla con más cuidado.

CONSTERNACIÓN DE LOS ANTIOQUENOS DURANTE LA INQUISICIÓN SOBRE LAS ESTATUAS DERRIBADAS. Pues luego que la mayor parte de los ciudadanos, por miedo y a causa de aquella amenaza, se marchó a los desiertos, a las cuevas de los montes y a los lugares ocultos, obligándoles el miedo en todas partes; y las casas estaban vacías de mujeres, la plaza de hombres, y apenas dos o tres se veían andando a la vez, y aun éstos parecían esqueletos animados que ambulaban: acudíamos al foro judicial para ver en qué paraban los hechos, y mirando las restantes multitudes reunidas, hemos admirado esto más que todo, que permaneciendo la muchedumbre delante de las puertas, lo mismo que si no hubiera nadie era profundísimo el silencio, mirándose todos unos a otros, sin que ninguno se atreviese a preguntar al presente, o a escuchar algo del mismo. Porque cada uno tenía por sospechoso al próximo: pues fueron muchos ya los que impensadamente contra toda esperanza arrebatados del medio de la plaza eran encerrados adentro; y todos igualmente mirábamos al cielo, y extendíamos las manos, esperando silenciosamente ayuda de lo alto, y suplicando a Dios que asistiese a los que debían ser juzgados, y ablandase los corazones de los jueces, y que suavizase la sentencia. Y así como los que desde tierra ven a los náufragos, que sí se acercan, y alargan las manos, pero no pueden vencer el peligro, por verse alejados por las olas, desde fuera en la misma orilla, levantando las manos y llorando oran a Dios que asista a los que fluctúan; así también allí todos tácitamente invocaban a Dios, pidiendo que alargase la mano a los llevados al tribunal, arrebatados por el oleaje, y no permitiese que la nave se hundiese, y que

no resolviese el juicio de los jueces en el extremo naufragio. Y esto era sí lo que estaba delante de las puertas; mas después que entramos dentro de la sala, vimos de nuevo cosas aún más terribles, soldados con espadas y clavas armados, y que proporcionaban a los jueces interiormente gran tranquilidad. Pues porque todos los allegados, las mujeres, las madres, las hijas, los padres se habían apostado en las puertas, para si acontecía que alguno fuera a la muerte conducido, encendido con el espectáculo de la calamidad, provocase un tumulto y perturbación, a todos los alejaban los soldados, que se apoderaban del ánimo de los mismos con el pavor.

ESPECTÁCULO MISERABLE. Pero lo más miserable de todo, que la madre y la hermana de uno, que era dentro juzgado yacían por tierra a la entrada de los jueces, cubriéndose de polvo, convertidas en un espectáculo para todos los circunstantes, tapados los ojos, y avergonzándose tan sólo tanto, cuanto consentía la inminencia de la calamidad: no les asistían ni sirvienta ni vecina, ni amiga, no otra alguna allegada, sino solas, vilmente vestidas, puestas en medio de tantos soldados aproximándose arrastradas por tierra a las mismas puertas, padecían tormentos mayores que los que dentro eran juzgados, oyendo la voz de los verdugos, el sonido de los azotes, el llanto de los azotados, las tremendas amenazas de los jueces, y en tanto que cada uno era flagelado, se consumían éstas con dolores más graves que aquéllos. Pues porque había peligro de declaración de crímenes en los testimonios de los otros, si alguna vez oían que uno era azotado para que dijese los reos, y que se lamentaba, mirando al cielo rogaban a Dios que le diese fortaleza y tolerancia, para que no fuese traicionada la salvación de los allegados por la debilidad de los que no tenían valor para soportar el cruel dolor, y sucedía de nuevo lo que a los náufragos suele. Pues así como éstos, si ven de lejos el golpe de las olas que se levanta, que poco a poco crece y amenaza sumergir la nave, aun antes que esté más cerca, se quedan como muertos de miedo: lo mismo ellas, cuando oían salir las voces y lamentos, temerosas de que agotados algunos de los que en tormento eran obligados a declarar, no lo hicieran en contra de algún allegado, veían ante los ojos muertes sin cuento. Y eran de ver tormentos dentro, tormentos fuera, pues a aquéllos los atormentaban los verdugos, a éstas el imperio de la naturaleza y la compasión de las entrañas: dentro llantos, fuera llantos; dentro los de los reos, fuera los de los parientes. Y aun más si sólo los mismos, que hasta los mismos jueces lloraban de

corazón, y obligados a prestar servicio en tan acerba calamidad, sufrían más que todos.

2. Yo pues que asistía y veía estas cosas, que las mujeres y las doncellas virginales, acostumbradas a los tálamos (recatadas), ahora están para común espectáculo de todos, y las que usaban blanda cama tener ahora por cama la tierra, y las que poco ha tenían tanto servicio de sirvientes, eunucos y de toda la restante pompa, privadas ahora de todas aquellas cosas, estuvieron posternadas a los pies de todos, pidiendo a cada uno que ayudaran en algo, según pudieran, a los que habían de ser juzgados, y a la vez que todos diesen a los reos alguna misericordia, dije lo de Salomón: *Vanidad de vanidades y todo vanidad* (ECL. 1,2). Porque veía cumplirse realmente éste y otro oráculo, a saber: *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado. Se seca el heno y la flor cae* (Is. 40,6-7).

Pues entonces eran nada la nobleza, el linaje esclarecido, el patrocinio de los amigos, el parentesco, y todas las ayudas de la vida, por el pecado y la maldad cometidos que destruye todo este auxilio; y así como la madre que al venir ve robados sus polluelos y al encontrar vacío el nido, aunque no puede ciertamente arrebatar los polluelos cogidos, pero volando en derredor del cazador, con esto mismo manifiesta su dolor; así hacían aquellas mujeres, habiendo sido sus hijos arrebatados de la casa, y en lo interior como enredados en un lazo o red, no podían de cierto acercarse, ni arrancar los presos; pero revolcándose postradas ante las puertas, llorando, gimiendo, y tentando de aproximarse a los soldados de guardia, manifestaban el dolor.

Y entonces al ver estas cosas, pensé en el juicio tremendo, y decía para mí: Si ahora, que son jueces los hombres, no hay quien pueda librar a los reos, ni la madre, ni la hermana, ni el padre, ni otro que sea, aunque esté inmune de lo perpetrado, ¿quién nos asistirá en el tremendo juicio de Cristo, estando nosotros para ser juzgados? ¿Quién se atreverá a levantar la voz? ¿Quién podrá arrebatar libres a los conducidos a las penas aquellas intolerables?

Ahora bien: los que entonces eran juzgados eran los primates de la ciudad, la primacía de la nobleza. Sin embargo contentos se habrían visto, si se les hubiese concedido que, perdiéndolo todo, y si fuera preciso, hasta la misma libertad, conservaran la vida presente. Mas pasado el día, muy entrada la tarde, esperando el final del juicio, estaban todos en mayor ansiedad, y a Dios pedían que se diese alguna dilación y prórroga, y al irritado ánimo de los jueces, que dieran

cuenta al Emperador de lo actuado para que él sentenciase: pues algún bien habría en esta dilación. Y se hacían a los benignos oídos de Dios súplicas comunes del pueblo para que salvase las reliquias de la ciudad, y no dejase que fuese totalmente arrasada. Y no había uno que con lágrimas no le clamase. Sin embargo, nada de esto doblegó entonces a los jueces que actuaban en estas causas; sólo a una cosa miraban, a que se hiciese una diligente indagación de los hechos; y al fin encadenados eran conducidos por medio de la plaza a la cárcel hombres que en su casa mantenían caballos, acostumbrados a proyectar conquistar brabeyas (premios públicos) y que podían contar otros innumerables preclaros oficios: los bienes eran confiscados, y en las puertas de todos podían verse las señales. Y las mujeres de éstos arrojadas de la casa paterna, cada una prácticamente cumplía aquello de la mujer de Job: vagaban de una casa a otra, las que necesitaban posada, que ni esto les era fácil encontrar, temiendo y temblando cada cual de recibir a alguno, pariente de los reos, y de cuidarle.

LA CALAMIDAD GUÍA HACIA LA VIRTUD. No obstante los que tanto pasaron, de todo estaban contentos porque no habían muerto; y ni la multa pecuniaria, ni la ignominia, ni tanta tropelía, ni cosa alguna semejante les atormentaba. Pues la magnitud de la calamidad, y la presunción de padecer otras mayores hízoles filosofar tanto en sus almas; y entonces aprendían cuánto nos es la virtud fácil y propensa, expedita, y que sólo por nuestra negligencia parece ser trabajosa. Porque éstos, que poco antes no soportaron bien una pequeña multa, impresionados por un miedo más grande, habiendo perdido todos los bienes, igual que si hubieran encontrado un tesoro, así se portaban, porque no habían perdido la vida. Así es que si el temor del infierno futuro no dominase, y meditásemos aquellas intolerables penas, aunque entregáremos la hacienda, la vida, el cuerpo por las leyes de Dios, no nos doleremos, sabiendo que más ganamos al librarnos de las penas futuras.

Acaso vuestro corazón se ha enternecido no poco en la deplorable exposición de lo dicho; pero no lo llevéis a mal: porque como he de emprender más graves sentencias, y necesito de corazones tiernos, lo he hecho intencionadamente, para que sacudida toda pereza, con el temor de la narración, vuestra mente, despegándose de todos los cuidados de la vida, con grande facilidad recoja en lo hondo del alma el poder de lo que se ha de decir.

3. Pues bastante y anteriormente nos ha demostrado el discurso que en nosotros hay infundida naturalmente la ley de lo bueno y de lo

contrario; mas con el fin de que la demostración nos resulte más clara, vamos también hoy a trabajar el sermón sobre el mismo asunto.

Y que Dios, desde el principio, al formar al hombre, lo hizo conocedor de ambas cosas (del bien y del mal), lo demuestran todos los hombres; en pecando nos avergonzamos ante los súbditos, y a veces el señor que iba a una ramera, habiendo visto a alguno de los siervos, que son más modestos, se avergonzó, y desistió de su mala andanza. También cuando otros nos llaman apodos que envuelven o indican nuestros vicios decimos que eso es contumelia; y si lo llevamos a mal, citamos a juicio a los que lo han hecho. Así es que sabemos qué cosa es vicio, qué sea virtud.

LEYES DE LA CARIDAD PARA CON EL PRÓJIMO. Pues bien: declarando eso mismo Cristo, y demostrando que El nada nuevo, o que trascendiese nuestra naturaleza, sancionaba, sino lo que desde el principio había impreso en nuestra conciencia, después de tantas bienaventuranzas decía así: *Haced vosotros con los hombres todo lo que deseáis que hagan ellos con vosotros* (Mt. 7,12). Que fue como decir: No son necesarios muchos discursos, ni prolijas leyes, ni varia doctrina: tu voluntad sea la ley. ¿Quieres obtener beneficios?—Haz a otro favor.—¿Quieres conseguir misericordia?—Compadécete del prójimo.—¿Quieres ser alabado?—Alaba a otro.—¿Quieres ser amado.—Ama.—¿Quieres ocupar las primerías?—Antes ofrécelas a un tercero. Sé tú el juez, sé el legislador de tu vida. Y otra vez: *Guárdate de hacer jamás a otro lo que no quisieras que otro te hiciese a ti.* (TOB. 4,16). Con esto induce a la fuga de lo malo, con aquello a la práctica de la virtud. Lo que odias, a nadie lo hagas. ¿Aborreces el padecer contumelia?—No contumelies a otro.—¿Aborreces el ser engañado?—Tú no engañes a otro.—Y realmente, si guardamos estos dos mandatos, no necesitaremos más disciplina.

Infundió en nuestra alma el conocimiento de la virtud, pero la acción y aplicación la dejó a nuestra voluntad. Puede que esté oscuro lo que he dicho: por esto voy a proponerlo con más claridad.

Para que sepamos que la templanza es buena, no tenemos necesidad de palabras ni de doctrina: porque en la naturaleza tenemos mal conocimiento, ni es preciso que con trabajos y fatigas vayamos de una parte a otra y preguntemos si la templaza es buena y útil: porque todos de común acuerdo lo confesamos, y nadie duda de la virtud. Y del mismo modo juzgamos que el adulterio es malo, y tampoco en esto hay que trabajar ni necesitamos enseñanza para que sea conocida

la malicia de este pecado, sino que en estas materias todos estamos enseñados por nosotros mismos; y recomendamos la virtud, aunque no la practiquemos; como así mismo aborrecemos el vicio, aunque lo cometamos.

Y esto ha sido un máximo beneficio de Dios, el que aplicara nuestra conciencia y voluntad, aun antes de la operación a la virtud, y que la hiciese contraria a la maldad. Pues como he dicho, el conocimiento de estas dos cosas está impreso en la conciencia de todos los hombres, y no necesitamos de maestro para aprenderlo; pero la práctica es cosa de trabajos, de voluntad y de cuidado. Y ¿por qué? —Porque si todo lo hubiese dado la naturaleza estaríamos sin coronas y premios, y así como los brutos no deben ser recompensados ni alabados de las virtudes que les son naturales, lo mismo seríamos nosotros, si hubiésemos tenido algo semejante. Pues la alabanza y encomio de los bienes naturales no pertenecen a los que los tienen, sino al que los da. Que por esto no lo cedió todo a la naturaleza, ni tampoco concedió que la voluntad cargase con todo el peso, ora del conocimiento, ora de la aplicación, para que no aborreciese la virtud por causa del trabajo; sino que la conciencia dicta lo que debe hacerse y a la voluntad toca poner lo pertinente a la operación. Así conocemos sin trabajo que es cosa buena el vivir con regla y medida, porque éste es conocimiento natural; pero no podemos practicar la templanza, si no es trabajando y refrenando las concupiscencias y soportando mucho trabajo. Porque esto no lo tenemos de la naturaleza, como el conocimiento, sino que exige constancia y empeño.

Y no nos alivió el peso así sólo, sino además de otro modo, dejando que tengamos algunas cosas naturales de los mismos merecimientos. Porque el indigno junto con los que padecen contumelia todos lo tenemos de natural (porque al momento nos convertimos en enemigos de los que atacan, aunque nosotros nada hayamos sufrido), y el congratular a los que reciben defensa y auxilio, y el afligirnos en las calamidades ajenas, y el recrearnos con el mutuo amor. Pues aunque los acaecimientos parezcan poner o indicar alguna cierta enemistad, sin embargo tenemos entre nosotros un amor común. Y para indicar esto decía el sabio: *Todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo* (ECCLLO, 13,19).

4. Pero Dios nos ha dado muchos otros preceptores además de la conciencia; porque los padres para los hijos, los señores para los siervos, los maridos para las mujeres, los doctores para los discípulos,

los legisladores y los jueces para los súbditos, y los amigos para los amigos. Pero a veces aun de los enemigos nos lucramos no menos que de los amigos; porque habiéndonos echado en cara nuestros pecados, aun sin pretenderlo nos invitan a corregirlos.

Pues tantos doctores nos ha impuesto, para que se nos hiciera fácil el dar con lo útil y el reparar, estando la muchedumbre que nos obliga a esto y no permite que nos desviemos de lo que nos es conveniente. Porque si despreciamos a los padres, por temor a los magistrados seremos más afables: y si no los miramos en los pecados, jamás podemos huir de la reprensión de la conciencia; y si a ésta desdeñamos y rechazamos, temiendo la opinión común, seremos mejores; si de ésta no nos avergonzamos, el infuso temor de las leyes podrá corregirnos aun sin quererlo nosotros, y los maestros y los padres a los que son jóvenes, y los legisladores y príncipes arreglan a los adultos que toman a su cuidado, y los siervos, que perezosamente se portan, tienen necesidad de observar modestia tanto por los antedichos, como por los señores, y las mujeres por los maridos; y por doquiera tiene nuestro linaje muchos muros para que no resbalemos y caigamos con facilidad en el vicio.

Y además de todo esto, ya las enfermedades, ya los apuros de los negocios nos enseñan: porque la pobreza coarta, la multa corrige, el peligro retrae, y mil otras cosas semejantes. ¿No imponen terror el padre, ni el maestro, ni el príncipe, ni el legislador, ni el juez, ni te confunde el amigo, no te muerde el enemigo, no te castiga el señor, no te enseña el marido, no corrige la conciencia? Pero la enfermedad corporal, que sobreviene, a veces todo lo corrigió, y la multa volvió más humano al audaz; y lo que es más, ciertamente, no sólo a nosotros, sino también a los demás suelen ayudar grandemente los males que acaecen, y sin haber pasado nada grave, habiendo visto que otros eran castigados, hemos quedado no menos corregidos que ellos.

CONTRA LOS JURAMENTOS. Esto puede también cualquier ver que acontece en las obras buenas, pues así como unos se hacen mejores cuando ven que otros son penados, así por los que se portan bien son muchos los que se estimulan a imitarlos, y es lo que sucede en huir de los juramentos. Pues muchos, habiendo visto que otros han abandonado la mala costumbre de jurar, han imitado el cuidado y han vencido el pecado; por este motivo también nosotros tocamos otra vez más pronto la misma amonestación. Porque no me diga ninguno: muchos se han corregido; no es esto lo que se busca, sino que todos (se

corrijan). Hasta que haya visto esto, no puedo respirar. Aquel pastor que tenía cien ovejas, habiendo perdido una, no sintió contento de las noventa y nueve, hasta que la encontró y restituyó a la grey (Mt. 18,12-13). ¿No ves que se hace esto en el cuerpo?, pues aunque no sea más que el haberse quebrado o levantado una uña al tropezar, todo el cuerpo conduele al miembro. No digas, pues: Unos cuantos han quedado que no se han corregido; antes bien, considera que estos pocos no corregidos corromperán a muchos otros. Pues aunque entre los Corintios sólo uno había fornicado, con todo gemía Pablo como si estuviese perdida toda la ciudad(1 Cor. 5); y con razón: porque sabía que, no habiendo corregido a aquél, el vicio que se deslizaba invadiría también a todos los demás. Poco hace he visto en el tribunal atados y conducidos por medio del foro aquellos varones ilustres, y mientras que algunos se admiraban del exceso de contumelia, decían otros: no hay de qué admirarse, pues cuando hay sentencia de condena, de nada aprovecha la dignidad. Y cuando haya impiedad, ¿no habrá mucha mayor razón de que en nada ayuda la dignidad?

5. Pensando, pues, estas cosas, despertémonos: que si vosotros no pusiéreis cuidado, en vano lo hacemos todo. Y esto ¿por qué? ¿Porque el magisterio no es como las restantes artes? El platero maestro, que ha labrado un objeto cualquiera y lo ha guardado, al día siguiente lo encontrará otra vez igual; y el bronceista, y el marmolista, y cualquier otro artista tal cual deja su trabajo, así de nuevo lo encontrará. Pero no es así en nosotros, sino todo lo contrario: pues no labramos cosas inanimadas, sino que forjamos las almas racionales. De aquí que no os encontramos tal como os dejamos, mas después que a los que hemos recibido, los hayamos con mucho trabajo reformado y corregido, y los hayamos hecho más fervorosos, una vez salidos otra vez los pervierte la concurrencia de los negocios que se ofrece por todas partes, y nos ocasiona mayor dificultad. Por esto suplico y ruego que pongáis mano alargándola, y todo el empeño que pongo aquí yo para vuestra corrección, otro tanto pongáis vosotros acerca de vuestra salvación, cuando de aquí hayáis salido. Ojalá fuera posible que yo mereciese mucho por vosotros, y que vosotros recibíseis los premios (=brabeyas) de los merecimientos, y nos os habría vejado tanto.

Pero ¿qué hacer? Esto es imposible: a cada uno se retribuirá según sus obras. Así pues, como la madre que está viendo al hijo febricitante, que asiste al enfermo y febril, llorando dice al hijo enfermo: hijo, ojalá pudiera yo quitarte la fiebre, pasando a mí la calentura; así es

como en verdad os digo yo ahora: Ojalá fuera posible que, trabajando yo por vosotros, hiciese a todos bien. Pero esto no es posible; no, no es posible, sino que es necesario que cada cual dé cuenta de sus actos, y no se puede ver que sea castigado uno en vez de otro. Por esto me duelo y lloro, porque no podré asistirlos a vosotros acusados en aquel día, máxime no teniendo tanta confianza ante Dios; pero aunque tuviese confianza, no soy más santo que Moisés, ni más justo que Samuel, a quienes habiendo alcanzado tanta virtud, respondió que en nada podían ayudar a los Judíos, porque le habían servido con demasiada pereza (JER. 15,1).

Ya, pues, que por nuestras obras somos castigados y salvados, cuidemos, os lo pido, con todos los demás guardar cumpliendo este mandato, para que, al partir de aquí en buena confianza, consigamos los bienes prometidos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 14

1. Ayer no nos perturbó poco el diablo la ciudad, mas Dios aún nos ha consolado de nuevo y no poco, de tal suerte que cada uno de nosotros pueda repetir el dicho del profeta: *A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría a mi alma* (Ps. 93,19). Y no sólo al consolar, sino también al permitir que seamos perturbados, Dios nos ha manifestado su providencia. Pues lo que nunca he cesado de decir, lo diré hoy también, que no tan sólo el solucionar las calamidades, sino que, asimismo, el permitir las es cosa de la benevolencia de Dios. Pues en viéndonos que nos dejamos inclinar a la pereza, y que nos apartamos de su trato familiar, y que tenemos a menos las cosas espirituales, nos deja un poco, para que así castigados volvamos a El con más deseo. Y ¿por qué te admiras, si hace esto con los que andamos perezosos, habiendo dicho Pablo que tanto en él como en sus discípulos era ésta la causa de las tentaciones? Pues enviando a los Corintios la segunda carta, decía así: *No quiero, hermanos, que ignoréis la tribulación que padecemos en el Asia, de que nos vimos abrumados, [males] tan excesivos y tan superiores a nuestras fuerzas que nos hacían pesada la misma vida. Pero sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte* (2 COR. 1,8-9); como diciendo: tan grandes peligros nos han sobrevenido, que abominaríamos de vivir, y no esperábamos ya más que sobrevendría algún buen cambio, ni que se hubiera de esperar más que la muerte; que esto vale aquel *Sentimos pronunciar allá dentro de nosotros el fallo de nuestra muerte*, pero con todo, después de tanta desesperanza, Dios disipó la tormenta, y alejó la nube, y nos arrebató de las mismas fauces de la muerte. Luego, para demostrar que el conceder que cayésemos en tan grande peligro era una grande obra de providencia, hace recuento de las ganancias nacidas de las tentaciones; y éstas eran el mirar a El con asiduidad, pero sin engrairse ni ensoberbecerse por nada. De aquí que habiendo dicho *Sentimos pronunciar allá dentro el fallo de nuestra muerte*, alegó a la vez la causa. Y ¿cuál es esta causa? *A fin de que no pusiésemos nuestra confianza en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos*. Pues suele despertar a los que dormimos y estamos remisos, y hacernos más piadosos por la condición de las tentaciones.

Así pues, querido, cuando vieres una prueba en verdad ya extinguida, pero que otra vez está encendida, no decaigas de ánimo ni rehuyas, sino ten buen esperanza, pensando en tus adentros que Dios te pone en manos de los enemigos no por odio ni aversión, sino

buscando el hacernos más cuidadosos y más familiares o piadosos con El.

Por lo tanto no nos desalentemos, ni perdamos la esperanza de ir a mejor, sino esperemos una rapidísima tranquilidad que vendrá; y dejando a Dios el poner fin a todos estos tumultos por los que estamos agitados, toquemos de nuevo los acostumbrados asuntos y presentemos la doctrina que solemos: pues otra vez quiero hablaros de la misma materia, para extirpar radicalmente de vuestra alma la ímproba costumbre de jurar.

2. NUEVAMENTE CONTRA LOS JURAMENTOS. Por esto tengo necesidad de acogerme otra vez a la misma súplica. Pues antes os rogué que, tomando la cabeza de Juan Bautista, que destilaba aún sangre caliente y había sido cortada, cada uno se volviese así a su casa, y cada cual piense que tiene a la vista a aquél que hablaba y decía: Tened odio a mi verdugo el juramento: lo que no pudo la ira del tirano, consiguiolo la necesidad de un juramento. Es así en verdad: cuando era reprendido públicamente oyéndolo todos, el tirano soportó generosamente la increpación; pero cuando se envolvió en el juramento obligante, entonces cortó aquella dichosa cabeza.

Pues lo mismo os pido también ahora, y no cejaré, para que dondequiera fuéremos, vayamos llevando esta cabeza, y la enseñemos a todos clamando y vituperando los juramentos. Pues por más desidiosos y negligentes que seamos, cuando miremos aquellos ojos, que nos miran terribles, y que amenazan a los perjuros, contenidos por este miedo con más fuerza que con cualquier freno, podremos cohibir y apartar fácilmente la lengua del precipicio de jurar.

Porque ni es sólo esto lo malo del juramento, porque ya se observe, ya se quebrante, a los reos de juramento los hace reos de pena, cosa que no sucede con ningún otro pecado, como puede ver cada cual. Mas todavía hay un mal mayor que éste. —¿Qué cuál es?— Que muchas veces no es posible jurar debidamente aun queriéndolo e intentándolo. Primero, porque el que jura con frecuencia, sea queriendo, sea sin querer, a sabiendas, o sin saber, ya en serio, ya en broma, unas veces arrebatado de la ira, otras de mil cosas más, generalmente perjurará. Y no contradirá nadie a esto: tan claro y manifiesto es que quien jura mucho, es preciso que sea perjuro. En segundo lugar, aunque no arrebatado, o sin querer o sin darse cuenta, quien padece esto, por la misma naturaleza del juramento, se verá forzado a perjurar. Pues muchas veces estando en casa comiendo y faltando alguno de

los siervos, juró la mujer que le castigaría, el marido juró al momento lo contrario, y resistió, y no lo permitió. En este caso, hagan lo que hagan, necesariamente hay un perjurio: pues ni por más que ellos quieran e intenten es posible guardar el juramento, sino que suceda lo que suceda, uno de los dos se hará reo de perjurio, o antes bien los dos, de una manera que diré: porque esto es para admirado. El que juró que azotaría al siervo, o a la esclava, impedido después, ya perjuró, porque no ha hecho lo que juró, y al que le prohíbe y le impide verificar el juramento se hace reo de perjurio. Porque no sólo los que perjuran, sino también los que a otros ponen tal necesidad, son reos de los mismos crímenes, y no solamente en casa, que también en público vea cada uno hacerse, y sobre todo en las luchas, cuando los que luchan juran cosas contrarias: el uno que azotará, el otro que no será azotado; éste que ha de quitar la capa, aquél que no se la dará; y los luchadores juran muchas otras cosas de este tenor. Vea, asimismo, cada uno que lo mismo sucede en las oficinas y en las escuelas. Muchas veces el artífice juró que no permitiría que el discípulo comiese y bebiese antes de que hubiera entregado acabada la obra o tarea impuesta. Asimismo, el pedagogo a veces con el niño, y el ama con la esclava, lo hizo; y cuando cae la tarde y la faena no está concluida, hay que, o dejar morir de hambre a los que no han cumplido la obra, o que perjuren en absoluto los que habían jurado.

Porque el maligno demonio está siempre insidiando a las buenas obras nuestras, y oyendo la obligación de los juramentos, empuja a los delincuentes hacia la desidia, o maquina otra dificultad, para que no habiendo cumplido la obra, se sigan castigos, y contumelias, y perjurios y mil otros males. Como pasa a los muchachos que tiran de una cuerda larga, pero pasada, en sentido contrario y con mucho ímpetu, que caen todos de espaldas rota la cuerda por la mitad, y éstos quedan heridos en la cabeza, aquéllos en otras partes del cuerpo: así sucede entre los que juran cosas contrarias, quebrantando el juramento por la necesidad de las cosas, caen todos en el infierno del perjurio, éstos porque perjuran, y aquéllos porque dan a los otros causa para jurar.

POR LA HISTORIA DE SAÚL SE MANIFIESTA EL DAÑO DE LOS JURAMENTOS. Y para que no tan sólo por lo que en las casas y plazas sucede a diario, sino también por las mismas Escrituras, quede manifestado esto, os narraré una historia antigua, que conviene con lo dicho. En cierta ocasión, habiendo los enemigos invadido la Judea, y habiéndolo-

les acometido Jonatás (éste era el hijo de Saúl), y habiéndolos degollado a unos, y a los otros obligado a huir: queriendo Saúl su padre levantar un ejército más numeroso en contra de los que restaban, y hacer que no desistiera antes de haberlos aplastado a todos, hizo lo contrario de lo que intentó: juró que nadie comería pan hasta la noche, hasta la venganza de sus enemigos. ¿Qué podría haberse hecho más tontamente? Pues cuando había debido refocilar a los soldados, fatigados y oprimidos por el mucho trabajo, y más fortalecidos echarlos contra los enemigos, los sometió a lo que es más grave que los enemigos, al hacerles sufrir hambre grandísima en fuerza del juramento (1 REG. 14,24ss). Puesto que es en verdad peligroso por sí mismo el jurar (que muchas veces nos hallamos forzados por las circunstancias); pero es mucho más peligroso obligar la palabra de otros con la fuerza de los juramentos, y sobre todo cuando se jura, no por uno, dos, o tres, sino por una multitud infinita, como entonces lo hizo Saúl inconsideradamente, y probablemente ni pensó que uno siquiera quebrantaría el juramento, ni tuvo cuenta con los soldados, y con soldados que peleaban y muy ajenos de la filosofía, que no podían vencer (el hambre) exigencia del vientre, y precisamente habiendo tanto trabajo. Mas él, menospreciando todo esto, como si jurara en nombre de uno solo, a quien con facilidad pudiera cohibir, lo mismo pensó de todo el ejército. Y así abrió al diablo puerta tan ancha que no dos, o tres, o cuatro, sino muchos más perjurios enlazaba en corto tiempo con este juramento. Pues así como nada jurando le cerramos todas las entradas, así con un solo juramento que hayamos pronunciado le damos grande poder de arreglar infinitos perjurios. Y así como quien recoge una cadena, como tenga el eslabón primero, con facilidad y prontitud despacha la serie de anillas; pero si no hay uno que lo haga, ni a comenzar puede: de igual manera el diablo, que forja también cadenas de pecados nuestros, como no tenga principio en nuestra lengua, ni intentarlo puede ciertamente: pero con sólo que nosotros hayamos dado comienzo con la lengua en vez de mano, a los que retiene con el juramento, trabaja en su maligno arte con gran libertad, componiendo y tejiendo de un juramento mil perjurios: que es precisamente lo que hizo allí con Saúl. Mira qué tal lazo nace de este juramento.

El ejército pasaba por un bosque que tenía colmenas o enjambres de abejas, y la miel estaba al alcance de todos, y el pueblo no tocó a los panales, y pasaba hablando (sin acercársela a la boca). —¿Ves

cuánta confusión?— Una mesa extemporánea, para que la facilidad de acercarse, y la suavidad de la comida, y la confianza de quedar oculto, los halagase para quebrantar el juramento. Porque el hambre, el trabajo y el tiempo, pues dice: *Se hallaba miel en la superficie del campo* (1 REG. 14,25), provocaban entonces a prevaricar. También la vista de los panales, quebrantando la fortaleza del ánimo, los invitaba desde fuera. Puesto que tanto la dulce mesa, como la fácil provisión, como la dificultad de ser descubierto el hurto eran capaces de engañar a toda filosofía (ascética). Porque si hubieran sido carnes, que había que cocer o tostar, no hubiesen solicitado tanto sus ánimos, teniendo que detenerse y tardar en cocerlas y prepararlas para comer, temiendo verse sorprendidos en esto: mientras que ahora no hay nada de esto, es miel sólo, en la que nada hay que hacer; pues era bastante extender la mano y coger de la mesa. Con todo, ello vencieron su apetito y no dijeron interiormente: ¿a nosotros qué? ¿acaso lo ha jurado alguno de nosotros?, el pagará su merecido del inconsiderado juramento. Pues ¿por qué juraba?

Pero nada de esto pensaron, sino que pasaban con grande reverencia: y siendo tantos los alicientes que los solicitaban, guardaban la disciplina, *nadie osó tocarla y acercarse a la boca* (1 REYES, 14-26). ¿Qué es esto: hablando? Hablaban entre sí consolando con palabras el dolor.

3. Pero después que el pueblo observó disciplina, ¿es que no hubo nada más, sino el juramento cumplido? Ni así quedó cumplido, sino violado. Y vais a oír al momento cómo y de qué manera, para que aprendáis toda la maña del diablo. *Jonatás* ⁴, *que no había oído la protesta que su padre había hecho al pueblo con juramento, alargó la punta del bastón que tenía en la mano, y mojola en un panal de miel, y aplicola a su boca, con lo que recobró el vigor de sus ojos* (1 REG. 14,27). Observa a quién empujó a perjurio, no a uno de los soldados, sino al mismo hijo del que había jurado, puesto que no quería tan sólo que se cometiera el juramento, sino que preparaba la muerte del hijo, y aún esto intentaba primero, y se precipitaba a dividir la naturaleza contra sí misma; y se prometía que había de repetir ahora lo que antes había hecho en Jepté. Porque éste, habiendo prometido a Dios que

sacrificaría al primero que le saliese al encuentro después de la victoria, cayó en matar a la hija; que a la hijita, que le salió a recibir, inmoló, y Dios no lo estorbó.

CON EL EJEMPLO DE JEPTÉ SE MANIFIESTA EL DAÑO DE JURAR. Ya sé que muchos infieles nos echan en cara la crueldad e inhumanidad de este sacrificio; pero yo diría que es una gran demostración de mucha providencia la permisión que hubo en este sacrificio, y que quien cuida de nuestro linaje no haya estorbado aquella muerte. Porque si después de aquel voto y promesa hubiera prohibido el sacrificio, muchos después de Jepté, esperando que Dios no lo aceptaría, habrían hecho votos parecidos y andando poco a poco habrían caído en la muerte de los hijos, cuando ahora, permitiendo ejecutarle por obra, los prohibió a todos los venideros.

Y de que es esto verdad, una vez sacrificada la hijita de Jepté, para que quedase eterna memoria de esta desgracia y no se olvidase el daño, dióse entre los judíos ley, que las doncellas que vivían entonces, llorasen durante cuarenta días la muerte dada, para que, renovando con el llanto la memoria de la muerte, se hagan los venideros todos más prudentes, y aprendan aquéllos que no fue designio de Dios que se hiciera esto: porque no habría permitido que las jóvenes llorasen e hicieran llanto. Y que lo dicho no es una conjetura lo demostró el fin. Puesto que después de aquel sacrificio, nadie hizo a Dios tal voto; por esto no lo estorbó, mientras que lo que El había mandado a Abrahán, El mismo lo vedó, demostrando con ambas cosas que no son de su agrado semejantes sacrificios.

Pero el maligno demonio pretendía también ahora cometer una tragedia parecida y, por tanto, empujó a Jonatás a prevaricar. Porque si uno cualquiera de los soldados hubiera prevaricado, no le parecía grande mal; pero ahora el que es insaciable de humanos males y nunca está satisfecho de nuestras miserias, pensaba que nada grande hacía con intentar y tramar una muerte vulgar, sino estaba pensando que nada digno hacía si no manchaba la mano derecha del rey con la muerte del hijo. Mas ¿qué digo con la muerte del hijo?, pues ¿preparó aquel malvado el maquinar una muerte más execrable que ésta otra vez? Que si a sabiendas hubiera pecado, y hubiera sido muerto, esto no era más que muerte del hijo: pero ahora que faltó por ignorancia (que no oyó los juramentos) y después interfecto, hubiera causado a su padre un doblado dolor: porque tendría que inmolarse al hijo, y al hijo que no había pecado. Mas ya hemos de seguir la historia.

Pero después que comió *recobró el vigor de sus ojos*, dice. Y por esto se acusa la grande insensatez del rey, al declarar que los soldados casi todos no veían de hambre, y que los habían envuelto en obscuridad. Después, uno de los soldados que le hubo visto, dijo: *Tu padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo: Maldito sea el hombre que probare hoy bocado (Estaban ya todos desfallecidos). A lo que respondió Jonatás: Mi padre lo ha echado a perder todo con ese juramento (1 REG. 14,28-9).*

¿Qué quiere decir *disolvit*? Ha perdido, ha corrompido a todos. Así es que violado el juramento, todos callaban, y nadie se atrevía a declarar al reo. Y no pequeño crimen fue el que se cometió entonces; pues no sólo los perjurios, sino los que son conscientes y los que encubren, comunican en los crímenes.

4. Pero veamos lo restante. *Dijo después Saúl: Echémonos esta noche sobre los Filisteos, y acabemos con ellos antes que amanezca, sin dejar hombre con vida. Respondió el pueblo: Haz todo lo que bien te parezca. Mas el sacerdote dijo: Acerquémonos antes aquí a consultar a Dios (1 REG. 14,36).* Porque antiguamente era Dios el general de la guerra, y sin orden suya jamás se habrían atrevido a entrar en batalla, y la guerra se les convertía en materia de piedad. Y no eran vencidos por debilidad del cuerpo, sino por pecados, cuando eran vencidos; y no por la potencia y fortaleza, sino por la celeste benevolencia vencían, siempre que vencían; tanto la victoria como la derrota era para ellos un ejercicio y una instrucción de virtud, y ni para ellos solos, sino hasta para los que los combatían.

Porque una cosa les resultaba manifiesta, que no por la naturaleza de las armas, sino por la vida de los que guerrean y por los méritos se resolvía la guerra con los judíos. Sabiendo, pues, esto los Madianitas, y conociendo que aquella gente era inexpugnable, y que no podía ser expugnada ni con máquinas ni con armas, pero que sólo por el pecado era fácil de tomar, adornando a las doncellas hermosas y poniéndolas delante de los ejércitos en vanguardia, provocaban a los soldados a la lujuria, pretendiendo quitarles con la fornicación el auxilio de Dios, como, en efecto, sucedió. Porque después que cayeron en pecado, para todos quedaron expugnables: y a los que no pudieron coger ni armas, ni caballos, ni jinetes, ni soldados, ni tantas máquinas, a estos la condición natural del pecado entregoles atados a los enemigos: pues inútiles eran los escudos, las lanzas y las saetas; pero la hermosura del rostro y el ánimo lascivo derribó y venció a los antes denoda-

dos. Por lo cual alguien amonesta diciendo: *Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada y no mires estudiosamente una hermosura ajena* (ECCLO. 9,8). *Los labios de la ramera son como un panal que destila miel, y son más suaves que el aceite sus palabras. Pero sus dejos son amargos como ajeno, y penetrantes como espada de dos filos* (PROV. 5,3).

COSTUMBRES MERETRICIAS. Porque la meretriz no sabe amar, tan solamente tiende lazos; veneno tienen sus besos, un tósigo mortífero su boca. Pero si no aparece desde luego, por esto se la tiene que huir más, porque oculta el daño y tiene disimulada la muerte, y no permite que aparezca claro desde los comienzos. Así, pues, si alguno persigue el bienestar y una vida llena de alegría, huya de trato con mujeres que fornican, porque llenan los ánimos de los amantes con innumerables guerras y tumultos, moviéndoles luchas continuas y disputas de palabra y de obra; y lo mismo que los más encarnizados enemigos, lo mismo exactamente también éstas lo hacen y negocian todo para que ellos caigan en ignominia y en pobreza extrema. Y lo mismo que los cazadores ojean los animales silvestres, echándolos a las redes tendidas, para matarlos; lo mismo éstas, después que han extendido por todas partes las alas de la lascivia por los ojos, los trajes, las palabras, después envuelven a sus amantes, y los atan, y no los dejan retirarse hasta tanto que les hayan chupado la sangre, e insultándolos después, y burlándose de la estupidez de ellos, y haciendo ruidosa algazara y burla de ellos. Aunque no es digno de que nadie tenga misericordia de este tal, sino de que sea burlado, zaherido, ya que se presenta más estólido que una mujer y que una mujer prostituta. Por esto nos advierte otra vez aquel sabio diciendo: *Bebe el agua de tu aljibe, y de los manantiales de tu pozo; y en otro lugar: Sea ella tus delicias... y como gracioso cervatillo; sus cariños sean tu recreo en todo tiempo* (IB. 5,19)...; diciéndolo de la mujer que cohabita según ley matrimonial: ¿Por qué dejas a tu ayudadora, y corres a la que pone asechanzas? ¿Por qué tienes aversión a la compañera de la vida, y sigues a la que pervierte tu vida? Esta es miembro y cuerpo tuyo; la otra es una cortante espada. Así, pues, queridos, huid la fornicación, ya por los males presentes, ya por la pena futura.

Quizá parezca que nos hemos salido del asunto, pero esto no es salirse; pues no intentamos sólo el leerlos simplemente una historia, sino el corregir cualquier desorden que os inficione: por esto os hacemos frecuentes correcciones, desarrollando varios discursos para vos-

otros, porque es verosímil que en población tan grande haya varias enfermedades; y no nos hemos propuesto curar sólo una herida o llaga, sino muchas y varias; por eso debe también ser vario el medicamento de la doctrina. Pero volvamos al punto de que nos hemos apartado para decir estas cosas.

Mas el sacerdote dijo: acerquémonos antes aquí a consultar a Dios. Y consultó Saúl al Señor diciendo: ¿Seguiré al alcance de los Filisteos? ¿Los entregará en las manos de Israel? Y no le dió el Señor respuesta en aquel día (1 REG. 14,36-37).

Admira la benignidad y la mansedumbre del clementísimo Dios. No envió un rayo, ni tampoco sacudió con temblor la tierra, sino lo que los amigos hacen con los amigos, cuando han sido contumeliosos, esto es lo que hizo el Señor con su siervo: calló tan sólo, hablando por el silencio y demostrándole toda su indignación. Saúl conoció esto: *Por lo que dijo Saúl: Haced venir aquí todos los principales del pueblo, y averigüad y ved por culpa de quien sucede esto hoy. Vive el Señor, que es el Salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remisión (1 REG. 14,38-39).*

¿Has visto cuánta temeridad? Habiendo visto violado el anterior juramento, ni así se enmienda, sino que de nuevo añade otros. Pero considera la malignidad del diablo. Pues porque conocía que muchas veces el joven sorprendido y llevado delante podía sólo con ser visto al instante mitigar al padre y dulcificar la ira del rey, se le adelantó a la sentencia por la obligación de los segundos nuevos juramentos, estrechándole con doble vínculo y no permitiéndole ser dueño de su sentencia, sino empujándole por todos lados a la inicua muerte aquella, y antes de haber descubierto al que había pecado, hizo el juicio, y desconociendo al reo, condenole con sentencia dada: y el padre quedó hecho verdugo del hijo, y dió sentencia de muerte antes del examen (o juicio). ¿Qué cosa más contra razón podría hacerse?

5. Así fue que al decir él esto, más temió el pueblo, y todos estaban poseídos de mucho temblor y temor, pero el diablo se alegraba, habiendo puesto en ansiedad a todos. *A lo cual ninguno del pueblo le contradijo. Y dijo a todo Israel: Separaos vosotros a un lado, y yo con mi hijo Jonatás estaremos en el otro (Ib. 14,39-40).* Y lo que dice, así es: Nada más procuraréis, dice, que el entregaros a los enemigos, y el haceros esclavos en vez de hijos, instigando a Dios en contra de vosotros, al no entregar al reo. Advierte, empero, también otra contrariedad suscitada por el juramento. Porque no teniendo nada

para amenazar, si quería encontrar al reo, y no obligar con juramento a la pena, y así los más decididos animados entregarían más pronto al reo; él otra vez arrebatado de ira, de gran furor, y de la insensatez precedente hace nuevamente lo contrario de lo que quiere. ¿Qué necesidad hay de añadir más? Confío a la suerte el asunto, y por la suerte son examinados Saúl y Jonatás: *Dijo entonces Saúl: Echad suertes entre mí y Jonatás, mi hijo. Dijo, pues, Saúl a Jonatás: Declárame qué es lo que has hecho. Jonatás lo confesó todo diciendo: Gusté ansiosamente con la punta del bastón que traía en la mano un poquito de miel, y he aquí que voy a morir por eso. Aquí me tienes; yo moriré* (vv. 42-43). ¿A quién no hubieran doblegado, a quién no habrían movido a misericordia estas palabras?

Considera la horrorosa tormenta que pasó luego Saúl, cuando se le desgarraban las entrañas, y de ambos lados se presentaba un precipicio; pero con todo, ni así se enmendó, pues ¿qué dijo? *Tráteme Dios con todo el rigor de su justicia; si tú, Jonatás, no mueres hoy sin remedio* (v. 44). Ahí está otra vez un tercer juramento, y no sencillamente tercero, sino además con gran premura de tiempo. Pues no dijo sólo: *Morirás*, sino *Hoy morirás*. Porque el diablo se aceleraba para llevarle y empujarle a esta muerte impía. Por lo cual, ni prometió esperar al día señalado para la sentencia, a fin de que por cualquier demora no haya arrepentimiento y corrección del mal.

Pero el pueblo dijo a Saúl: *¿Con qué ha de morir Jonatás, que acaba de salvar de un modo maravilloso a Israel! Ni hablarse debe de tal cosa. Vive el Señor que no ha de caer en tierra ni un sólo cabello de su cabeza; porque él ha obrado en este día con beneplácito y asistencia de Dios* (v. 45).

Ahí está el pueblo que juró el segundo, y juró lo contrario que el rey. Ahora, pues, recordad lo de la sogla estirada por los muchachos, y rota y que deja de espaldas a los que tiraban. Juró Saúl no una ni dos veces, sino muchas; lo contrario juró el pueblo, y ya se contendía. Del todo era necesario que un juramento se quebrantase.

MUCHOS DAÑOS DE LOS JURAMENTOS. Y no me digas lo sucedido, pero piensa en los muchos males que nacían, y en la tragedia y tiranía que el diablo preparaba por esto semejantes a los venideros por Absalón. Porque si el rey se hubiese empeñado en resistir y pasar a cumplir el juramento, todo el pueblo en masa hubiera resistido, y hubiera habido una tiranía cruelísima; y por otro lado, si el hijo, mirando por su vida, hubiera querido entregarse al ejército, al punto hubiera sido

parricida. Ya ves la tiranía, la muerte del hijo, el parricidio y la guerra civil, y la lucha, y las muertes, y la sangre, y cadáveres sin número, cometido todo por un juramento. Porque si hubiera sucedido hacerse la guerra, quizás habrían sido muertos Saúl y Jonatás, y muchos soldados hubieran sido cruelmente degollados: y así el juramento para ninguno hubiera resultado beneficioso. Ni pienses ahora en que no ha sucedido; pero piensa en que la natural condición del juramento llevaba a que fuese hecho: pero venció el pueblo.

Ahora contemos los perjurios cometidos. El primer juramento de Saúl fue violado por el hijo; luego el segundo y tercero de la muerte del hijo; y parece que el pueblo juró en verdad, pero si diligentemente se examina, también por otro lado todo el pueblo se hizo reo de los crímenes del perjurio, pues hicieron que jurase el padre de Jonatás, no entregando al padre el hijo. ¿Ves a cuántos hombres, ya queriéndolo, ya no queriéndolo, ha hecho reos de perjurio un solo juramento? ¿Cuántos males ha maquinado, cuántas muertes ha perpetrado?

6. Pero al comenzar el sermón prometí que demostraría que de los juramentos contrarios por necesidad nace el perjurio, mas por la historia recorrida he demostrado mucho más de lo que me propuse: la historia os ha exhibido no a uno, dos, o tres hombres, sino a todo un pueblo que violó no uno, dos y tres juramentos, sino muchos más. Y podíase referir otra historia, y de ella demostrar que un solo juramento produjo una calamidad más dura y mayor que ésta. Porque un solo juramento acarrió a todos los judíos incontables y muy graves males, la cautividad de las mujeres y de los niños, el incendio y devastación de las ciudades por los extranjeros, la profanación de los lugares y cosas santas. Mas veo que me he extendido demasiado, por lo cual suspendiendo aquí el referir esta historia, os exhorto a que con la cabeza de Juan (Bautista) recordéis la muerte de Jonatás y el daño general de todo el pueblo, aunque no sucedieron, pero que provenían de la obligación de los juramentos, y entre vosotros habléis en casa, y en la plaza, con las mujeres, con los amigos, con los vecinos, y en general con todos, tened cuenta de esto: y no penséis que nos servirá de buena defensa lo que no sea cambiar la costumbre. Y que no es sino excusa y pretexto y culpa, no de la costumbre, sino de la desidia, por los casos sucedidos voy a persuadíroslo.

EL EMPERADOR HABÍA PROHIBIDO A LOS ANTIOQUENOS, EN CASTIGO, LOS BAÑOS. Cerró el Emperador los baños de la ciudad, y mandó que nadie se bañase; y nadie se ha atrevido a traspasar la ley, o a criticar el

hecho, o a alegarle costumbre; sino que los hombres enfermos crónicos, las mujeres, los niños, los ancianos y las mujeres que recientemente han librado, y todos cuantos por necesidad reclamaban este remedio, quieran o no quieran llevan este mandato, y ni la enfermedad del cuerpo, ni la tiranía de la costumbre, ni el estar castigados por otros que pecan, ni nada parecido alegan, sino que reciben buenamente este castigo, porque estaban aguardando males mayores, y piden cada día que el furor regio pare sin ir adelante. ¿Adviertes cómo cuando hay miedo, fácilmente se quebranta la costumbre, por más que sea antigua y necesaria?

Ahora bien: no bañarse es molesto, grave; pues aunque le demos cien razones, la condición del cuerpo es tal, que con solos raciocinios no se ve ayudado para la propia salud; pero no jurar es muy fácil, no causa perjuicio ninguno, ni en los cuerpos, ni en las almas; antes bien, grandes ventajas, grande utilidad, mucha opulencia. Pues, ¿cómo no será absurdo que, mandando el Emperador, se sufran las cosas más difíciles y que imponiendo Dios lo que ni es gravoso, ni difícil, sino facilísimo y cómodo, despreciarlo, burlarse de ello y alegar costumbre?

No, no, os lo ruego, no descuidemos tanto nuestra salvación, sino temamos a Dios, como tememos a un hombre. Conozco que os habéis horrorizado con lo oído; pero es para horrorizarse el que no tribute-mos a Dios ni tanto honor como a los hombres tributamos, sino que, observando los decretos imperiales con cuidado, son a su vez conculcados los del cielo bajados de Dios, y que es superfluo pensar en cuidado de esto. ¿Qué excusa nos quedará? ¿ni qué perdón, después que tantas veces amonestados permanecemos en lo mismo? Porque al aparecer esta calamidad que envuelve la ciudad, comencé esta amonestación; y ya es hora de que se acabe; pero nosotros aun no hemos cumplido el único mandamiento. Pues ¿cómo pediremos solución de los males que nos detienen, cuando no hemos sabido cumplir ni un solo mandamiento? ¿Y cómo esperaremos una mudanza para bien, y cómo rogaremos? ¿Con qué lengua invocaremos a Dios? Pues si cumplimos la ley, tendremos gran placer, habiéndose reconciliado el Emperador con la ciudad; mas si perseveráremos en el pecado, por todas partes tendremos vergüenza y oprobio, puesto que habiendo Dios quitado el peligro, nosotros nos estamos de asiento en la misma negligencia. ¡Oh, si me fuera dado con frecuencia descubrir las almas de los que juran, y ponerles a la vista las heridas y cicatrices que reciben

cada día por los juramentos!... No necesitaríamos ni de amonestaciones, ni de consejo; porque la vista de las heridas, con más eficacia que cualquier sermón, podría alejar de esta ímproba costumbre hasta a los muy apegados a ella. Pero ya que no a los ojos, ciertamente que podemos mostrar a la consideración de los mismos la deshonra de su alma y cómo está deshecha y corrompida. *Pues así como un esclavo puesto a todas horas a cuestión de tormento, nunca estará sin cardenales: así todo el que jura y repite aquel Nombre, jamás estará enteramente limpio de culpas* (ECCLO. 23,11). Porque es imposible, es imposible que la boca acostumbrada a jurar, no perjure frecuentemente.

Por esto, a todos suplico que, dejando de verdad esta perniciosa e ímproba costumbre, consigáis otra corona. Y así como en todas partes se proclama de nuestra ciudad haber sido la primera de todo el orbe que se adornó con el nombre de Cristianos; haced también que todos digan que sola la ciudad de Antioquía de todas las del mundo ha desterrado de sus términos los juramentos. Aun más, como esto se haga, no tan sólo será coronada, sino que con su celo arrastrará a las otras para lo mismo. Y así como el nombre de Cristianos, que brota de aquí como de una fuente, inundó todo el mundo, así, en efecto, también este mérito, tomando de aquí raíz y ocasión, hará discípulos vuestros a todos los que habitan la tierra, a fin de que tengáis triple recompensa, ya de vuestros merecimientos, ya de la enseñanza de los otros. Esto será para vosotros más espléndido que cualquier diadema; esto os hará la ciudad metrópoli no sólo en la tierra, sino también en los cielos; esto nos protegerá también en aquel día, y nos traerá la corona de justicia, la cual todos consigamos se otorgue por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

1. Tanto en este sábado como en el anterior debía tenerse sermón sobre el ayuno. Nadie tenga esto por intempestivo. Porque si ciertamente en los días de ayuno ninguna necesidad hay de aconsejar ni amonestar, siendo la misma presencia de los días la que despierta aún a los más negligentes para la práctica del ayuno; pero porque muchos hombres, que guardarán (o acometerán) el ayuno, lo mismo que si el (estómago) vientre se hubiera de entregar a un prolongado asedio, se adelantan y se dan a la crápula y embriaguez; y luego salidos como de una larga hambre y sueltos de la penosa cárcel del ayuno, corren a comer con grande desdoro, como tratando de perder las utilidades conseguidas por el ayuno con los nuevos excesos de la gula; por esto fue necesario entonces y ahora tratar de la templanza.

LA TRIBULACIÓN MAESTRA DE LA VIRTUD. Con todo, ni antes dijimos algo de esto ni diremos ahora: porque el temor de la calamidad que tenemos encima vale para moderar los ánimos de todos más que cualquier consejo y advertencia. ¿Quién será tan miserable y desgraciado que se embriague en tanta tempestad? ¿Quién tan insensato que, estando la ciudad así fluctuante y amenazando tal naufragio, no sea sobrio y vigile, y con esa ansiedad no se corrija con diligencia mayor que con todo consejo y amonestación? Porque la palabra no será tan eficaz como lo es el temor, cosas que es fácil de probar por los sucesos actuales. ¿Pues cuántos sermones hemos empleado para avisar a muchos tibios y aconsejarles que dejasen los espectáculos teatrales y las lascivias de allí provenientes? Pero no se abstenían, sino que continuamente hasta hoy concurrían a los ilícitos espectáculos de los que bailan, formaban concurso diabólico en contra de la plenitud de la iglesia de Dios, y las salmodias de este lugar interrumpían con gritos dados con toda vehemencia. Pero he aquí que ahora, callando nosotros, y sin decir nada de esto, espontáneamente han obstruido la orquesta y el circo está hecho inaccesible. Antes, muchos de los nuestros concurrían con ellos; mas ahora de allí todos se han refugiado en la iglesia, y todos alaban a nuestro Dios.

EL TEMOR DEL INFIERNO OFRECE LA CORONA DE UN REINO. ¿Te das cuenta de cuánta ganancia se ha tenido del temor? Si el temor no fuera bueno, los padres no presentarían a los pedagogos los hijos, ni los legisladores a las ciudades magistrados algunos.

¿Qué hay más penoso que el infierno? Pero nada hay más útil que el temor de él: porque el temor del infierno nos ofrece la corona de un reino. Donde hay temor, no hay envidia, odio; donde hay temor, no

atormenta la codicia del dinero; donde hay temor, se apagó el furor, se remedió la desordenada codicia, se exterminó toda irracional pasión. Y así como en la casa donde hay siempre un soldado armado, ni ladrón, saqueador, ni nadie de semejante ralea de malhechores se atreverá a aproximarse, así también al ocupar el miedo nuestras almas, difícilmente nos asaltará alguna perturbación indigna de hombres libres, sino todas huyen, van empujadas y por el imperio del temor por doquiera ojeadas. Y no es esto sólo lo que ganamos con el temor, sino otra cosa aún mucho mayor. Porque no tan sólo arroja fuera nuestras malas pasiones, sino que a la vez con suma facilidad induce toda virtud. Donde hay temor, allí hay deseo de limosna, e intención de orar, y lágrimas fervorosas y continuas, y gemidos que tienen mucha compunción. Porque no hay nada que tanto consuma los pecados y haga germinar y crecer la virtud, cuanto la naturaleza del temor asiduo. Por lo cual quien no vive en temor, no es posible que obre rectamente; y al contrario, es imposible que peque quien vive con temor.

Por tanto, queridos, no nos dolamos, ni desesperemos en nuestro ánimo por causa de la presente tribulación, sino admiremos la solícita sabiduría de Dios. Pues de donde el diablo esperó que trastornaría la ciudad, Dios de lo mismo ha restituido y corregido a la misma. A saber: el diablo inspiró a ciertos hombres impíos que deshonrasen las estatuas de los Emperadores, con lo cual el solar mismo de la ciudad fuese destruido; pero Dios ha empleado este mismo hecho para mayor corrección nuestra, lanzando toda pereza con el temor de la amenaza prevista; y sucedido ha en contra de lo que el demonio quería por las mismas cosas que había él preparado. Porque diariamente se nos espurga la ciudad, y las callejuelas, los cruces de caminos, las plazas se ven libres de juegos y cantares lúbricos, y adonde quiera vuelva uno los ojos verá súplicas y bendiciones y lágrimas en lugar de risotadas, y las palabras de grande filosofía en vez de las palabras torpes; y toda la ciudad tenemos hecha iglesia, cerradas las oficinas, gastando completo el día todos en estas súplicas en común, e invocando a Dios a la vez y en común con mucha viveza. ¿Qué sermón hubiera podido obtener esto? ¿Cuál consejo? ¿En cuánto espacio y tiempo?

2. Por lo cual demos gracias a Dios, no lo llevemos a mal y no nos indignemos. Pues que sea bueno el temor, hasta lo recordado lo demostró; pero oye a Salomón también que discurre así de esto, a Salomón, digo, criado en toda suerte de comodidades, y que disfrutó de

toda libertad. Y ¿Qué dice él? ... *Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín* (ECL. 7,3). —Pregunto: ¿Qué es lo que dices? ¿En donde hay llanto, y lágrimas, y gemidos, y dolor, y tanta tristeza es mejor estar que allí en donde hay bailes, y danzas, y címbalos, y risas, y delicias, y crápulas, y embriaguez? —Sí; responde. —Pero insisto: ¿Por qué razón, por que causa? —Porque allí (en el festín) de seguro hay petulancia, mientras que de aquí brota la modestia, y si alguien acude al convite de uno más opulento, no volverá a la casa con la misma alegría, sino que de cierto triste volverá a su mujer, y triste participará de su mesa también, y será molesto a los siervos, a los hijos, y a todos los domésticos, cuando compare más diligente su pobreza con la ajena abundancia. Y no sólo esto es grave, sino que no pocas veces envidia al que le convida al banquete, y no tomando apenas nada de lo bueno y agradable, se vuelve a casa.

Mas nada parecido puede decirse acerca de los que lloran, sino que en ello hay mucha filosofía, mucha modestia. Desde el momento en que uno ha entrado en el vestíbulo de la casa que tiene un muerto, y visto al muerto, mudo, yacente, y a la mujer que se arranca los cabellos, que se hiere las mejillas, y se saja los brazos, está corregido, se entristece, y cada uno de los asistentes no habla a su vecino, sino que somos nada y de que es indecible nuestra malicia. ¿Qué puede haber más sabio que estas palabras, en que reconocemos la vileza de la naturaleza, y acusamos nuestra maldad, y pensamos que todo lo presente es nada; diciendo sí con otras palabras, pero con la sentencia de Salomón aquello tan admirable y lleno de mucha filosofía: *Vanidad de vanidades y todo vanidad?* (ECL. 1,2). Quien entró en la casa de los que lloran, al punto llora al difunto, aunque sea enemigo. ¿Has visto cuánto mejor es esta casa que la otra? Aquél, aun siendo amigo, envidia; y éste, aunque sea enemigo, llora; y esto es lo que Dios busca sobre todo, que no insultemos a los que nos han contristado.

Y de aquí pueden ser recogidos no estos bienes tan sólo, sino también otros no menores que éstos. Pues cada cual se acuerda de sus pecados, del tremendo tribunal, y de las penas aquellas, y del juicio, y aunque haya padecido de otros infinitos males, y en casa tenga tristezas, con medicina para todos recogida, así se vuelve. Pues pensando que él y todos los que están hinchados de soberbia han de padecer lo mismo dentro de poco, y que son transitorias todas las cosas presentes, tanto las placenteras como las ingratas; deponiendo toda tristeza y envidia, y aliviando el alma, se volverá a casa; y después con todos

será más afable, más humano, más benigno y más sabio, habiendo el temor de lo futuro entrado en su alma y embotando todas las espinas. Y conociendo todas estas cosas decía aquél: “Mejor es ir a la casa del luto, que a la casa del festín. De aquí nacen el tedio y la ansiedad; de allí el desprecio y el temor que nos guía de la mano a toda virtud:

Si el temor no fuera bueno, no habría Cristo gastado muchos y largos sermones hablando de la pena y suplicio que allí habrá. El temor no es otra cosa que un muro, una fortaleza, una torre inexpugnable: pues que necesitamos de mucha defensa, porque tenemos por todas partes armadas muchas asechanzas, como el mismo Salomón para advertirnos decía: *Sábetelo... que tú caminas en medio de lazos, y andas entre las armas de gente resentida* (ECL. 9,20). ¡Oh cuántos bienes encierra esta sentencia, y no menos que la susodicha!

EN EL MUNDO TODO ESTÁ LLENO DE LAZOS. Por lo mismo, cada uno escribámosla en nuestra mente, y llevémosla siempre en la memoria, y no pecaremos fácilmente. Escribamos aprendiéndola antes con toda diligencia. Porque no dijo: mira que pasas en medio de lazos, sino: *Conoce*. Y ¿Por qué dijo *Conoce*? –El lazo está tapado, dice: pues es propio del lazo, el que no aparezca manifiesta ni la muerte ni el peligro, sino que están tapadas por doquiera: por esto dijo *conoce*. Necesitas considerar y escudriñar con mucha diligencia, pues como los muchachos tapan con tierra la trampa o cepo, así el demonio tapó los pecados con los placeres de la vida.

Mas *conoce* escudriñando con diligencia, y si te sale al paso una ganancia de lucro, no mires solamente al lucro, mas escudriña diligentemente, no sea que la muerte y el pecado estén escondidos en el lucro: y si lo vieres, huye. En otra ocasión, cuando el deleite y el placer te asalte, no mires sólo al placer, no sea que en lo oculto del placer haya escondida alguna iniquidad, sino considéralo como diligencia, y si la encuentras, retírate. Sea que alguien te aconseje, te adule, te obsequie y te secunde, te prometa honores, o cualquier otra cosa; examinémoslo todo con diligencia, y consideremos por todos lados, no sea que nos sobrevenga algún daño, o algún peligro ora del consejo, ora del honor, ora del obsequio, y no vayamos precipitada e inconsideradamente. Porque si los lazos fueran sólo uno o dos, fácil sería guardarse; pero ahora, queriendo Salomón enseñar la multitud de los mismos, escucha cómo lo dice: *Sábetelo... que caminas en medio de lazos* (IB.).

No dijo: pasas cerca de los lazos, sino *en medio de los lazos*. Abismos tenemos por ambos lados, por ambos lados engaños. Fue

uno a la plaza, vio a un enemigo, se encendió con sólo verlo; vio a un amigo que era alabado, y envidió; vio a un pobre, lo menosprecio, le despreció; a un rico, y envidió; vio que alguien era injuriado, y lo llevó a mal; vio a una mujer bella, y quedó preso. ¿No ves cuántos lazos? Por esto dice: *conoce, sabe que caminas en medio de lazos*. Lazos en casa, lazos en la mesa, lazos en las juntas populares. Las más veces confiando, sin pensarlo, entre amigos dijo una palabras que no deben decirse, y acarrió tal peligro que alborotó toda la casa.

3. Escudriñemos, pues, diligentemente las cosas, por todos lados, y la mujer muchas veces se convirtió en lazos sin que lo advirtamos, muchas otras los hijos, los vecinos muchas otras. Y ¿por qué razón tantos lazos? —Para que no volemós hacia abajo, sino que nos remon-temos a las alturas. Porque las aves, en tanto que cortan por alto los aires, no son fácilmente cazadas; así tú, mientras a lo alto miras, ni con lazo ni con algunas trampas serás fácilmente cogida. El cazador es el diablo: por lo mismo sube más alto que sus varetas y saetas. Quien a lo alto se remonta, ya no admira cosa alguna de los hombres, sino que, a semejanza de cuando hemos subido a la cima de los montes, parécennos pequeñas la ciudad y las murallas, y los hombres nos parecen como hormigas que andan sobre la tierra; de igual manera, después que hayas ascendido a la excelsa razón filosófica, de lo terreno nada te podrá vencer, antes bien todo parecerá pequeño, sean riquezas, sea gloria, sea poder, sea honor, y cualquier cosa parecida, mirando a las cosas del cielo: como es de ver en Pablo, a quien todo parecía pequeño, y más inútiles que a los muertos las cosas espléndidas de esta vida. Así es como exclamaba: *El mundo está crucificado para mí* (GÁL. 6,14). Y así nos amonestaba con estas palabras: *Buscad las cosas que son de arriba* (COL. 3,1).

¿Que están arriba? ¿A qué te refieres?, dime, ¿Adónde el sol, adónde la luna? —No, dice. —¿Pues adónde? ¿Adónde los Angeles, los Arcángeles, los Querubines, los Serafines? —No, dice. —¿Pues adónde? *Donde Cristo está sentado a la diestra de Dios* (IB.).

Obedezcamos, pues, y asiduamente razonemos esto, que lo mismo que al pajarillo, cogido en el lazo, nada le aprovechan las alas, y en vano e inútilmente las agita; así para ti es inútil todo discurso, si estás cazado por alguna mala concupiscencia, pues estás cazado, por más que te revuelvas. A las avecillas diéronse alas para que huyan de los lazos; a los hombres se han dado las razones para que eviten los pecados. Por tanto, ¿Qué perdón, qué defensa tendremos, siendo menos sensatos que los brutos?

LA EXPERIENCIA MAESTRA DE LA CAUTELA. Porque el pajarillo, una vez cogido en el lazo, como luego haya escapado, y el ciervo que cae en la red y se escapa, difícilmente son cazados en los mismos lazos: la experiencia es para cada uno maestra de cautela. Nosotros, empero, cogidos muchas veces en lo mismo, volvemos a caer en ello, y ni la prudencia y cuidado de los brutos imitamos nosotros, adornados como estamos de la razón. Porque ¿cuántas veces, habiendo mirado a una mujer, hemos estado muy atormentados, hemos vuelto a casa habiendo concebido una pasión, y hemos estado atormentados de dolor, consumidos, durante muchos días? No obstante, no nos enmendamos, sino que apenas curada la anterior herida, otra vez caemos en lo mismo, y somos combatidos por lo mismo, y por un momentáneo placer de la vista, sufrimos un largo y continuo dolor. Mas si nos enseñamos a repetirnos con frecuencia este dicho, nos abstendremos de todos los males. El lazo más grande, la hermosura de la mujer: pero no, no es la hermosura de la mujer, sino la mirada lasciva. No calumniemos las cosas, sino reprendámonos a nosotros y nuestra pereza; ni digamos: No haya mujeres, sino: No haya adulterios; no digamos: No haya belleza, sino: No haya fornicación; y no digamos: No haya estómago, sino: No haya crápula, que no es el estómago quien hace la crápula, sino la desidia nuestra. No digamos: porque se come y se bebe, por esto todos los males, que no es por esto, sino por nuestra desidia y glotonería. En verdad que ni comió ni bebió el diablo, y cayó: comió y bebió Pablo, y subió al cielo.

¡A cuántos oigo que dicen!: ¡que no haya pobreza! —Pues hagámosles enmudecer a los que mal la soportan: porque es blasfemia decir tal cosa. Mas nosotros digámosles: ¡que no haya pusilánimes!: porque la pobreza atrajo innumerables bienes a nuestra vida, y sin la pobreza inútiles son las riquezas. Así pues, ni a éstas ni a aquélla calumniemos; tanto la pobreza, como las riquezas, son armas, que nos conducen a la virtud, si nosotros queremos. Lo mismo que el soldado valiente, con cualquier espada que coja, manifiesta su valor; así al cobarde y flojo todo lo estorba.

Y para que veas cómo es verdad esto, acuérdate de aquel Job, que sucesivamente fue rico y pobre, y manejó ambas armas, y con las dos venció. Y decía siendo rico: *Siempre estuvo mi puerta abierta al pasajero* (JOB. 31,32); y siendo pobre decía: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado* (JOB. 1,21). Mientras fue rico manifestó mucha hospitalidad, mientras fue

pobre mucha paciencia. Así pues, tú, si eres rico, da mucha limosna; si has quedado hecho pobre, ten mucha paciencia y tolerancia. Pues no es un mal esencial ni las riquezas, ni la pobreza, sino que se hacen buenas o malas ambas cosas según sea el ánimo de quienes las usan.

4. Por tanto, enseñémonos nosotros mismos a formar de las cosas conceptos tales, que no acusemos las obras de Dios, sino la improba voluntad de los hombres. Ni al pusilánime pueden ayudar las riquezas, ni al magnánimo daña jamás la pobreza.

DEBEN EVITARSE LAS OCASIONES. Conozcamos, pues, los lazos, y vayamos lejos de ellos; conozcamos los precipicios, y no nos acerquemos. Esto nos servirá de seguridad máxima, no sólo el huir de los pecados, sino también de las cosas que parecen diferentes en verdad, pero que nos hacen caer en pecados. Por ejemplo: reír, y decir palabras jocosas, no parecen ciertamente ser pecado manifiesto, pero llevan a un manifiesto crimen; las más veces de la risa brotan las palabras torpes, y de las palabras torpes nacen más torpes acciones. Muchas veces de las bromas y risas de burla síguense improprios y contumelias; de la afrenta y contumelia, los golpes y heridas; de los golpes y heridas, las muertes y homicidios.

Por tanto, si has de mirar por tu bien, no sólo de las palabras torpes, ni sólo de las acciones torpes, ni de los golpes, heridas, muertes y homicidios has de huir, sino hasta de las mismas intempestivas risas y de las palabras chocarreras, puesto que suelen ser la raíz de los males que siguen. Por esto Pablo dijo: *Ni palabras torpes, ni truhanerías, ni bufonadas...* (EPH. 5,3). Porque si bien ello en sí parece poca cosa, se convierte en causa ocasional de grandes males para nosotros. Lo mismo que en sí no parece malo claramente el tener tiempo libre para disfrutar, ni que sea manifiesto delito; sin embargo, nos engendra muchos males, embriaguez, furor, avaricia, rapiñas. Porque el suntuoso y glotón, y el que sirve al vientre intolerables servicios, muchas veces se ve precisado a robar, a arrebatar lo ajeno, a oprimir, a violar. Por tanto, si huyes de los placeres, has quitado el cebo de la avaricia, de la rapiña, de la embriaguez, y de innumerables males, cortando la raíz de la iniquidad desde el principio.

Por esto también decía Pablo: *La que vive en deleite [la viuda], viviendo está muerta* (1 TIM. 5,6). El acudir otra vez a los teatros, y a las carreras de caballos, y jugar a las cartas y dados no lo tienen muchos por pecado manifiesto, pero suele llevar consigo males sin cuento. Puesto que la insistencia en los teatros engendró fornicación,

petulancia y toda suerte de incontinencia; y la asistencia a espectáculos de circo, peleas, insultos, heridas y otros infinitos males más graves que éstos ha producido. Por lo tanto, no huyamos sólo de los pecados, sino hasta de las cosas que parecen indiferentes, pero que paulatinamente nos arrastrarán a los pecados. Pues quien marcha al borde de un precipicio, aunque no caiga, tiembla, y las más de las veces perturbado del miedo, cae; así también el que no huye lejos de los pecados, antes camina cerca de ellos, vivirá con temor, y las más veces caerá en ellos. Pues quien con curiosidad mira las hermosuras ajenas, aunque no fornicque, puede que haya deseado, y según la sentencia de Cristo, ya se ha hecho adúltero (Mt. 5,28); y muchas veces de la misma concupiscencia es arrastrado a realizarlo. Así pues, nosotros coloquémonos a distancia de los pecados.

—¿Quieres ser continente? —Pues no huyas sólo del adulterio, sino también de las miradas petulantes. —¿Quieres estar lejos de palabras torpes? —No huyas tan sólo de palabras torpes, sino hasta de la risa disoluta y de toda concupiscencia. —¿Quieres verte lejos de matar? —Huye de los insultos también. —¿Quieres estar alejado de la embriaguez. —Huye de los placeres y de los banquetes, y desarraiga del todo el vicio.

La petulancia de la lengua es un grande lazo, que está muy necesitado de freno. De ahí que dijo uno: *Tú te has enlazado mediante las palabras de tu boca, y ellas han sido el lazo en que has quedado preso* (PROV. 6,2).

5. OTRA VEZ EN CONTRA DE LOS JURAMENTOS. Moderemos, pues, más que todos los restantes miembros, la lengua, refrenémosla, arrojemus lejos de nuestra boca los insultos, y las contumelias, y las conversaciones torpes, y las maldiciones, y la perversa costumbre de los juramentos; que de nuevo el discurso nos ha llevado a la misma amonestación. En verdad que ayer convine con vuestra indulgente caridad que yo no hablaría más de este precepto, puesto que durante todos los anteriores días suficientemente se ha hablado de él; pero ¿qué voy a hacer? Hasta que os vea corregidos, no puedo abstenerme de daros consejo: porque también Pablo, que dice a los de Galacia: “En adelante que nadie me dé trabajos”, otra vez volvió y habló. Así son las entrañas paternales, que por más que digan los padres que se han de marchar, no se ausentan hasta que ven a sus hijos corregidos.

¿Habéis oído hoy al profeta que nos habla del juramento? —*Y volvíme, y levanté los ojos, y vi [UNA HOZ (Los Setenta) que volaba]*

un volumen, que volaba. Y díjome el ángel: ¿Qué es lo que ves? Yo veo, respondí, un volumen [UNA HOZ] que vuela y es de veinte codos de largo y diez de ancho. A lo que repuso él: Esta es la maldición que se derrama por toda la superficie de la tierra; ...y condenados serán igualmente todos los perjueros... y caerá encima de la casa..., y del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas, y las consumirá juntamente con sus maderas y piedras (ZAC. 5,1.2.3.4).

Al fin, ¿qué se ha dicho? y ¿por qué motivo bajo el símbolo de UNA HOZ, y de UNA HOZ QUE VUELA aparece el castigo que sigue a los perjueros? –Para que veas que el castigo vengador es inevitable y que el suplicio no se puede ladear. Quizá alguno podrá evitar el golpe de una espada volandera, pero la hoz aplicada al cuello y puesta por dogal nadie puede huirla; y cuando tiene alas, ¿qué esperanza de salvación habrá después?

Y ¿por qué motivo consume los maderos y piedras del que jura? –Para que la ruina sirva de corrección a otros. Porque ya que es necesario tapar con tierra al muerto perjuro, la casa caída y convertida en ruinas a todos los que pasan y la miran es una advertencia, para que no se atrevan a lo mismo, a fin de no padecer otro tanto, y aquello siempre arguye el crimen del que jura. No, no punza tanto una espada, como la naturaleza de un juramento; no mata la espada tanto como la herida del juramento. El que jura, aunque al parecer vive, ya murió y recibió la herida, y así como el que forma en la cuerda, antes que salga de la ciudad y llegue al precipicio, y vea al verdugo que amenaza, murió tan pronto como traspasó el umbral del pretorio; lo mismo el que ha jurado. Reflexionemos esto y no conjuremos a los hermanos.

¿Qué haces tú, oh hombre? ¿Juras sobre la sagrada mesa, allí donde Cristo está puesto inmolado, y allí inmolas a tu hermano? En verdad los ladrones matan en los caminos; mas tú inmolas al hijo en presencia de la madre con mayor crueldad que Caín, cometiendo el homicidio. Porque él mató a su hermano en descampado y con muerte actual, mientras que tú inmolas a tu hermano en medio de la asamblea de los fieles, y esto con muerte futura inmortal. ¿Acaso la iglesia, la reunión, se hizo para que juremos? No; que se hizo para que oremos. ¿Acaso se puso la mesa para que juremos? No; que se puso para que paguemos por los pecados, no para que los hacinemos.

JURAMENTOS PONIENDO LA MANO SOBRE LOS EVANGELIOS. Pero tú, cuando no otra cosa, respeta al menos el mismo libro, que alargas

para el juramento, y el Evangelio, que teniéndolo entre manos mandas jurar, ábrelo, y al oír qué dice en él de los juramentos Cristo, horrorízate y desiste.

—Y ¿qué es lo que allí dice de los juramentos? —*Yo os mando más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34). ¿Y tú para jurar presentas la ley que prohíbe jurar? ¡Oh contumelia, oh insania! Haces lo mismo que el que obliga a ser compañero de un crimen de muerte al legislador que prohíbe matar. Pues yo, tanto como lamento y deploro oyendo que algunos han sido muertos en los caminos, lamento y lloro, y me horrorizo cuando veo que alguno se aproxima a esta mesa, e impone las manos, y jura tocando los Evangelios. Pregunto yo, ¿no te fías de las riquezas, y matas el alma? ¿Pues qué tanto ganas en comparación del daño que causas a tu alma y al prójimo? Porque si crees que es hombre veraz, no añadas la obligación del juramento; pero si sabes que miente, no le obligues a perjurar.

—Pero es que para hacer plena fe había que insistir, dice. —Pues con mayor razón, entonces la confianza te sería ratificada, cuando no le hubieras obligado a jurar. Ahora, empero, vuelto a casa, está la conciencia remordiéndote de continuo, pensando esto: ¿Acaso no he jurado en vano? ¿El no perjuró acaso? ¿No he sido yo la causa del pecado? —Pero si no hubieres jurado, vuelto a casa, recibirás gran consuelo, dando gracias a Dios, y diciendo: Bendito sea Dios, porque me he contenido, y no he jurado en vano ni temerariamente. Deplorado sea el oro, perezcan las riquezas, con tal que esto nos haga fe del todo plena de no haber quebrantado la ley, y no haber obligado al otro a que lo hiciera.

Reflexiona por qué cosas no juraste, y séate suficiente refrigerio y consolación. Porque muchas veces, cuando la lucha está entablada, los que sufrimos la injuria la sobrellevamos generosamente y decimos al que nos ultraja: ¿Qué te haré? Aquel tu patrón me detiene y ata mis manos. Y esto nos basta para nuestro consuelo. Así también tú, cuando hayas conjurado a alguno, contente, prohíbete, y di al que ha de jurar: ¿Qué te haré? Dios ha mandado no jurar, El me contiene ahora. Y esto es bastante para honrar al legislador, y para seguridad tuya, y para temor del que ha de jurar. Pues al ver que así tenemos vergüenza de que otros juren, mucho más fácilmente tendrá temor de jurar él mismo. Si dijeres esta palabra, te volverás a casa con una grandísima seguridad. Escucha, pues, a Dios en sus mandamientos, para que El te escuche en las oraciones. Esta palabra escríbese en el cielo, y se te presentará en el día del juicio y soltará muchos pecados.

Y esto no solamente en el juramento, sino también en todos los negocios pensemos; y cuando debemos hacer algo bueno por Dios, lo cual luego cause algún daño, no miremos sólo el daño del negocio, sino al lucro que recogeremos haciéndolo por Dios. Por ejemplo: ¿Alguien te contumelia? Soporta generosamente, y soportarás generosamente, si no piensas en la contumelia tan sólo, sino en la dignidad de quien manda soportarlo; y lo sufrirás con mansedumbre. —¿Diste una limosna? —No pienses sólo en lo gastado, sino también en el provecho del gasto. —¿Has sido multado en dinero? —Da gracias, y no mires tan sólo la pérdida dolorosa, sino el lucro de la acción de gracias. —Si de esta manera nos comportamos, ninguno de los graves accidentes nos contristarán, sino que en las cosas que parecen tristes, ganaremos; y el daño nos resultará más grato y deseable que las riquezas, la tristeza que el placer y deleite, la contumelia que el honor, y todas las cosas contrarias se nos convertirán en ventaja, gozaremos aquí de mucha tranquilidad, y allí conseguiremos el reino de los cielos, el cual seamos todos merecedores de conseguir debido a la gracia y clemencia de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 16

1. Alabé la providencia del Prefecto, que habiendo visto a la ciudad en tumulto y que todos deliberaban sobre la fuga, entró y os consoló y os condujo a tener esperanza: mas estoy corrido y avergonzado por vosotros, pues habéis necesitado ajenos consuelos exteriores después de muchos y prolijos sermones. He deseado que la tierra se abriera y me tragase, cuando le estaba oyendo que os hablaba y que ora consolaba esta intempestiva e irracional pusilanimidad, ora la inculpaba. Puesto que no debíais vosotros ser enseñados por él, sino estar vosotros convertidos en maestros para todos los infieles. Porque Pablo no permitió que fueseis juzgados de los infieles (1 COR. 6,1); pero tú, después de tanta amonestación de los Padres, has necesitado de maestros de fuera, y los fugitivos y los bribones, unos cuantos, han tumultuado de nuevo la ciudad y han huido precipitadamente. ¿Con qué ojos miraremos en adelante a los infieles, siendo tan cobardes y espantadizos? ¿Con qué lenguaje les hablaremos, y les persuadiremos a confiar contra los males que amenazan, habiéndonos hecho más medrosos que las liebres en la ansiedad presente?

—Y ¿qué haríamos, se dice? Porque somos hombres. —Pues por esto mismo no hay que turbarse, porque somos hombres y no brutos. Estos se espantan todos con fragores y estrépitos, pues carecen de la razón que pueda repeler el temor; mas tú, adornado de razón y de consejo, ¿cómo es que caes en la estupidez de aquéllos? ¿Ha entrado uno y anunciado una incursión de soldados? No te turbes, sino que, dejándole, dobla las rodillas, ora a tu Señor, gime amargamente y alejará la adversidad. Tú, verdaderamente, por haber oído la incursión de los soldados, no estás en peligro de ser arrebatado de esta presente vida; el bienaventurado Job, empero, llegando nuncios continuos y que le anunciaban cosas graves, y añadiendo la intolerable pérdida de los hijos, no dio alaridos, no gimió, sino que se volvió a la oración, y daba gracias a Dios. Imita tú a éste. Cuando alguien que llega anunciar que los soldados han sitiado la ciudad, y que han de robar los bienes, acude a tu Señor y di: *El Señor me lo dio; el Señor me lo ha quitado: se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* (JOB. 1,21). A él no le aterrorizó la experiencia de los males, ¿a ti empero te aterroriza sólo el oírlos? ¿Qué estimación merecemos se tenga de nosotros, que obligados a portarnos valerosamente aun contra la muerte, así estamos trastornados por un falso rumor? El que se turba, no sólo recoge el temor que no existe, sino también la perturbación que no aparece; mas el que está con el ánimo sosegado y

tranquilo, hasta el real descarta. ¿No ves a los capitanes de navío que, enfureciéndose la mar, corriendo las nubes, estallados los rayos, estando todo lo del navío trastornado, él está sentado al lado del gobernalles sin temblor ni miedo, y está dedicado a su arte, para apartar la inminente tempestad? Imítalos tú, y asiendo el áncora sagrada, la esperanza en Dios, permanece inalterado e inmutable.

Quienquiera que oye estas instrucciones que doy, dice, y no las pone por obra, será semejante a un hombre loco, que fabricó su casa sobre arena. Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fue grande (Mt. 7,26s). ¿Ves cómo el caer y desplomarse es por la estulticia? Pero aun somos nosotros más necios, ni siquiera nos parecemos a aquél, sino que caímos más miserablemente que él, pues la casa de éste cayó después de desbordados los ríos, de lluvias caídas, de vientos furiosos; pero nosotros no al caer las lluvias, ni al desbordarse los ríos, no al soplar los vientos, sino antes de tener experiencia de los males, sólo de haber oído, estamos trastornados, y hemos desperdiciado todo cuanto razonábamos.

¿Qué ánimo pensáis que tengo ahora? ¡cómo estoy corrido de vergüenza! ¡cómo estoy deprimido! ¡cómo me sonrojo! De no haber sido compelido por la grande autoridad de los padres, ni me hubiera levantado, ni hubiera hablado, asombrado con el dolor de vuestra pusilanimidad, pero ni ahora puedo volver en mí: tanto obsesionan mi ánimo la indignación y la tristeza. Pues ¿quién no llevará a mal, quién no se inflamará, cuando después de tanta instrucción habéis tenido necesidad de doctores gentiles, que os exhortasen y amonestasen a que soportáseis con ánimo generoso la presente causa de temor? Pedid, pues, que me sean dadas palabras al abrir mi boca, para que podamos sacudir esta tristeza y despertar un poco al alma. Porque la vergüenza de vuestra pusilanimidad grandemente ha derribado nuestra alma.

2. Muchas cosas he dicho poco ha a vuestra caridad, ya de los lazos que por todas partes están tendidos, ya del temor y la tristeza, ya del llanto y el placer, ya de la hoz volandera; pues de todas esas cosas en verdad muchas, sobre todo recordad lo dicho de la hoz voladora, que se vuelve en daño de quien jura, que consume las piedras y los maderos, y que lo destruye todo. Y a la vez también observad cuán grande locura sea tomar el Evangelio para jurar, y la ley que prohíbe jurar hacer que sirva para el juramento; y que más vale perder dineros

que ofrecer a los prójimos un juramento, porque esto cede no poco en honor de Dios. Pues cuando digas a Dios: por respeto a Vos no juré al que había robado y había hecho mal, por este respeto te dará grande gracia ya ahora, ya en el tiempo venidero.

Todo esto decidlo a otros y observadlo vosotros. Sé que aquí somos más reverentes, y que deponemos toda costumbre mala; pero lo que se busca es esto: no que sólo aquí filosofemos, sino que tomando de aquí la piedad, la guardemos fuera, donde necesitamos sobre todo de la misma. Porque los que van por agua, no sólo mientras están en las fuentes tienen llenas las vasijas, y al volver a casa las vacían, sino que con grande cautela las ponen en casa para que no se caigan y el trabajo resulte inútil: imitemos también nosotros a éstos, y con cuidado llegados a casa conservemos lo dicho. Porque si aquí permanecéis saciados, pero a casa volvéis vacíos, llevando las vasijas de vuestra mente vacías de la amonestación, ninguna utilidad tendréis de esta hartura. No me muestres el atleta en la palestra, sino en la lucha: no me muestres tu religión durante el tiempo de la instrucción, sino en la acción. Alabas ahora las cosas que se dicen: cuando vinieres a jurar, entonces acuérdate de todas ellas. Si cumplirse esta ley, promoveré mayor enseñanza de otras cosas.

Es ya el año segundo desde que os diserto, y aun ni un centenar de versos de las Escrituras he podido exponeros. Mas la causa es que necesitáis aprender de nosotros las cosas que vosotros podéis cumplir en casa y la mayor parte de los discursos los tenemos que gastar en asuntos morales. Pero no convenía hacerlo así, sino que el cuidado de las costumbres debíais ponerlo vosotros, y a nosotros nos sería permitido exponer los sentidos de las Escrituras y otras especulaciones. Y si era preciso también el oír de nosotros, más de un día no convenía. Porque no es una cosa variada y difícil de inventar lo que se dice, y no que necesite preparación.

Pues habiéndolo denunciado Dios, no hay necesidad de crujidos. Dios dijo: “No jurarás”; no me preguntéis ya más por las causas. Es ley regia: quien la ha dado, conoce también la razón de ella; si no hubiese sido útil, no lo habría prohibido, no lo hubiera vedado. Los reyes dan leyes, y no todas útiles muchas veces: pues son hombres, y no pueden como Dios dar con lo útil; con todo, obedecemos. Ya al tomar mujer, ya al hacer testamento, ya se hayan de adquirir siervos, o comprar casas, o tierras, o hacer cualquier otra cosa, no lo hacemos según nuestro capricho, sino de la manera que ellos hayan mandado;

y ni para que nuestras cosas se dispongan a nuestro modo somos apenas dueños, sino que por doquiera servimos al parecer de ellos; y si hacemos algo fuera de lo que les parece, lo invalidan e inutilizan. Así pues, a las leyes de los hombres prestamos tanto acatamiento; y ¿así pisaremos las leyes de Dios?, pregunto yo. ¿Qué defensa merecería esto? ¿Qué perdón? Dijo: “No jurarás”: con tus obras no pongas otra ley contraria a la suya, para que todo lo hagas y digas con seguridad.

3. Pero ya es bastante lo dicho: ahora de lo que hoy se ha leído, proponiéndolos una sentencia, terminemos el sermón. *Pablo, preso por [amor de] Jesucristo, y Timoteo [su] hermano* (FILM. 1).

Magnífico apelativo de Pablo; no es nombre de principado y honor, sino que recuerda grillos y cadenas: magnífico de veras; aunque muchas otras cosas le hagan ilustre, como el ser arrebatado al cielo, ser llevado al paraíso, oír palabras inefables; sin embargo, nada de esto puso, sino en lugar de todo esto la cadena: ésta mejor que aquello le hacía ilustre y espléndido. ¿Y por qué? Porque ciertamente aquéllos son dones gratuitos de la benignidad de Dios, mientras que ésta es señal de la tolerancia y paciencia del siervo. Y los amantes tienen costumbre de aficionarse más a lo que padecen por los amados que a los beneficios que de ellos reciben. No se gloría el rey de su corona tanto como él con los grillos se deleita, y con motivo. Porque la corona sólo es ornato de la cabeza coronada, la cadena empero, a la vez que de adorno mucho mayor, sirve de tutela. Muchas veces la corona real delató a quien la tenía ceñida en la cabeza, levantó innumerables insidiadores, e invitó a pretender la tiranía; y en las guerras este adorno es tan peligroso que se lo quitan y esconden. En las batallas algunas veces los reyes, cambiando el traje, vienen así a las manos con los enemigos: tanto delata la corona. Las cadenas, al contrario, nada de todo esto ocasionan a quienes las llevan; cuando el que lucha y pelea contra los demonios y poderes enemigos presentándolas quien está rodeado de ellas, rechaza las acometidas de aquéllos. Y cierto que muchos magistrados de los extraños no sólo mientras mandan, sino también al cesar en el mando están rodeados de fama.

LAS CADENAS DE PABLO POR DOQUIERA SE PREDICAN. Aquél se llama ex cónsul, aquél ex prefecto: mientras que de éste sólo se dice por todo título *el preso por el amor de Jesucristo*, y con muchísima razón. Porque aquellos mandos no son apenas demostraciones de virtud, pues son comprables por dinero, y están necesitados de las recomen-

daciones de los amigos; pero esta magistratura desde las cadenas es indicio de la disciplina del alma, y del ardiente deseo de Cristo es la más grande señal. Y aquéllos son de corta duración, pero en esta magistratura nadie es el sucesor. Mira tú cuánto tiempo ha transcurrido desde él hasta ahora; y el nombre de este preso se ha vuelto más espléndido: y los cónsules todos que han sido en tiempos pasados efectivamente están en el silencio, que ni por sus nombres son del vulgo conocidos; mas el de este *preso*, el del bienaventurado Pablo, aquí en verdad mucho, y mucho en las tierras de bárbaros, entre los Escitas y los Indios, y hasta en los confines de la tierra que vayas, oirás este apelativo, a cualquier lugar que uno llegare, oirá que el nombre de Pablo está en boca de todos. Y ¿qué de admirar es que en la tierra y en el mar, si en los cielos también el nombre de Pablo es muy honrado de los Angeles, de los Arcángeles, de las Virtudes de lo alto y del rey de ellas, Dios?

Y pregúntase: ¿Pues qué tales eran aquellas cadenas, pues que tanta gloria han dado al preso? ¿No fueron de hierro fabricadas? —Sí, de hierro fueron fabricadas, pero tenían mucha gracia del Espíritu, gracia eflorescente; porque por causa de Cristo había sido rodeado de ellas. ¡Oh milagro! Los servidores están presos, el Señor fue crucificado, y la predicación a diario crece; y por las obras porque se creía que estaría impedida, por las mismas se inflama; y la cruz, y los grillos, que se tenían por abominables, se han hecho signos de salvación, y aquel hierro es para nosotros más precioso que todo el oro, no por ser de su naturaleza tal, sino por este motivo y argumento.

Mas veo que nos sale de esto una pregunta al paso, y si escucháis con diligencia, diré la cuestión, y propondré la resolución. —¿Qué es finalmente lo que se pregunta? —Cierta vez, habiendo entrado este Pablo a Festo, y hablándole y disculpándose de los crímenes con que le apuraban los judíos, y diciendo cómo vio a Jesús, cómo oyó aquella venturosa voz, cómo por la ceguera llegó a la claridad, cómo cayó y se levantó, cómo entró en Damasco cautivo, encadenado sin cadenas ni grilletes, y hablando de los profetas y de la ley, y manifestando que todas estas cosas las habían ellos predicho, ganó al juez y casi le persuadió a convertirse a su religión.

4. Así son las almas de los santos: al haber caído en un peligro, no consideran cómo librarse de los peligros, sino cómo conquistar a los que los persiguen, a esto lo ordenan todo; como entonces sucedió: entró para defenderse y se retiró habiendo ganado al juez. Y esto lo

testificó el mismo juez diciendo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano* (ACT. 26,28). Pues esto convendría que sucediese hoy, que el prefecto este admirara vuestra magnanimidad, sabiduría (filosofía), y perfecta tranquilidad, y de vuestro orden aprendiese la disciplina, y al marcharse así, admirara el sermón, alabase la concurrencia, y de las mismas cosas aprendiera cuán grande diferencia hay entre cristianos y gentiles.

Pero para volver a lo que decía, después que Pablo le ganó y él dijo: *Poco falta para que me persuadas a hacerme cristiano*, Pablo respondió así: *Pluguiera a Dios, como deseo, que no solamente faltara poco, sino que no faltara nada, para que tú y todos cuantos me oyen llegaseis a ser hoy tales, cual soy yo, salvo estas cadenas* (ACT. 26,29). —¿Qué dices, oh Pablo? Porque escribiendo a los Efesios dices: *Yo, pues, que estoy entre cadenas por el Señor, os conjuro que os portéis de una manera digna del estado a que habéis sido llamados* (EPH. 4,1). Y hablando a Timoteo: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor* (2, TIM. 2,9). Y otra vez a Filemón: *Pablo, preso por amor de Jesucristo* (FILM. 1,1), y disputando con los Judíos dices: *Por la esperanza de Israel me veo atado con esta cadena* (ACT. 28,20). Y escribiendo a los Filipenses decías: *Y muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas, con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios* (FILP. 1,14). Por todas partes llevas la cadena, en todas partes propones grillos, y te glorías con semejante negocio; pero cuando vienes a juicio has perdido la filosofía, precisamente cuando más convenía que te comportaras libremente, y dices al juez: *Pluguiera a Dios que tú llegases a ser como yo Cristiano, salvo estas cadenas* (ACT. 26,29). Es decir: si son buenas las cadenas, y tan buenas que dan también a otros ánimos para que prediquen la palabra de Dios (pues esto es lo que has dicho antes: *Muchos de los hermanos en el Señor cobrando bríos con mis cadenas con mayor ánimo se atreven a predicar sin miedo la palabra de Dios*); ¿Cómo es que delante del juez no te glorías de esto, sino que haces lo contrario? ¿O no parece ser esta una cuestión?

Pero al momento presento la solución. Porque Pablo no hacía esto ni por ansiedad, ni por timidez, sino por mucha sabiduría y espiritual providencia: y con qué propósito, yo lo diré. Hablaba a un gentil e infiel y que desconocía nuestras cosas. No quería por lo mismo introducirle por lo pesado, sino que decía: *Con los que no estaban sujetos a la ley, como si yo tampoco lo estuviese* (1, COR. 9,21); esto es lo que

aquí hacía. Si hubiese oído cadenas, dice, y tribulaciones, al punto rehusaría, no habiendo conocido el poder de las cadenas. Hágase antes fiel y guste la predicación, y entonces él mismo también acudirá a estas cadenas. He oído a mi Señor que dice: *Nadie echa un remiendo de paño nuevo a un vestido viejo; de otra suerte rasga lo nuevo parte de lo viejo, y se hace mayor la rotura. Ni tampoco echan el vino nuevo en odres viejos; porque si esto se hace revienta el pellejo, y el vino se derrama, y piérdense los cueros* (Mt. 9.16-17). El alma de éste (Prefecto Festo) era vestido viejo y pellejo viejo; no está renovado por la fe, no es nuevo por la gracia del Espíritu, está débil todavía, y como terreno gusta de la vanidad mundana, quiere la gloria presente. Si desde los principios oyere al momento, que una vez Cristiano, al punto será preso, y rodeado de cadenas; confuso y avergonzado se retirará de la doctrina predicada. Por lo cual dice: *“Salvo estas cadenas, no que él rechace las cadenas, en modo alguno, sino para condescender con la debilidad de aquél, porque así y tanto las ama él mismo, como la ambiciosa mujer sus joyas.*

GLORIASE PABLO, NO DE LOS MILAGROS OBRADOS, SINO DE LAS TRIBULACIONES. —¿Por dónde lo sabemos? —*Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (COL. 1,24). Y otra vez: *Por Cristo se os ha hecho la gracia, no sólo de creer en El, sino también de padecer por su amor* (FILP. 1,29). Y otra: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (ROM. 5,3). Pues si se goza y se gloria, y a esto llama don gratuito, cierto es que al hablar al juez por esta causa decía: porque teniendo además otras razones de gloriarse, señala esto mismo diciendo; *“Gustosamente me gloriaré de mis flaquezas, necesidades, contumelias, persecuciones, angustias”, para que haga morada en mí el poder de Cristo* (2, COR. 12,9); y nuevamente: *Si es preciso gloriarse en alguna cosa, me gloriaré de aquellas que son propias de mi flaqueza* (2, COR. 11,30). Y antes comparándose con otros, y manifestándonos su excelencia por comparación, dice así: *¿Son ministros de Cristo? (aunque me expongo a pasar por imprudente), diré que yo lo soy más que ellos* (2, COR. 11,23). Y al querer demostrar la ventaja, no dijo que ha resucitado muertos, arrojado demonios, limpiado leprosos, o cualquier cosa parecida; sino ¿qué? —Que ha padecido innumerables molestias; porque habiendo dicho, *Yo más*, alegó multitud de pruebas. Me he visto en muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, en riesgos de

muerte frecuentemente. Cinco veces recibí de los Judíos cuarenta azotes, menos uno. tres veces fui azotado con varas, una vez apedreado, tres veces naufragué, estuve una noche y un día como hundido en alta mar (Cfr. 2 Cor. 11,23ss), y todo lo restante. Así se gloria siempre en las tribulaciones Pablo, y por esta causa adórnase de admirable manera, y con mucha razón. Porque esto es lo que sobre todo manifiesta el poder de Cristo, porque con estos medios vencieron los Apóstoles, con las cadenas, tribulaciones, azotes y males extremos. Pues estas dos cosas anunció Cristo: tribulación y perdón, trabajos y coronas, sudores y recompensas, suavidades y tristezas; sino que lo triste, es verdad, lo dio a la presente vida, pero la alegre difiriolo para la venidera, manifestando a la vez que El no engaña a los hombres, y estando solícito en disminuir de algún modo el peso de las calamidades. Porque quien engaña propone primero lo agradable, y luego mete lo duro. Por ejemplo: los ladrones de niños pequeños que están dedicados a esta caza no les prometen castigos, azotes ni cosas a esto parecidas, sino comidas y golosinas y otras cosas que gustan a la edad infantil, eso les alargan, con el fin de que, alagados y entregando su libertad, caigan en el lazo fatal. Otro tanto hacen los cazadores y pescadores, que ceban a lo que cazan, dándole primero el cebo acostumbrado a lo que se ha de coger y que les gusta y así esconden el lazo. Por tanto, esta es obra muy propia de los que engañan, proponer antes lo suave, que luego causa lo amargo y triste; de los que son providentes y amantes es propio todo lo contrario. Así los padres hacen lo contrario que los ladrones de niños; enviando los niños a las aulas, les proponen los pedagogos, les amenazan con castigos, les ponen temor, y habiendo pasado así la edad primera, entonces habiéndolos vestido de hombres, les entregan honores, poderes y placeres y sus riquezas.

5. Así es como lo ha hecho también Dios, no como los ladrones, sino a estilo de los padres, que tienen cuidado: presentó primero las cosas tristes y adversas, entregándonos a la actual tribulación como a pedagogos y maestros, para que por esto moderados y corregidos, después que toda tolerancia, y toda disciplina hayamos aprendido, luego llegados a edad perfecta, alcancemos la herencia del reino de los cielos; mas primero nos hace idóneos para la administración de las riquezas y después nos dará las mismas riquezas. Porque si no hubiera hecho esto, la entrega de las riquezas no hubiera sido un don, sino un castigo y pena. Así como el muchacho imprudente y pródigo que

recibe la herencia paterna, por la misma se arruina al no tener la prudencia necesaria para la administración de las riquezas; pero si es prudente, probo, templado y modesto que gasta los bienes paternos en cosas necesarias, se hace así más espléndido y más ilustre; así es también necesario suceda a nosotros. Habiendo conseguido espiritual prudencia, cuando todos hayamos llegado a ser varones perfectos, a medida de la edad, entonces nos entrega todo cuanto ha prometido; mientras que ahora nos enseña como a niños pequeños con exhortación y consolación.

Y no es éste el solo emolumento que tenemos de las pasadas tribulaciones, que otro hay y no inferior a éste. Pues el que antes vivía en delicias, esperando luego tras los placeres castigo, ni disfruta de los presentes placeres por causa de la presunción temerosa de las molestias futuras; mas el que vivía en tristeza, que después ha de gozar de suavidades, aun las presentes dificultades desprecia con la esperanza de los bienes futuros. Por tanto, no sólo por nuestra tutela, sino que también para nuestro placer y consuelo, estatuyó que las cosas primeras fuesen molestas, para que aliviados con la esperanza de las futuras, no hagamos sentimiento alguno de las presentes. Y significando esto mismo, decía Pablo: *Porque las aflicciones tan breves y tan ligeras de la vida presente nos producen el eterno peso de una sublime e incomparable gloria, y así no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles* (2, COR. 4,17-18). Ligera llamó la tribulación, no atendiendo a la naturaleza de los males, sino por la esperanza de los bienes futuros. Pues como el mercader no siente el trabajo de la navegación animado por la esperanza de lucros, y como el púgil animoso soporta las heridas de la cabeza mirando la corona, así en verdad nosotros también mirando al cielo y a los bienes celestes, cuantas cosas molestas sobrevengan, todas las llevaremos con valor, fortalecidos con la esperanza fundada de lo venidero.

Salgamos, pues, de aquí habiendo recogido esta sentencia, pues aunque sea sencilla y corta, contiene mucha enseñanza filosófica. El que está dolorido y atribulado hallará conveniente consolación; el que en placeres y diversiones, tendrá una grande exhortación para moderarse. Pues cuando te sientes a la mesa, y recuerdes esta sentencia, al momento te alejarás de la embriaguez y la crápula, aprendiendo de esta sentencia, que es conveniente que estemos temerosos, y dirás en tu interior: Pablo en cadenas y cárceles, y yo en embriaguez y banquetes: ¿Qué venia alcanzaré?

También esto es oportuno dicho a las mujeres. Porque las ambiciosas y suntuosas y que se adornan con oro por todas partes, acordándose de esta cadena, aborrecerán, creo yo, y abominarán de aquel adorno, y se refugiarán a estas cadenas. Porque son aquellos adornos causa de muchos males y provocaron muchas desavenencias dentro de casa y dieron por resultado venganzas, envidias y odio como hijos; cuando éstas soltaron los pecados del mundo, y horrorizaron a los demonios y ahuyentaron al diablo. Mientras que con ellas vivía en la cárcel persuadió al alcaide, con éstas atrajo a Agripa, con éstas Pablo adquirió muchos discípulos; por esto decía: *Por el cual estoy yo padeciendo hasta verme entre cadenas, como malhechor; si bien la palabra de Dios no está encadenada* (2, Tm. 2,9). Porque como no es posible atar un rayo de sol, ni tampoco cerrarlo en la casa, así tampoco la palabra de la predicación. Y lo que es mucho más: el doctor estaba preso, y la palabra volaba: él habitaba una cárcel; y la doctrina alada corría por diversas partes en el orbe de la tierra.

6. MORAL EXHORTACIÓN A LA ENMIENDA. Sabiendo, pues, estas cosas, no sucumbamos en las cosas adversas, sino más bien hagámonos entonces más fuertes y más poderosos: “La tribulación ejercita la paciencia (Rom. 5,3). No nos dolamos en las calamidades que se nos proporcionan, sino en todas demos gracias a Dios.

Hemos terminado la segunda semana del ayuno, pero no consideremos esto: pues esto no es haber cumplido el ayuno, si hemos pasado el tiempo, sino si lo hemos pasado con obras buenas. Recapacitemos en nosotros si nos hemos hecho más diligentes, si hemos corregido alguno de nuestros defectos, si estamos limpios de crímenes. Es costumbre de todos durante la cuaresma el preguntar a cada uno cuántas semanas de la cuaresma haya ayunado; y puede oírse a los que dicen, unos pues que dos, otros que tres, y otros que todas las semanas han ayunado. Y ¿qué ganancia tenemos de haber pasado el ayuno, si carecemos de obras buenas? Si otro dice: he ayunado toda la cuaresma, responde tú: yo tenía un enemigo, y estoy reconciliado; tenía costumbre de murmurar, y he desistido; estaba sujeto con el hábito de jurar, y la ímproba costumbre está enmendada. Ninguna utilidad tienen los mercaderes si recorren grande distancia marina, pero sí cuando han navegado con grande acopio de mercancías y con mucha ventaja: nosotros ninguna utilidad tenemos del ayuno, si pasamos el tiempo sin fruto y temerariamente. Si ayunamos de manjares, pasados cuarenta días termina el ayuno; mas si nos abstenemos de pecados, ya

pasado el ayuno, aquello queda, y tenemos esta utilidad continua, y antes del reino de los cielos nos dará aquí no pequeñas retribuciones. Pues así como quien vive en maldad es castigado antes del infierno, estimulado (punzado) por la conciencia; así el que abunda en merecimientos también disfruta de alegría grande antes del reino, apacentándose en la buena esperanza.

Por esto dice Cristo: *Yo volveré a visitaros, y vuestro corazón se bañará en gozo, y nadie os quitará vuestro gozo* (Jn. 16,22). Sentencia corta, pero encierra mucha consolación. —Pues, ¿qué quiere decir *Nadie os quitará vuestro gozo*? —Si tienes dinero, muchos pueden quitarte el gozo tuyo de las riquezas: ora el ladrón que perfora la pared, ora el siervo que roba lo encomendado, ora el Emperador que impone tributos del fisco, ora un hombre envidioso que te calumnia. Si tienes potestad, muchos pueden quitar tu gozo de ella. Pues en habiendo acabado el mando, acabará también el placer; aun más, durante el mando, muchas cosas que suceden, que tienen dificultades y preocupaciones, disminuyen tu alegría. Si tienes robusted de cuerpo, una enfermedad que sobreviene disuelve la alegría de aquéllos nacida: si tienes hermosura y bella forma, la senectud que viene la destruyó y se llevó el gozo; si disfrutas en un banquete, al caer de la tarde se ha disipado la alegría del convite. Cualquiera de las cosas del mundo puede fácilmente viciarse, y no nos proporciona un estable placer; mas la piedad y la virtud del alma, al contrario.

Así: si dieres limosna, nadie puede quitar el mérito, aunque ejércitos, y reyes, e infinitos calumniadores y emboscados insten por todas partes, no pueden quitar la riqueza puesta en los cielos, y así el gozo permanece perenne. Pues dice: *Derramó a manos llenas sus bienes entre los pobres: su justicia permanece eternamente* (Ps. 111-9). Y no sin razón: porque están puestas en las arcas de los cielos, en donde el ladrón no los desentierra y roba, ni la polilla los consume (Mt. 6,20). Si hicieres preces continuas y atentas, nadie podrá quitar el fruto de ellas: pues este fruto está arraigado en el cielo, libre de toda calumnia y permaneciendo inatacable. Si hicieres bien por mal, si pacientemente sufrieres las heridas de las maldiciones, si ultrajado bendijeres; estos merecimientos permanecen para siempre, y nadie quitará la alegría de esto nacida, antes siempre que de los mismos te acuerdes, te gozas y alegras y disfrutas de un gran placer. Así también si nos empeñamos en huir de jurar, y cuidamos de imponer a nuestra lengua el abstenerse de esta perniciosa costumbre, el trabajo del mérito se

acabará pronto en poco tiempo, y la alegría de lo merecido constantemente y sin cesar durará.

Además, vosotros tenéis que ser maestros y guías de los otros: los amigos deben recibir, formar e inducir a los amigos, los compañeros de servicio, a los compañeros, y los jóvenes, a los de su edad.

¿No es verdad que si se te hubiese prometido un escudo de oro por cada hombre que hubieses corregido hubieras puesto todo empeño y hubieras estado asiduo en persuadir y exhortar? Pues ahora no uno, ni diez, ni veinte, o ciento, o mil escudos de oro, ni toda la tierra te promete Dios en recompensa de estos trabajos, sino lo que es mayor que el orbe entero, esto te da, el reino de los cielos.

Y no esto sólo, sino además otra cosa. Y ¿qué es? *Si sabes separar lo precioso de lo vil, tú serás como otra boca mía* (JER. 15,19), dice. —¿Qué puede ser igual a esto en razón de honor y seguridad? —Y ¿qué excusa y perdón puede haber para nosotros, descuidando la salvación de los prójimos después de tan grande promesa?

Porque si tú ves que un ciego va a caer en un precipicio, le das la mano, y tienes por cosa indigna no atender al que está en peligro de perecer; y viendo a diario que todos los hermanos se precipitan en la ímproba costumbre de los juramentos, ni una palabra te atreves a proferir.

Mas lo hiciste una vez, y no te oyó. Por lo tanto, repite dos, tres y tantas veces cuantas precisas hasta que le hayas persuadido. Cada día Dios nos habla a nosotros, y no le oímos; pero no desiste de hablar: imita tú esta solicitud para con el prójimo. Por esta causa estamos reunidos entre nosotros, y habitamos las ciudades, y nos congregamos en las iglesias, para que el uno comporte las cargas del otro, para que el uno corrija los pecados del otro. Y así como muchos hombres, que habitan la misma oficina, todos ciertamente trabajan de diferente modo, pero todo el trabajo lo ponen en común: nosotros también hagamos otro tanto. Cuantos beneficios puede cada uno hacer al prójimo, que no emperece, ni lo difiera, sino que se haga alguna negociación y una espiritual colecta, para que poniendo en común todas las cosas, y habiendo conseguido muchas riquezas, y habiendo acopiado un grande tesoro, todos juntos alcancemos el reino de los cielos por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 17

1. Hoy todos hemos cantado oportunamente: *Bendito sea el Señor Dios de Israel; sólo El hace maravillas* (Ps 71,18). Porque se han resuelto negocios que son para admirados y que exceden la opinión: en un instante de tiempo ha librado del naufragio a toda la ciudad y a tanta población, que estaba para hundirse y verse puesta bajo las olas y que al momento había de perderse del todo. Demos, pues, gracias, no sólo porque ha calmado la tempestad, sino también porque permitió que se fraguara; no sólo porque nos ha salvado del naufragio, sino también porque permitieron caer en tanta angustia, y que nos amenazase peligro extremo. Así dispuso Pablo que demos gracias por todo. Mas al decir: *Dad gracias por todo* (1 Tes. 5,18), significa esto que no sólo por la resolución de los males, sino que también durante las pruebas y tentaciones: *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* (ROM. 8,28). Nosotros demos gracias por la resolución de las pruebas, y de éstas jamás nos olvidemos: dediquémonos a las oraciones, a las no interrumpidas súplicas, a la piedad intensa. Cuando al principio, habiéndose encendido la grande hoguera de estos males, os decía que no era tiempo de adoctrinar, sino de orar: pues lo mismo digo ahora una vez apagada; ahora es más tiempo de oraciones aún que antes; ahora sobre todo es tiempo de lágrimas, y de compunción, y de ansia del alma, y de mucho cuidado y cautela. Pues entonces la misma condición de las tribulaciones, aunque no quisiéramos, nos corregía y hacía modestos, y nos encaminaban a mayor reverencia, pero ahora, quitado el freno y pasada la nube, es de temer que declinemos a la pereza, que nos volvamos otra vez más desidiosos por el perdón, que alguien diga también de nosotros: *Cuando el Señor hacía en ellos mortandad entonces recurrían a El, y volvían en sí, y acudían solícitos a buscarle* (Ps 77,34). Por tanto, Moisés amonestaba a los Judíos diciendo: *Cuando comieres y (bebieres) te saciares, cuida con gran diligencia de que no te olvides del Señor* (Dt, 6,12-13).

Ahora se verá la sinceridad de vuestro propósito, si permanecéis en el mismo deseo piadoso; porque antes muchos atribuían al temor y a los males inferidos vuestro cuidado; mas ahora, si perseveráis en el mismo, será puro merecimiento vuestro. Porque también que un párvulo, mientras está ejercitado por un áspero pedagogo, viva con compostura y docilidad, nada es de admirar; porque todos atribuyen la modestia del niño al temor del pedagogo; pero que, una vez salido de la dependencia, guarde él la misma compostura, y la misma modestia que tuvo anteriormente, esto todos se lo atribuyen a él. Hagamos también nosotros esto, perseverando en la misma reverencia, para que del anterior cuidado recibamos de Dios mucha alabanza.

Temimos innumerables males: que las haciendas todas serían robadas, que las casas con los moradores serían quemadas, que la ciudad había de desaparecer de la tierra, y que su suelo sería arado y todas sus reliquias habían de perecer; pero todo esto quedó sólo en temor de expectación y no llegó a ser realidad de hecho. Y no esto sólo es de admirar, el que Dios ha quitado tanto peligro, sino que además nos ha distinguido con grandes beneficios, y ha adornado nuestra ciudad y por medio de esta prueba y calamidad nos ha hecho más acrisolados. De qué manera, yo lo diré.

LOS MONJES BAJAN DE LOS MONTES A ANTIOQUÍA PARA IMPETRAR PERDÓN PARA LA CIUDAD. Pues cuando los enviados del Emperador, para inquirir sobre los crímenes cometidos, constituyeron aquel tremendo tribunal, y todos eran citados por reos de los crímenes, y todos tenían el temor de varias clases de muerte, entonces los monjes que habitaban en las cimas de los montes, hicieron exhibición de su filosofía. Pues los que escondidos en sus cavernas tantos años, sin que nadie llamase, y nadie persuadiese, después que vieron la nube tan grande que rodeaba la ciudad, dejando sus tiendas y cavernas, de todas partes acudieron, como unos ángeles bajados del cielo; y era entonces de ver la ciudad parecida a un cielo, encontrándose en todas partes aquellos santos, que con sólo verlos consolaban a los que estaban oprimidos por el dolor, y que alentaban a menospreciar toda calamidad. Porque habiéndolos contemplado, ¿quién no se reiría de la muerte y menospreciaría la vida?

Y no sólo esto era lo admirable, sino el que, acercándose a los príncipes, les hablaban con valor en favor de los reos y todos estaban dispuestos a derramar la sangre y a perder las cabezas para librar a los presos de las temidas tribulaciones, y aseguraron que no se retirarían

antes que los jueces perdonasen a la población de la ciudad, o que, juntamente con los reos, fuesen enviados al Emperador. Es religioso, dijeron, quien domina en nuestro orbe, es fiel, el que vive piadosamente; por tanto, de seguro lo reconciliaremos nosotros, no permitiremos, no os consentiremos manchar la espada, ni cortar la cabeza de uno sólo. Pero si no os contenéis, también nosotros seguramente moriremos con los mismos. Cierto que son graves los crímenes perpetrados, lo confesamos, pero la maldad de lo hecho no vence o excede la humanidad del Emperador.

Cuéntase que uno de los mismos (*refiérese aquí al monje Macedonio*) añadió otra sentencia llena de filosofía: Las estatuas derribadas en verdad han sido nuevamente erigidas, y han recobrado la forma propia, y el crimen ha tenido celérrima reparación, pero si vosotros matáis a quien es imagen de Dios, ¿cómo podréis revocar de nuevo al que pereció? ¿Cómo resucitar a los ejecutados y devolver las almas a los cuerpos? Y también les disertó largo sobre el juicio.

2. ¿Quién no quedaría estupefacto? ¿Quién no admiraría la sabiduría de los varones? Porque si (cuando) una madre de los reos, con la cabeza desnuda y enseñando canas, cogiendo por el freno el caballo de quien ha de juzgar, y atravesando la plaza, así ha entrado con él juntamente en el tribunal, quedamos todos estupefactos, todos admirados de su piedad y magnanimidad; ¿cuánto más debemos pasmar-nos de éstos? Pues aquélla, aunque hubiese muerto por el hijo, nada es de admirar; es grande el poder de la naturaleza e irrompible la ligadura de las entrañas: éstos, empero, a los que ni engendraron, ni criaron, aun más, a los que no han conocido, cuyo nombre ni han oído, con los que jamás han conversado, a los que sólo han conocido por la calamidad, tanto los han amado, que aunque hubiesen tenido infinitas vidas, querrían darlas todas por la salvación de aquéllos. Y no me vayas a decir esto, que no están ejecutados, que no han derramado la sangre, sino que han hablado con tanta libertad delante de los jueces, cuanta sólo es verosímil que empleen los que están desesperanzados de su vida; y con este pensamiento desde los montes acudieron al tribunal. Pues si antes no se hubieran preparado para cualquier muerte, no hubieran podido hablar a los jueces con tanta libertad, y manifestar entonces tan grande magnanimidad: porque si pasaban los días enteros sentados ante las puertas del pretorio, preparados para arrancar de las manos de los verdugos a los que debían ser conducidos (al suplicio).

TODOS LOS FILÓSOFOS ABANDONARON LA CIUDAD EN LA CALAMIDAD. ¿Dónde están ahora los que llevan las capas y cultivan lengua barba, y llevan bastones en la diestra, los filósofos de los paganos, los cínicos, más despreciables que los perros que están debajo de las mesas, los que todo lo hacen por causa del vientre? Todos abandonaron entonces la ciudad, todos se alejaron, se han encerrado en las cavernas; mas sólo los que por las obras en verdad muestran filosofía, como si ningún mal hubiese sobrecogido a la ciudad, así intrépidos hanse presentado en la plaza. Y los que habitaban la ciudad volando se fueron a los montes y desiertos; pero los habitantes del yermo han entrado en la ciudad, demostrando con sus mismas obras lo que en anteriores días no he desistido de decir, a saber: al que vive virtuosa-mente en nada le puede lesionar ni un horno ardiente. Tanto la sabiduría del ánimo es más alta que todas las cosas, ya sean alegres, ya tristes; pues ni en aquéllas se debilita, ni en éstas se contrae y se rebaja, sino en medio de todas permanece igual exhibiendo la propia fortaleza.

¿A quién no habría vencido la dificultad del tiempo presente? Los próceres de nuestra república colocados en los poderes, que habían recogido riquezas inmensas, que tenían ante el Emperador gran confianza, dejando desiertas, abandonadas las casas, todos miraban de ponerse a salvo a sí mismos: toda amistad y parentesco era superado entonces, y a los que en otro tiempo habían conocido, en el de la calamidad hacían por desconocerlos y por ser de los otros desconocidos. Los monjes, empero, hombres pobres, que no tenían otra cosa que un vil vestido, que vivían en la soledad de los montes, que parecían no ser nadie, que estaban en montes y bosques, como unos leones, dotados de grande y elevado sentido, poniéndose en medio, cuando estaban todos estupefactos y temblorosos, han resuelto el daño, no en muchos días, sino en un breve momento de tiempo. Y como los valientes guerreros, no sólo cuando cruzan las armas, sino también vistos de los enemigos en el cuerpo de ejército y que vociferan, ahuyentan a los adversarios; así también éstos en un sólo día descendieron, y hablaron y disiparon la calamidad y se volvieron a sus propias tiendas. ¡Tan grande es el valor de la filosofía de Cristo enseñada al género humano!

Mas ¿por qué digo de los ricos y poderosos, cuando hasta los mismos que habían conseguido la potestad de juzgar, los más altos magistrados, rogados por estos mismos monjes que diesen la senten-

cia con benignidad, habían negado que fuesen dueños de hacerlo; pues no seguro, sino peligroso resultaba esto, dejar impunes, no sólo el ser injuriado el Emperador, sino también a los que estaban convictos de contumelia? Pero éstos fueron más valerosos que todos, y con grandeza y tolerancia de ánimo perseverantes suplicaron que hicieran uso de un poder que no habían recibido del Emperador; y habiendo cogido a los que eran reos, pudieron persuadir a los jueces que no diesen sentencia condenatoria, sino que los dejaran a voluntad del Emperador, y prometieron que ellos le persuadirían, y lograrían que concediese un total perdón a los que habían faltado contra él, y emprendieron la peregrinación. Mas los jueces, respetuosos del parecer de los mismos, y sorprendidos de la elevación de sentimientos, no consintieron que emprendieran este largo viaje, sino que, si por escrito tenían las exposiciones de los mismos, dijeron y prometieron que ellos con los memoriales partirían y rogarían al Emperador que depusiera todo su enojo, lo cual confiamos que sucederá. Porque cuando se daba la sentencia, los que han entrado han dicho palabras de mucha sabiduría, y por los memoriales han suplicado al Emperador, y han hecho mención del juicio, y han dicho que ellos expondrían sus cabezas si esto no se hiciera.

Y después de tomadas por escrito estas manifestaciones, los jueces marcharon, lo que ha adornado a nuestra ciudad más espléndidamente que todas las coronas. Y oirá el Emperador las cosas aquí realizadas ahora, las oirá también la gran ciudad, las oirá todo el orbe; oirán que tales monjes habitan la ciudad de los Antioquenos, que inspiran la confianza apostólica, y por los escritos ahora hechos, en los campamentos admirarán todos la magnanimidad de los mismos, todos a nuestra ciudad la llamarán feliz, y alejaremos la mala fama; y sabrán todos que los crímenes hechos no lo fueron por los habitantes de la ciudad, sino por hombres extraños y perdidos, y el testimonio de los monjes será idónea demostración de las costumbres de la ciudad.

No nos entristezcamos, pues, oh queridos, sino perseveremos enseñados con buenas esperanzas. Porque si la libertad ante los hombres ha podido evitar tanta molestia, ¿qué no conseguirá la confianza ante el mismo Dios? Digamos también estas cosas a los gentiles, cuando se atrevan a disputar con nosotros de los filósofos. Patente es por lo de ahora que también fue falso lo de antes entre ellos, y por lo presente está manifiesto que entre nosotros fueron verdad lo de Juan, de Pedro y Pablo, y de todos los otros. Pues porque fueron sucesores de

ellos en la religión, por esto dieron ejemplos de confianza como ellos: porque fueron educados con las mismas leyes, por esto también han imitado su virtud. Así es que no tenemos necesidad de las cartas para demostrar la virtud apostólica, estando los hechos que claman y los discípulos que honran a los maestros, y los de los filósofos mismos que pregonan la pusilanimidad de éstos, así ahora como antes, porque entre ellos todo resulta cuentos fabulosos, escenas y ficciones.

Pero no sólo los monjes, que también los sacerdotes dieron pruebas de la misma grandeza de ánimo y atendieron a nuestra salvación. Porque el uno se dirigió en efecto al campamento, posponiéndolo todo al amor para con vosotros, y él mismo preparado estaba a morir, si no persuadía al Emperador, y los otros que aquí quedan, bien haciendo lo mismo que los monjes, bien deteniendo con sus propias manos a los jueces, no los dejaban entrar antes de que prometiesen acabar el juicio; y cuando los veían que renunciaban (y de hecho se resistían), también ellos usaron a su vez de mucha valentía. Y una vez que los vieron condescender, abrazados a los pies y a las rodillas y besando las manos, dieron muy abundantes pruebas de ambas virtudes, de libertad y de bondad de alma. Pues que la valentía no era de soberbia, lo probaron besando las rodillas y abrazando los pies; y por otro lado, que aquella humillación no era lisonja ni servidumbre, nacida de la condición de siervos, las cosas que procedieron a su valor dieron testimonio.

Y ni sólo estos bienes hemos ganado con la prueba, que también mucha modestia, y mansedumbre, y la ciudad se nos ha tornado de repente en monasterio. No la habría nadie adornado tanto si alguien hubiera erigido en la plaza estatuas de oro cuanto es ahora esclarecida e ilustre la que ha levantado estatuas de virtud y hace gala de sus propias riquezas.

3. PENAS INFLIGIDAS POR EL EMPERADOR A LOS ANTIOQUEÑOS. LA DIGNIDAD DE METRÓPOLI TRASLADADA A LAODICEA. Mas las disposiciones dadas por el Emperador contristan: pero ni aun éstas son ciertamente graves, sino que también han aportado muchas ventajas. Dime: ¿Qué molestias han causado? —¿Que han cerrado la orquesta? ¿Que el circo no está accesible, que han cerrado y cegado las fuentes de maldad? Pluguiera a Dios que no se concediese jamás abrirlas otra vez. De ahí las raíces de maldad, que germinaron en la ciudad, de ahí los que deshonoran las costumbres de la ciudad, esos que a los danzantes venden sus voces, y por tres óbolos véndenles su salud y lo confunden

todo. ¿Por esto te pones triste, carísimo? Antes bien, es para gozarse y alegrarse y para dar gracias al Emperador: porque su venganza fue corrección y el castigo enseñanza, y la ira doctrina.

—¿Es acaso porque se nos han cerrado los baños? —Pero esto no es intolerable el que aun a pesar nuestro, a los que llevan la vida divertida, o muelle y disoluta, se les reduzca a filosofar.

—¿Es porque a la ciudad quitó la dignidad, y no ha permitido que en adelante sea llamada metrópoli? ⁶. —Pues ¿qué había que hacer? ¿Acaso alabar los hechos y dar gracias? Y ¿quién no le hubiera acusado de que ni siquiera en apariencia hubiera dado muestras de indignación? Además, ¿no ves cómo los padres hacen esto muchas veces con los hijos? Los rechazan y no los admiten en la mesa. Pues esto también ha hecho el Emperador imponiendo semejantes castigos, que no contienen daño ninguno, pero que en sí llevan mucha corrección. Reflexiona en lo que temimos y en lo que ha sucedido, y así es como grandemente conoceremos la gracia de Dios.

LA VERDADERA DIGNIDAD DE ANTIOQUÍA. ¿Estás sentido porque han quitado a la ciudad el título de dignidad? —Pues aprende qué es en último término lo que forma la [verdadera] dignidad de una ciudad, y entonces sabrás manifiestamente que, si los habitantes de ella no la traicionaren, ningún otro podrá quitarle la dignidad de ciudad. No el que sea metrópoli, ni que tenga magnitud y ornato de edificios, ni que tenga muchas columnas y anchos pórticos, y paseos, ni que sea nombrada en cabeza de las otras, sino la virtud y religión de los habitantes, ésta es la dignidad, el adorno y la tutela de la ciudad, de modo que si esto falta, será la más vil de todas, aunque el Emperador la colme de infinitos honores.

¿Quieres aprender la verdadera dignidad de tu ciudad? ¿Quieres conocer sus escudos de familia? Lo diré exactamente, no sólo para que los conozcas, sino para que los imites.

Finalmente, ¿cuál es la dignidad de nuestra ciudad? *Aquí en Antioquía los discípulos empezaron a llamarse cristianos* (ACT 11,26), y esto ninguna de cuantas ciudades hay en el mundo lo tiene, ni la

misma ciudad de Rómulo, por esto puede levantar sus ojos en presencia de todo el orbe terráqueo: porque tiene la bandera del amor de Cristo, por la confianza, por aquella fortaleza.

¿Quieres oír otra dignidad y elogio de la ciudad? Antiguamente hubo de ocurrir una hambre extrema, y los que habitaban en Antioquía acordaron que, según cada cual podía de su abundancia, se enviase a los fieles, que vivían en Jerusalén (Act, 28,29). Ahí está un segundo título de dignidad, caridad durante el hambre. No cerró sus manos el tiempo, ni los hizo más remisos el temor de la calamidad, sino que cuando otros recogen lo ajeno, entonces ellos envían lo propio, y no sólo para los que estaban presentes, sino para los que vivían lejos. ¿Has visto la fe en Dios y la caridad para con el prójimo?

¿Quieres saber aún otra dignidad de esta ciudad? Bajaron algunos de Judea a Antioquía, que perturbaban la predicación y que imponían las observancias judaicas (Act. 15,1). No recibieron ellos con facilidad la innovación, ni se aquietaron, sino que reuniéndose y formando asamblea, iglesia, enviaron a Jerusalén a Pablo y a Bernabé y consiguieron que los apóstoles predicasen por toda la tierra los dogmas limpios de enfermedad judaica. Esta es la dignidad de la ciudad, ésta la prestancia, ésta la hace metrópoli, no en la tierra, sino en el cielo. Así pues, todos los otros honores son corruptibles, y caducos, y se terminarán con la vida presente; y con frecuencia tienen fin antes que la vida presente, como lo han tenido ciertamente ahora.

Para mí, la ciudad que no tiene ciudadanos píos es más vil que cualquier villorrio y más innoble que cualquier caverna. Mas ¿qué digo de una ciudad? Pues para que aprendas diligentemente que solamente la virtud honra a los ciudadanos, no te digo nada de la ciudad, sino lo que es más venerable que toda ciudad, poniendo ante la vista el templo de Dios en Jerusalén me esforzaré en demostrarlo. Pues este templo en el que había sacrificios, oraciones y cultos, en el que estaba el santasantórum y los Querubines y el Testamento, y el arca de oro, grandes señales de la providencia divina para con aquella gente: en donde continuamente se daban oráculos de lo alto, en donde los profetas eran inspirados del numen divino; en donde estaba un modelo, no de arte humano, sino de la sabiduría divina; en donde las paredes refulgían con el mucho oro y sobre manera, tanto por la hermosura de preciosísimos materiales, cuanto por el arte exquisito con que estaban trabados, demostraron que en aquel entonces era templo único sobre la tierra; es más, que no sólo la exquísitez del arte, sino también la

sabiduría de Dios adornó aquel edificio. Porque no por propio impulso, ni de suyo, sino aprendiendo Salomón de Dios y conformándose a la descripción del cielo, así lo dibujó y erigió (3 REG. 6). Con todo, un templo tan hermoso, y admirable, y santo, perdidos los que lo usaban, se tuvo por tanta ignominia, y tan despreciado y profanado quedó que antes de la cautividad se le llamaba cueva de ladrones (Mt. 21,23) y guarida de hienas; y después de esto fue entregado en manos de bárbaros e inmundos y profanos.

¿Quieres oír esto mismo también de la ciudad? ¿Qué hubo más preclaro que Sodoma y las ciudades vecinas? Por las casas y edificios espléndidos, y las hermosísimas paredes que tenían, por la pingüe y fértil región, que se parecía a un paraíso de Dios; al contrario, la tienda de Abraham vil y pequeña y sin defensa; pero habiéndose declarado cierta vez la guerra de los bárbaros, minaron y tomaron las ciudades fortificadas y, llevando cautivos a los moradores, se marcharon, pero al morador de la soledad Abraham, que caía sobre ellos, no lo llevaron. Y no sin motivo: porque tenía una fuerza mucho mayor que la de la multitud y de los muros, a saber: la piedad.

Si eres cristiano, no tienes ciudad sobre la tierra. El artífice de nuestra ciudad y el arquitecto es Dios; aunque ocupemos todo el orbe, somos huéspedes y peregrinos en todo él. Estamos inscritos en el cielo, allí vivimos, no hagamos como los niños pequeños, que no hacen caso de las cosas grandes, para admirar las pequeñas.

4. NO LA GRANDEZA SINO LA PIEDAD ADORNA LAS CIUDADES. No la grandeza de la ciudad, sino la virtud del ánimo es su ornamento y fortaleza defensiva. Mas si piensas tú que también la grandeza es dignidad de una ciudad, piensa cuántos rufianes y cuántos afeminados y perdidos y que están plagados de vicios participan de la dignidad ésta, y entonces despreciarás esta honra. Mas no es tal aquel otro: porque no puede tener parte en él quien no dé pruebas de toda virtud. Por tanto, no nos hagamos necios, sino que entonces nos dolamos cuando alguien nos quite la dignidad de nuestra alma, cuando hayamos cometido [algún] pecado, cuando hayamos ofendido al común Señor de todo: puesto que lo que ahora se ha perpetrado, no solamente en nada dañará a la ciudad, sino que, como seamos sobrios, hasta grandemente la ayudarán. Porque ahora semejante es nuestra ciudad a la mujer hermosa, y libre [no sierva] y modesta. El temor la ha hecho más afable y más honesta, y la ha liberado de aquellos malvados, que se atrevieron a cometer estos nefandos crímenes. No lloremos, pues,

con llanto de mujer, pues he oído en la plaza a muchos que decían: ¡Ay de ti, Antioquía! ¿qué se te ha hecho? ¿Cómo se te ha despojado de la honra? Y me reí de la idea pueril de los que decían tales cosas. Porque no se tienen que decir ahora estas palabras, sino cuando vieres a los que saltan, y que beben, y que blasfeman, juran, perjuran, mienten, entonces haz uso de estas palabras: ¡Ay de ti, oh ciudad! ¿qué se te ha hecho? Mas si vieres la plaza con unos cuantos hombres afables y modestos y moderados, llama dichosa aquella ciudad. En nada podrá dañarla la poca población, como no le falte la virtud; y al contrario, jamás le aprovechará de nada la multitud, como haya maldad. *Porque aun cuando tu pueblo, oh Israel, fuese como la arena del mar, [solamente] los restos de él se convertirán* (Is. 10,22; Rom. 9,27). La muchedumbre, dice, nada podrá rogarme.

Así también hizo Cristo, llamó miserables a las ciudades, no por la poquedad, ni tampoco porque no eran metrópolis; y en otra ocasión a Jerusalén llamó desgraciada por esto mismo, diciendo así: *¡Jerusalén! ¡Jerusalén!, que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados* (MAT. 23,37). Porque, dime: ¿Qué provecho me proporcionará la multitud, si vive mal? Antes por lo contrario, hasta daño nace de esto. Pues ¿qué es lo que ha causado los daños inferidos sino esto? ¿No fue acaso la desidia, el desprecio y la maldad de los habitantes? ¿Es que aprovechó a la ciudad su dignidad? ¿O la grandeza de los edificios? ¿Acaso el ser metrópoli? Pues si ante el rey de la tierra de nada aprovechó esto a la que había prevaricado, sino que todo esto le fue quitado; mucho menos le aprovechará esta dignidad ante el Señor de los ángeles, pues nada podrá ayudarnos en aquel día el que habitemos en la metrópoli, que tiene anchos pórticos y otros parecidos títulos.

Mas ¿por qué digo en aquel día? ¿Qué nos podrá aprovechar, aunque sea para esta presente vida, el que la ciudad para ti sea la metrópoli? ¿Es que acaso el que ha tenido la casa mal dispuesta la ha corregido por esto? ¿O que desechó la tristeza? ¿O qué ha vencido una enfermedad corporal? ¿O algo que mejore la condición del alma? No juguemos, queridos, y no atendamos a las opiniones del vulgo, sino aprendamos en qué está después de todo la dignidad de ciudad, en qué el ser metrópoli.

Y no digo esto porque desespere que esta ciudad vuelva a tomar su anterior belleza, y a estar en su propia presidencia; porque humano y piadoso es el Emperador, mas quiero que vosotros, aunque haya

sido restituida, no os engriáis por eso, ni os gloriéis, y que por estas cosas estiméis en más la ciudad. Cuando quierais enaltecerme las alabanzas de la ciudad, no me alegues que Dafnes es un barrio, ni la altura y multitud de cipreses, ni las fuentes de aguas, ni los muchos hombres habitantes de la ciudad, ni que hasta muy entrada la noche se vive con toda libertad en la plaza, ni que hay abundancia en los mercados de cosas vendibles, siendo todas estas cosas sensibles y que duran sólo cuanto la presente vida; sino si puedes contar virtudes, la mansedumbre, la limosna, las vigiliass nocturnas, las oraciones, la modestia, la sabiduría del alma, por todo esto recomienda a la ciudad. Si estas cosas existen en los moradores del yermo, hácenlo más espléndido que todas las ciudades; y al contrario, hacen la más vil de todas a la ciudad en cuyos ciudadanos faltan ellas.

Esto hagamos no en la ciudad tan sólo, sino también en los hombres. Si ves a un hombre corpulento, y muy elegantemente vestido, de alta estatura, y que sobresale entre los demás por su altura, ni le admires en tanto que no hayas conocido el ánimo. Juzguemos que todos son felices, no por la externa pulcritud, sino por la hermosura de la mente. Pequeño y corto de talla era David (1 REG. 17); no obstante, aquel bajito y pequeño y desprovisto de todas armas, a un ejército tan grande y a una torre de carne como aquella derribó de un solo golpe, no arrojando un lanza, ni tirando una saeta, ni blandiendo una espada, sino que lo deja todo concluido tirando un pequeño guijarro; por esto avisa uno diciendo: *No alabes al hombre por su bello aspecto, ni desprecies a nadie por su sola presencia exterior. Pequeña es la abeja entre los volátiles, mas su fruto es el primero en la dulzura.* (ECCLO. 10,2-3).

Esto digamos tanto de las ciudades como de los hombres, y filosofemos entre nosotros, y demos a Dios gracias con asiduidad lo mismo por lo de ahora que por lo de antes, y simultáneamente roguémosle con todo empeño, para que los que están en las cárceles, y los que han de ser llevados al destierro, aquéllos sean puestos en libertad, y que éstos vuelvan. Miembros nuestros son, y ellos con nosotros han estado fluctuando, con nosotros padecieron la tormenta: roguemos, pues, a la divina benignidad, para que con nosotros alcancen tranquilidad.

—Nadie diga: ¿Qué cuidado tengo yo además? Yo mismo estoy libre de peligro, que perezca él, que muera el otro.

No irriteamos a Dios por este desprecio, sino como si estuviéramos en la adversidad, así nos dolamos, así pidamos a Dios con asiduidad,

cumplimentando aquel dicho de Pablo: *Acordaos de los presos, como si estuviérais con ellos en la cárcel, y de los afligidos, como que también vosotros vivís en cuerpo* (HEB. 13,3), y *llorad con los que lloran, estad siempre unidos en unos mismos sentimientos* (ROM. 12, 15-16). Y esto nos aprovechará a nosotros mismos grandemente, pues nada suele agradar más a Dios como el que nos compadezcamos con mucha efusión de los miembros nuestros. Oremos, pues, al mismo simultáneamente, ya por lo presente, ya por lo futuro, para que nos libre de aquella pena. Que lo presente, sea lo que sea, es tolerable y tiene fin; mas aquellos tormentos son inmortales e inevitables.

Además del consuelo, cuidemos, empero, nosotros de no caer otra vez en tales pecados, sabiendo que no hemos de conseguir más perdón. Caigamos, pues, simultáneamente delante de Dios todos, ya mientras estamos aquí, ya cuando salgamos para casa, digamos: “Justo eres en todo aquello que has hecho con nosotros, oh Señor (DAN. 3,27), pues justos fueron los juicios según los cuales hiciste recaer estas cosas sobre nosotros. Si estorbaren nuestros pecados, hazlo con nosotros por tu nombre y no permitas que experimentemos más tales molestias.” Y no nos dejes caer en tentación, más líbranos de mal (Mt 6,18), porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria por los siglos de los siglos.

HOMILÍA 18

1. He visto a muchos que se alegran y dicen: Hemos vencido, hemos superado, la mitad del ayuno se ha concluido. Mas a los tales exhorto yo a no gozarse porque se haya concluido la mitad del ayuno,

sino a pensar en si se ha concluido la mitad de los pecados; y entonces regocíjate: que esto es digno de satisfacción, esto es lo que se busca, y por lo que se ha hecho todo, para que corriamos nuestros defectos, para que no salgamos del ayuno tales cuales entramos en el ayuno, sino lavados; y depuesta toda mala costumbre, celebremos así la grande solemnidad. Como esto falte, no sólo no tendremos utilidad alguna, sino que del ayuno terminado tendremos grandísimo daño. No nos alegremos, pues, de que nos hayamos desembarazado del prolijo ayuno, que esto nada importante es, pero alegrémonos, cuando lo hayamos pesado en obras buenas, de modo que aun terminado el mismo, brille el fruto suyo. Porque la ventaja del invierno se manifiesta sobre todo entonces cuando ya ha pasado: porque las sementeras primaverales y los árboles, que se visten de hojas y frutos, por sola su vista claman que también para ellos ha sido útil el invierno. Que suceda esto en nosotros. Porque hemos disfrutado de lluvias continuadas y repetidas en el invierno durante el tiempo del ayuno, sacando doctrina sin cesar, y hemos recibido las espirituales semillas, y hemos arrancado las espinas de los deleites. Perseveremos, pues, guardando con diligencia las que hemos recibido, para que, pasado el ayuno, brote el fruto del ayuno, y por los bienes que de él hemos recogido, nos acordemos también del mismo.

Si nos comportamos así, el ayuno siguiente lo recibiremos otra vez con alegre placer. Porque estoy viendo a muchos tan pusilánimes, que ya ahora están preocupados de la cuaresma futura, y a muchos he oído que dicen que ellos, después de la liberación del ayuno, no sienten placer del perdón a causa de la preocupación del año venidero. Pregunto yo: ¿Qué puede haber más pusilánime que éstos? ¿Pero cuál es la causa de esto? —Porque no cuidamos de disponer bien el alma para cuando venga el ayuno, sino que lo limitamos en abstenernos de manjares.

DE QUÉ MANERA APROVECHA EL AYUNO. Así pues, si en la corrección de costumbres hubiéramos de tener ventaja con el ayuno, cada día deseáramos que fuese ayuno, dándonos cuenta del mérito suyo por las mismas obras, y jamás rechazaríamos el deseo del mismo, jamás esperándolo nos pondríamos tristes y con inquietud. Porque al que se halla bien dispuesto mentalmente y al que tiene cuidado de su alma, nada podrá contristarle; éste, empero, disfrutará de un placer puro y continuo. Que esto es verdad habéis oído hoy a Pablo que nos amonesta y dice: *Vivid siempre alegres en el Señor, vivid alegres repito*

(FILP. 4,4). Sabemos que a muchos parece no ser hacedero lo dicho. Porque dicen: ¿cómo puede ser que el que es hombre viva siempre alegre? Porque el vivir alegre no es cosa difícil, mas el vivir perpetuamente alegres, me parece imposible, quizá dirá alguno: porque necesariamente nos rodean muchas tristezas. Pues o alguien ha perdido a un hijo, a la mujer, o a un sincero amigo, más íntimo que cualquier consanguíneo, o hecho quiebra en las riquezas, o se ha puesto enfermo, o en otras cosas ha experimentado reveses, o se ha sentido de haber sufrido una injuria contra la dignidad, o el hambre, o la peste, o una exacción que no puede soportarse, o los negocios de familia; aún más, no acabaríamos nunca de contar todo cuanto, ya privada, ya públicamente, suele entristecernos. Así pues, ¿cómo es posible vivir siempre alegres?

—Muy posible es, oh hombre; y si no fuera posible, no hubiera avisado Pablo, ni hubiera aconsejado, siendo un hombre dotado de espiritual sabiduría. Por esto frecuentemente os lo decía, y no desistiré de repetirlo: las cosas que en ninguna parte podéis aprender de otro, éstas podéis aquí filosofarlas. Porque todos buscan el placer y desean alegrarse, y para esto lo hacen y dicen y negocian todo. Pues por esto el mercader navega, por reunir dineros; y reúne dineros para que teniéndolos de repuesto viva alegre; y el militar para esto está en la milicia; y el labrador por esto cultiva la tierra, y cada cual por esto trabaja en su arte [u oficio]; y los codiciosos del poder por esto lo ambicionan, por gozar de gloria; pero quieren gozar de gloria, para vivir alegres, y observe cualquiera que todo negocio nos conduce a este fin, y cada cual mirando a él por todos medios se apresura a ir a él.

LAS RIQUEZAS NO ENGENDRAN LA ALEGRÍA. En verdad todos quieren la alegría, como he dicho, pero no todos pueden alcanzarla, porque desconocen el camino que allá guía, aunque muchos piensan que nadar en riquezas sea la causa de la alegría. Mas si ésta fuera la causa, ninguno de los que poseen riquezas se hubiera visto oprimido de dolor; cuando ahora muchos ricos piensan que la vida no es digna de vivirse, y apetecen mil muertes, cuando experimentan alguna adversidad, y éstos son los que más que todos se conduelen. Así que no me hagais mirar sus mesas, ni los aduladores y parásitos, sino las cosas que nacen de ellos, las persecuciones y calumnias, los peligros, las perplejidades y lo que es mucho más molesto que estas cosas, que sin preparación envueltos en ellas, con tales cambios, no saben filosofar ni sobrellevar con valor los casos. Por tanto, a los mismos no sólo les

parecen gravosas las cosas que por su naturaleza lo son, antes aun las leves parecen ser intolerables, sucediendo en los pobres todo lo contrario, que tienen por tolerables aun las que son intolerables, porque anteriormente están ejercitados en muchas semejantes. Que no es tanto la naturaleza de las cosas, cuanto la disposición de los pacientes, la que hace que parezcan ser pequeños o grandes los males que nos sobrecogen. Y para no buscar más lejos ejemplos de ambas cosas, alegaré sobre las que nos han sucedido.

Mirad si no cómo en verdad todos los pobres se evadieron, está la población libre de peligro y goza de serena [tranquilidad] seguridad; y los que manejaban los asuntos públicos, y criaban caballos en casa, y ofrecían brabeyas [premios] en los certámenes y administraban otras cosas, los mismos moran actualmente en la cárcel, temen de muerte, y solos ellos pagan las penas de los crímenes por todos perpetrados, y viven en miedo continuo, y son ahora más miserables que todos no por la grandeza de los peligros, sino porque anteriormente pasaron la vida entre delicias.

2. Porque muchos, cuando los exhortábamos y avisábamos que sobrellevasen con valentía las adversidades, decían: Jamás nos hemos ejercitado en ello, ni hemos filosofado, pensado en tales cosas: por esto estamos necesitados de grande consolación.

Otros también piensan que la causa de la alegría es la buena salud corporal; pero no lo es, porque muchos bien sanos también desearon mil veces morir, para no soportar las afrentas que les habían sido inferidas.

Otros, además, pregonan que la causa de una alegría perpetua está en poseer la gloria, en estar investidos de insignias de mando, y en desempeñar magistraturas; pero tampoco es esto. Y para no hablar de otras magistraturas, aunque subamos mentalmente a la misma del imperio, también al que vive en ella encontraremos rodeado de muchas molestias, que tiene tantos más motivos de tristeza, cuanto está circundado de mayor fausto. Y ¿qué necesidad hay de conmemorar las guerras y luchas, y las acometidas e incursiones de los bárbaros? Con frecuencia teme a los mismos que viven con él en casa. Porque muchos reyes, escapados de manos enemigas, no se libraron de las celadas de los encargados de su personal custodia. En verdad tienen los reyes tantos motivos de tristeza como olas tiene el mar.

Si, pues, el reino puede hacer que la vida no tenga tristeza, ¿qué otra cosa podrá darlo? Ciertamente, de las cosas humanas, nada; pero

esta sola palabra, breve y pasajera, de Pablo nos abrirá este tesoro. Pues no son necesarios muchos discursos, ni largos rodeos; pero si pensamos en sólo la sentencia, encontraremos el camino que a ella conduce: que no dijo sencillamente: *Vivid siempre alegres*, sino que de seguida añadió la causa de la alegría, cuando dijo: *Vivid siempre alegres en el Señor* (FILP. 4,4). Quien vive alegre en el Señor, por ningún accidente puede quedar sin este placer. Pues todas las otras cosas en que nos alegramos son mudables, disolubles, y con facilidad se invierten y no tienen sola esta molestia, sino que también las que duran no nos traen tanta alegría, que repelan la tristeza nacida de otras y la oscurezcan; pero el temor de Dios tiene ambas cosas, es estable e inmóvil, y despide tanta alegría, que ningún otro sentimiento de los otros males se apodera de nosotros. Porque quien a Dios teme como se debe, a la vez que le teme, confía en El, ha adquirido la fuente del placer, y posee el manantial de toda alegría; y así como al caer en el mar inmenso una pequeña chispa, fácilmente desaparece; así cuanto sucede a quien a Dios teme, como si cayera en un vasto piélago de alegría, se extingue y se pierde. Y en verdad esto es grandemente de admirar, que cuando las cosas que suelen contristar están presentes, él permanece viviendo alegre. Porque si no hubiese presente cosa triste, para él no sería grande vivir siempre alegre, pero sobreviniendo muchas cosas que empujan hacia la tristeza, hacerse superior a todas y alegrarse en medio de lo triste, esto es lo admirable. Y así como nadie admiraría que los Tres Jóvenes no hubiesen ardido, si hubieran estado lejos del horno de Babilonia; porque lo que a todos consternó fue que, habiendo estado tanto tiempo volcados en el fuego, salieron menos lesionados que los que no habían sido lanzados; así puede también decirse de los santos, porque si no les hubiese instado ninguna tentación, no admiraríamos que ellos hubieran vivido siempre alegres. Mas es para espantar y cosa sobre la humana naturaleza que, envueltos por todas partes de infinitas olas, están mejor afectados que los que disfrutan de pura tranquilidad.

EL VARÓN FIEL DISFRUTA DE CONTINUA ALEGRÍA. Así es que demostrado queda por lo dicho que no es posible encontrar alguna vida exterior que tenga continua alegría, pero que el fiel no pueda no disfrutar de alegría continua, nuevamente me esforzaré en demostrar lo mismo, no para que lo aprendáis solo, sino también para que sigáis esta vida carente de tristeza.

Haya, pues, uno que no tiene nada digno de reproche, sino confiado en la buena conciencia, anhelante de los bienes futuros y esperan-

do aquella dichosa esperanza, pregunto yo: ¿Qué podría causarle tristeza [ponerle en estado de tristeza]? ¿Acaso no es la muerte lo que parece más intolerable de todas las cosas? Mas la espera de ésta no solamente no le entristece, sino que antes le deleita, pues conoce que la presencia de la muerte es la liberación de los trabajos, y la carrera para las coronas y premios con la piedad y virtud adquiridos.

—Pero, ¿y la prematura muerte de los hijos? —Pues esto también lo lleva con valentía y repetirá las palabras de Job: *El Señor me lo dio, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado: bendito sea el nombre del Señor* (JOB, 1,21). Pues si la muerte y pérdida de los hijos no pueden contristar, mucho menos la pérdida de dineros, las acusaciones contumeliosas y las calumnias pueden alcanzar a tan grande y valerosos ánimo, ni tampoco el dolor corporal, porque también eran azotados los Apóstoles ciertamente, pero no se quejaban. En efecto, éstas son cosas grandes, mas es mucho mayor que, no tan sólo no se quejaban, sino que los mismos azotes convertían en materia de mayor alegría, y se retiraban *de la presencia del concilio muy gozosos, porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Jesús* (Act. 5,41).

¿Injurio e insulto a tal un cualquiera? Mas por Cristo formado está para las contumelias. Pues dice: *Alegraos y regocijaos, cuando los hombres por mi causa os maldijeren y persiguieren y dijeren con mentira toda suerte de maldad contra vosotros, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* (Mt. 5,11-12).

Para cuando cae enfermo ya ha oído al otro que amonesta y dice: *Acepta todo cuanto te enviare [ya enfermedad, ya pobreza], y en medio de los dolores sufre con constancia, y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues al modo que en el juego se prueba el oro y la plata, así los hombres adeptos [a Dios] se prueban en la fragua de la tribulación* (Ecclo. 2,4-5). No pudiendo, pues, ni la muerte, ni la pérdida de dinero, ni la enfermedad corporal, ni la ignominia, ni el ultraje, ni otra cosa alguna parecida contristarle, sino más bien deleitarle, ¿qué materia de tristeza podrá tener jamás?

—Pues ¿qué dice: los santos no se dolían? —Pues ¿no oyes a Pablo que dice: *Estoy poseído de una profunda tristeza y de continuo dolor en mi corazón?* (ROM. 9,2). —Pues esto mismo es lo admirable, a saber: que la tristeza acarreaba ganancia y del llanto salía placer. Así como los azotes no proporcionaban dolores, así por otra manera la tristeza aquellas magníficas coronas. Y eso también es de admirar,

que del mundo no sólo la tristeza, sino hasta la alegría tiene mal extremo; y en los espirituales todo lo contrario, que no sólo la alegría, sino la tristeza, contiene un rico tesoro de bienes. Por ejemplo; alégrase uno en el mundo frecuentemente al ver al enemigo en trabajos, y por esta alegría se atrae mucha pena; pero otro a su vez que ve a un hermano caído se conduele, y por esta tristeza se adquiere la benevolencia en presencia de Dios.

LA TRISTEZA SEGÚN DIOS ES MEJOR QUE LA ALEGRÍA MUNDANA. ¿Ves cómo la tristeza según Dios es mejor y más útil que la alegría del mundo? Así se entristecía Pablo por causa de aquellos que pecaban y no daban crédito a Dios, y de esta tristeza le estaba reservada una grande recompensa. Mas para que cuanto digo quede más manifiesto, y para que aprendáis que, aun pareciendo lo contrario, con todo lo dicho así es verdad, ora que el llanto muchas veces suele aliviar a las almas que sufren dolor, ora que levanta la conciencia apesadumbrada; muchas mujeres frecuentemente habiendo perdido los hijos más queridos, como estén ciertamente impedidas de llorar, derramar lágrimas y dar quejidos, revientan y perecen; pero si hacen lo propio de los apenados, se alivian y tienen consuelo. Y ¿qué es de admirar si esto sucede en las mujeres, cuando cualquiera puede ver esto en el mismo profeta paciente? Por esto repetía con frecuencia: *Apartaos de mí; yo lloraré amargamente: no os empeñéis en consolarme en la desolación de la hija de mi pueblo* (Is. 22-4). Así, pues, la tristeza muchas veces lleva en sí consolación; y si esto sucede en lo mundano, mucho más en las cosas espirituales. Por causa de ello dice: “Puesto que la tristeza que es según Dios, produce una penitencia o enmienda constante para la salud” (2 Cor. 7,10). Y esto ciertamente parece oscuro; pero esto es lo que dice: Si te has entristecido por causa de los dineros, nada has adelantado; si por la enfermedad, nada has ganado, antes más te has deshecho.

3. Y en verdad yo he oído a muchos que se acusan después de tal experiencia y que se recriminan así: ¿Qué me aprovechó el dolerme? Que ni he recuperado los dineros y además me he perjudicado. Pero si te entristecieres del pecado, lo has borrado, y has ganado un máximo bienestar. Si te entristeces por los hermanos caídos, a ti mismo te has confortado y consolado, y otra vez los has recuperado, y aunque a ellos en nada aprovechares, tienes la máxima recompensa. Y porque aprendas que el contristarse por los caídos, aun cuando nada aprovechamos, nos atrae una máxima retribución, escucha a Ezequiel cuan-

do dice, o mejor, a Dios que verdaderamente habla por sí mismo. Porque luego de haber enviado algunos a destruir la ciudad y a consumir a hierro y fuego todos los edificios con sus habitantes, manda a un tercero diciéndole así: *Señala con la letra Tau las frentes de los hombres que gimen y se lamentan por todas las abominaciones...* (Ezq. 9,4). Y habiendo mandado a los otros y dícholes: *Comenzaréis por mi Santuario*, añadió y dijo: *Pero no matéis a ninguno en quien viérais el Tau* (v. 6). Dime, ¿esto por qué? Porque aunque nada aprovechan, con todo gimen y lamentan lo que se ejecuta. Y a otros acusa en otro lugar diciendo: “Los dados a la gula y a los placeres, y los que disfrutaban de mucha libertad, que veían que los Judíos eran conducidos a la cautividad, no se condolieron, no se hicieron partícipes de la tristeza; y acusándolos dijo: *Sin compadeceros de la aflicción de José* (Amós. 6,6); llamando José a todo el pueblo. Y otra vez: *No ha partido la que habita en los confines; la casa vecina que se sostuvo por sí misma hará duelo por vosotros* (Miq. 1,11). Pues aunque justamente sean castigados, quiere Dios que nos condolamos y no que nos alegremos y que insultemos. Porque dice, si yo que castigo no lo hago alegrándome, y no me recreo en el castigo (*¿Acaso quiero yo la muerte del impío, y no antes bien que se convierta de su mal proceder, y viva?* (Ezq. 18,23)); debes, pues, tú imitar al Señor, y por esto llorar, porque el pecador ha puesto la materia de justa venganza, ha dado ocasión. Así, pues, si alguien se entristece también según Dios, de esto saca una grande utilidad.

Siendo, pues, más dichosos los azotados que los que azotan, y los que entre nosotros son afligidos más que los extraños que están en sosiego, y los dolientes más que los que se gozan: en adelante, ¿qué ocasión tendremos de estar atribulados? Por esto no es conveniente que nadie sea tenido por dichoso más que quien vive según Dios. Y la Escritura sólo llama dichosos a éstos, pues dice: *Dichoso el varón que no se deja llevar de los consejos de los malos* (Ps. 1,1), *Bienaventurado el hombre a quien tú, oh Señor, habrás instruido y amaestrado en tu Ley* (Ps 93,12); *Bienaventurados los que proceden sin mancilla* (Ps. 118,1); *Bienaventurados los que de todo corazón le buscan* (Ps. 118-2); *Feliz la nación cuyo Dios es el Señor* (Ps. 32,12); *Feliz el que no tiene en su ánimo la tristeza y no ha decaído de su esperanza* (Eccllo. 14,2); *Bienaventurado el hombre que teme al Señor* (Ps. 111,1). Y además así Cristo: *Bienaventurados los que lloran, bienaventurados los humildes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los pací-*

ficos, bienaventurados los que padecen persecución por la justicia (Mt. 5,3-10). Ves cómo en ninguna parte las leyes divinas llaman bienaventurado a uno cualquiera de los ricos ni de los que disfrutaban de gloria (mundana), sino al que ha conseguido la virtud? Pues lo que se busque en todo cuanto hacemos y padecemos, conviene que sea el temor de Dios; y si echas por delante esa raíz, no sólo la remisión ni los honores, ni la gloria, y los ministerios, sino que hasta las persecuciones, y las calumnias, y las contumelias, y las ignominias, y los tormentos, y en general todas las cosas germinarán para ti frutos de alegría.

Y así como en los árboles las raíces en sí son amargas, pero producen suavísimos frutos, así en verdad también la tristeza según Dios nos proporcionará mucha alegría. Conocen todos cuántos muchas veces con dolor han orado y derramado lágrimas, cuánta alegría han adquirido, cómo limpiaron la conciencia, cómo se levantaron con grande esperanza, pues lo que siempre repito, no es la naturaleza de las cosas, sino nuestra alma lo que nos suele entristecer o alegrar. Por lo tanto, si a ésta la volvemos tal cual debe ser, tendremos una prenda de toda alegría, y como al cuerpo no es tanto la naturaleza de los aires ni los externos sucesos, cuanto la propia disposición la que ya daña, ya ayuda; lo mismo al alma, y con mucha mayor razón. Porque en el cuerpo obra la necesidad de naturaleza, mientras en el alma todo está pendiente y situado en la voluntad. Por lo cual Pablo, habiendo padecido incontables males, naufragios, guerras, persecuciones, insidias, acometidas de bandoleros, y todo cuanto no se puede enumerar, y estando para morir cada día, no sólo no se dolía ni se indignaba, sino que se alegraba y se gozaba, y decía: *Yo al presente me gozo de lo que padezco por vosotros, y estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo* (COL. 1,24). Y otra vez: *Ni nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones* (ROM. 5,3). Y el gloriarse significa la intensidad de la alegría.

4. Por tanto, si apetece la alegría, no busques ni el dinero, ni la salud corporal, ni la gloria, ni el poder, ni los placeres, ni la mesa exquisita, ni los vestidos de seda; no fincas de mucho precio, no casas espléndidas e ilustres, ni persigas cosa alguna parecida, sino ejercítate en la filosofía que sea según Dios, ase la virtud, y nada de cuanto hay o se tema podrá entristecerte; pero, ¿qué digo entristecerte? Antes bien para ti serán un acrecentamiento de alegría las cosas que a otros entristecen, porque los azotes, muertes, multas, acusaciones, calamiti-

dades y todo lo demás, cuando se nos infieren por causa de Dios, y tienen esta raíz, introducen en nuestra alma mucha alegría.

NADIE NOS HACE DESGRACIADOS, SINO NOSOTROS MISMOS. Pues hácenos desgraciados nadie podrá, si nosotros no nos hacemos: lo mismo que ni felices, si nosotros no lo hacemos, contando con la gracia de Dios. Y para que aprendáis que sólo aquél es feliz que teme a Dios, no por cosas pretéritas, sino por las que nos han acontecido a nosotros os lo voy ahora a demostrar.

Existió el peligro de que nos fuera arrasada toda la ciudad y de los varones ilustres e insignes ninguno se atrevió a presentarse en medio, antes bien, todos huyeron y se alejaron, pero los que temen a Dios y que moraban en los monasterios, éstos, con gran valentía, acudieron y todo lo solventaron; y tan lejos estuvieron de aterrorizarse por los males que acontecían y por las temidas amenazadas y no se inquietaron sus ánimos, que estando alejados de la calamidad y sin tener en ella participación alguna, espontáneamente arrojáronse en medio del incendio y a todos libraron; y lo que a todos parece ser terrible y horrendo, la muerte, con toda alegría la esperaron ellos, y con mayor placer corrieron a ella, que otros a las magistraturas y honores. Habían ellos conocido que ésta es una gran magistratura y honor, y con las obras manifestaron que aquí sólo es feliz quien ase la filosofía de lo alto, y no recibe mudanza alguna, ni sufre adversidad alguna, sino que disfruta de continua tranquilidad, y de todo se ríe, de todo cuanto parece triste. Porque ahora los que están en las primeras magistraturas están poseídos de mucha tristeza, habitantes de la cárcel, presos atados con cadenas, temiendo cada día morir; estos otros, empero, disfrutan de purísima alegría, aun cuando suceda algo grave; y las cosas que a los otros parecen ser terribles son éstas para los mismos cosas deseables, pues saben para qué corren, y cuál fin los recibirá después que de aquí hayan salido; y cuando los que tan cuidadosos viven y que sonríen a la muerte, se conducen no obstante por causa de los otros, y de esto a su vez sacan grande utilidad.

Cuidemos, por lo tanto, de tener empeño por nuestra alma, y nada de lo insospechado podrá contristarnos; y pidamos a Dios por los encarcelados, que los libre de la inminente calamidad. Podía, es verdad, resolver de una vez todo el mal, y no dejar ni tenues reliquias; mas para que no volvamos a la anterior pereza, ha cuidado de ir remitiendo insensible y paulatinamente el torrente de estos males, reteniéndonos en los mismos ejercicios de piedad.

Y que esto sea así es verdad, y que muchos habrían recaído en la pereza antes, si todo se hubiese resuelto brevemente, por esto queda manifiesto: aún duran las reliquias de la calamidad, y aún es incierta la sentencia del Emperador, y todos los que administraban los negocios de la ciudad están en presidio; con todo, muchos de los que con nosotros habitan la ciudad, codiciosos de bañarse, corren al río, moridiéndose allí con innumerables ultrajes, retozando, divirtiéndose, saltando y atrayendo a las mujeres. ¿Acaso son dignos de algún perdón? ¿De alguna excusa? Pero no, ¿de qué pena, de qué castigo no son merecedores? El primero de la ciudad está encarcelado, nuestros conciudadanos en destierro, la sentencia sobre éstos incierta; y tú dime, te lo ruego, ¿saltas, juegas y ríes?

Alguien dice: No aguantamos estar sin bañarnos. —¡Oh respuesta insolente, maquinal y perversa! Dime, por favor, ¿cuántos meses han sido? ¿Cuántos años? —Aún no han pasado veinte días de haberse cerrado los baños, y como si hubieses pasado todo un año sin bañarte, ¿así te pones triste y te indignas? Di: ¿Así estuviste cuando la incursión de los soldados, cuando cada día temías morir, cuando huías a los desiertos y corrías a las cimas de los montes? Si entonces alguien te hubiera propuesto el permanecer sin bañarte en todo el año, para librarte de la amenazante ansiedad, ¿no lo hubieses pronto aceptado y soportado? Y cuando conviene dar gracias a Dios, que todo lo ha solucionado sin daño alguno, ¿otra vez te diviertes y disputas con insultos, y porque ha pasado el miedo, de nuevo has retornado a mayor descuido? ¿Así te han tocado los males, que apeteces aún los baños? Aun cuando los baños estuvieran permitidos, ¿no era bastante la calamidad de los que mueren para persuadir también a aquellos que no se encontraban en estas miserias a que se olvidasen de todas las delicias? ¿Hay peligro de la vida, y tú te acuerdas de los baños y quieres entretenerte en placeres? ¿Desprecias a aquel de quien ahora has escapado? Cuida de no envolverte en merecerte una pena mayor, y de no atraerte otra vez las pasadas amenazas con peligro mayor, y vengas a padecer lo que dice Cristo de los demonios (y endemoniados). Dice: Cuando un espíritu inmundo ha salido de un hombre, y viniendo a la casa, la halla barrida y bien adornada, entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entra en el alma, y lo último viene a ser peor que lo primero (Lc. 11,23-26).

Temamos, pues, también nosotros, para que no suframos algo peor que lo pasado, porque liberados de esto nos demos a la pereza.

Ya sé que vosotros estáis libres de esta insensatez; pero refrenad a los descompuestos, corregidlos, castigadlos; para que viváis siempre alegres, como Pablo mandó, para que recibamos mucha recompensa, aquí de los propios merecimientos y del cuidado de los demás, y en la vida futura, por la gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 19

1. En los pasados días habéis sido admitidos en los banquetes de los santos mártires; henchidos con la espiritual solemnidad os habéis visto abiertos los costados, cortadas las ingles, sangre que por todas

partes manaba, infinitas maneras de tormentos, habéis visto a la naturaleza humana haciendo cosas sobrehumanas, y las coronas con sangre tejidas, habéis ejecutado una hermosa danza, conducidos por esta honesta guía por todas las partes de la ciudad.

Mas Nos, aun sin quererlo, hemos tenido que permanecer en casa obligado por la enfermedad. No obstante, aunque no asistimos a la solemnidad, sí que participamos de la alegría; aunque no cogimos fruto del sermón, con vosotros sin embargo tuvimos alegría común. Pues tal es la fuerza de la caridad: hace que con los que disfrutan de alegría se alegren los que no la gozan, persuadiendo a estimar por comunes los bienes de los prójimos. Por esto, aun estando en casa, disfrutaba con vosotros, y aún no libre del morbo me levanté y he acudido, para ver vuestras caras para nos deseadas, y para tomar parte en la actual solemnidad.

Pues tengo por una solemnidad máxima el día de hoy, por causa de la presencia de nuestros hermanos, que nos han adornado la ciudad y han hermoseado la asamblea. Pueblo diverso de nosotros por la propia lengua, indudablemente, pero concorde en la fe con nosotros; pueblo que vive tranquilo, que lleva vida modesta y venerable. Puesto que entre estos hombres no hay espectáculos de iniquidad, ni carreras de caballos, ni heteras, ni el restante tumulto de la ciudad, sino que está eliminada toda suerte de lujuriosa diversión, sino que por todas partes florece mucha compostura. La razón de esto es porque tienen vida laboriosa y tienen el cultivo de la tierra por escuela de virtud y de modestia, manejando el arte que antes que todas las restantes puso Dios en nuestra vida. Porque Adán, antes del pecado, cuando gozaba de toda libertad, fue obligado a ejercitar alguna especie de agricultura, ciertamente no molesta, ni que fuera trabajosa, sino que le proporcionase un ejercicio de virtud. Porque *Púsole*, dice, *en el paraíso de delicias para que lo cultivase y guardase* (GÉN., 2,15).

Vieras a cualquiera de éstos unas veces unciendo los bueyes de arar, y arrastrando el arado y abriendo profundo surco y otras subir a un montón, sagrada cátedra, para cultivar las almas de los súbditos (enseñándoles); ahora segando con la hoz las espinas del campo, luego limpiando con su palabra los pecados de las almas. Que no se avergüenzan de los cultivos, como los moradores de nuestra ciudad, sino que se avergüenzan de la pereza, porque aprendieron que es ella la que ha enseñado toda maldad; y que desde el principio ha sido maestra para los que la quieren.

Estos son los que a nosotros parece que practican la mejor filosofía, no por el traje, sino porque dan pruebas de virtud por su propio parecer. Así, pues, los filósofos de los extraños en nada mejóranse, andando en teatros, comedias y diversiones, con la capa, la barba y la estola, sin que puedan mostrar nada más; mas al contrario, éstos habiéndose impuesto el dar un adiós a la capa, barba y báculo y a todo el restante aparato, han exornado su alma con las reglas de la verdadera filosofía, y no tan sólo con las reglas, sino con los mismos ejercicios.

Y si a uno cualquiera de los que se emplean en la agricultura, consumidos por el arado y el ligón, preguntas sobre los dogmas, de los que los filósofos extraños preguntando y buscando mil cosas, y haciendo muchos discursos, nada sin embargo pudieron decir; al momento te responderá muy sabiamente de todo. Y no sólo esto es admirable, sino que la fe de los dogmas la afirman por las obras. Pues que tenemos alma inmortal y que se ha de dar cuenta de todo lo que se hace y asistir a un tribunal tremendo, lo tienen en su ánimo persuadido y toda su vida la ordenaron a esta esperanza, y hechos superiores a toda pompa secular y enseñados por la divina Escritura, de que *Vanidad de vanidades y toda vanidad* (Eccl. 1,2), a nada de cuanto parece ser esclarecido anhelan.

LOS RÚSTICOS MÁS SABIOS QUE LOS FILÓSOFOS ANTIGUOS. Estos saben también filosofar de Dios las cosas que Dios ha mandado, y si, tomando uno de los filósofos extraños, lo pone en medio (y creo que ahora ni uno siquiera puede encontrarse) y de éstos, los nuestros tomas uno, y revolviendo los libros de los antiguos filósofos los lees, y lo que éstos dicen ahora lo comparas con lo que ellos entonces filosofaron, y discutes el problema, verás cuánta es la sabiduría de los nuestros, y cuánta la demencia de los extraños aquéllos. Porque dicen algunos de los mismos que no hay en las cosas ninguna providencia, que el mundo no ha sido creado por Dios, y que la virtud no se basta a sí misma, sino que hay necesidad del dinero y de la nobleza y de brillo inferior y muchas otras cosas más ridículas que éstas; éstos, empero, tanto de la providencia y de los juicios consiguientes, como de la creación por Dios, que produjo todas las cosas de la nada, y de todo lo demás filosofan, sin saber nada de la doctrina de los extraños; ¿quién no advertirá la eficacia del poder de Cristo, que ha demostrado que los no letrados e idiotas son más sabios que los que mucho se gloriaban de sabiduría, tanto cuanto es de ver que los hombres pru-

dentes aventajan a los parvulitos? Pues, ¿qué les puede ser dañoso por causa de la impericia del lenguaje, teniendo ellos las almas llenas de sabiduría? Y ¿qué provecho para los extraños de la belleza del lenguaje, teniendo el alma vacía de sentido? Es como si uno llevase una espada, que sí tiene de plata la empuñadura, pero el acero es más blanco que si fuera plomo, pues en éstos la lengua en verdad está adornada de palabras y de nombres, pero el alma está llena de flaqueza y les resulta del todo inútil; mas no así para estos nuestros filósofos, sino lo contrario enteramente, tienen el alma llena de mucha filosofía espiritual, y la vida acompaña a los dogmas. Entre éstos no hay mujeres de entretenimiento, ni lujo de vestidos, ni colores y afeites, sino que toda esta corrupción de costumbres está ojeada. De donde más fácilmente guían por la modestia al pueblo que les está sumiso, y observan con gran cuidado la ley de Pablo, que manda que, en teniendo vestidos y alimentos, nada busquemos más (1 TIM. 6,8). Entre éstos es desconocido el uso de ungüentos para atraer la mente, pero está la tierra que produce hierbas y les prepara con más arte que cualquier ungüentario varias esencias de flores. Y además disfrutan de pura salud sus cuerpos con las almas, porque han expelido todas las delicias y ahuyentado los devastadores arroyos de la embriaguez, y tanto comen cuanto basta para vivir. Por tanto, no los desprecieemos por razón del traje; antes bien admiremos el alma de ellos. Pues, ¿qué utilidad la del exterior vestido, cuando el alma está cubierta más miserablemente que cualquier mendigo? Al varón hay que alabar y admirar, no por los vestidos, ni aun por el mismo cuerpo, sino por el alma. Descubre el alma de éstos y verás su hermosura y riquezas por las palabras, por los dogmas y por toda la constitución de las costumbres.

2. Avergüéncense por lo tanto los gentiles, retírense, escóndanse, de sus filósofos y de toda su sapiencia, más miserable que cualquier estulticia. Porque entre ellos los filósofos durante el curso de la vida apenas pudieron enseñar a pocos y que con facilidad eran contados sus dogmas (y persuadirles a observar sus enseñanzas), y hasta perdieron éstos a cualquier peligro que amenazaba; mientras que los discípulos de Cristo, pescadores y publicanos, y constructores de tiendas, en pocos años convirtieron todo el mundo a la verdad, y aunque apareciendo peligros sin cuento, no sólo no fue sofocada la predicación, sino que florece, y se aumenta más y más, y enseñaron a filosofar a hombres rudos, a los labradores, a los que viven en las majadas.

Estos sobre todo lo demás, que también tienen la causa de todos los bienes, la caridad arraigada, hanse apresurado a venir a nosotros, haciendo tanto camino para llegar y abrazar a los propios miembros (los Hermanos).

NUEVAMENTE DE LOS JURAMENTOS. Ea, pues, dándoles viático por estos dones, digo por la caridad y el afecto, despedámoslos así, y otra vez tornemos al tema de los juramentos, para arrancar radicalmente de las almas de todos esta ímproba costumbre. Mas antes quiero conmemorar hoy unas cuantas cosas de las dichas anteriormente.

Porque luego que los Judíos fueron enviados de Persia y libres de aquella tiranía volvieron a su patria: *Vi (una hoz) un volumen que volaba, dice, es de veinte codos de largo y diez de ancho* (ZAC. 5, 1- 2), y oyeron al profeta que los enseñaba: *Esta es la maldición que se derrama sobre toda la superficie de la tierra, y caerá encima de la casa del que jura falsamente en mi Nombre, y se pondrá en medio de sus casas y las consumirá juntamente con sus maderos y piedras* (IB. 5,3-4). Y una vez que se leyeron estas cosas, preguntábamos por qué no sólo al que juró, sino hasta la casa del mismo deshizo, y decíamos que la causa era ésta, porque los castigos de pecados gravísimos quiere Dios que perduren continuamente, para que en adelante queden todos corregidos.

Ya pues que hay necesidad de sepultar al perjurio muerto y de entregarlo al seno de la tierra, para que con el cuerpo del mismo no quedase sepultada también la iniquidad, hace la casa un montón ruinoso, para que todos los transeúntes, viéndola y averiguando la causa de tal ruina, huyan de imitar el pecado.

Esto es lo que ha sucedido con Sodoma. Porque después que ardieron en deseos mutuos de sodomía, también la naturaleza del terreno fue abrasada con fuego bajado de lo alto (GÉN. 19), pues quería que el castigo de este pecado durase para siempre. Y nota la clemencia divina; no hizo que los mismos pecadores perpetuamente hasta el día de hoy ardan, sino que una vez abrasados los escondió; pero la sobrehaz del suelo abrasado púsola patente a todos cuantos quieran mirarla, y ahora con la más clara lengua amonesta a todas las generaciones de la tierra la sola vista, a la que sólo falta clamar y decir: No cometáis los pecados de los sodomitas, para que no sufráis los castigos de Sodoma. Porque no suele el discurso llegar tanto a la conciencia, cuanto la vista terrorífica y que conserva perpetuamente las huellas del castigo. Y lo atestiguan los que han visitado aquellos

sitios; los que al oír muchas veces las Escrituras que refieren estas cosas no temían mucho, luego que fueron, recorrieron la región y reconocieron toda la sobrehoz borrada y abrasada, y han mirado detenidamente el incendio y que la tierra no aparece en parte alguna, sino que todo son cenizas y pavesas, impresionados y sacando de aquella vista grande enseñanza para ser templados, así se retiraron de allí; pues la misma manera del castigo reproduce la manera del pecado. Porque como ellos inventaron una manera de unión infecunda que no sirve para la procreación de hijos, así efectivamente aplicó Dios la pena, que hizo totalmente estéril el vientre de la tierra y despojado de todos los frutos. Por esto también amenazó que destruiría las casas de los perjuros, para con los castigos de los unos hacer mejores a los otros.

3. DAÑOS DE LOS JURAMENTOS. Pero hoy os demuestro yo no una, ni dos, ni tres casas destruidas por los juramentos, sino toda una ciudad y un pueblo religioso y una nación acostumbrada a estar favorecida de mucha providencia, y una descendencia que se había librado de muchos peligros. Pues Jerusalén, ciudad de Dios, que tenía el arca santa, y todo aquel culto, donde hubo profetas, y la gracia del Espíritu, y el arca y el Tabernáculo del Testamento, y la urna de oro, y donde con frecuencia andaban ángeles: esta ciudad, cuando se movían innumerables guerras y acometida de muchos asaltos de los bárbaros, siempre se burló de todos ellos, como rodeada de un muro de diamante, y cuando quedó devastada toda la región, nada de importancia padeció. Y no es sólo esto lo admirable, porque a veces infiriendo buenas rotas a los enemigos, los alejó así: tanta providencia había alcanzado de Dios, que el mismo Dios decía: *Como uvas en desierto, con tanto gusto tomé yo a Israel; como los primeros frutos de las altas ramas de la higuera, así miré a sus padres* (Os. 9,10). Y otra vez de la ciudad misma: *Como cuando se halla un grano bueno en un racimo podrido, y se dice: No lo desperdiciéis* (Is. 65,8). Sin embargo, la ciudad cara a Dios, salida de tantos peligros, que había alcanzado perdón en muchos pecados, y única entre todas las otras que pudo escapar del cautiverio, una, dos y muchas veces, fue abatida por solo un juramento, y voy a decir cómo haya sucedido ello.

Hubo entre ellos un rey Sedecías; este Sedecías juró al rey de los bárbaros Nabucodonosor que perseveraría en alianza con él; después faltó, y huyó al rey de Egipto, despreciando los juramentos, y padeció todo cuanto al momento oiréis. Antes, empero, es necesario decir la

parábola del profeta, mediante la cual significó todas estas cosas: *Hablóme el Señor diciendo: Hijo del hombre, propón un enigma, y cuenta una parábola a la casa de Israel. Diles, pues: así habla el Señor Dios: Una grande águila, de grandes alas y de miembros muy extendidos, poblada de plumas de varios colores, vino al Líbano y se llevó lo mejor del cedro* (Ezq. 17,1-3). Aquí llamó águila al rey de los Babilonios: dijo que era grande y de grandes alas y de miembros muy extendidos y poblada de plumas de varios colores, por la muchedumbre del ejército y la grandeza del poder y la rapidez de las incursiones; pues así como las águilas tienen por armas las alas y las uñas, así los reyes tienen soldados y caballos. Pues esta águila *vino al Líbano* (Ib. 17,3). ¿Qué quiere decir *Habet ductum intrandi in Libanum*? El consejo y la resolución; mas a la Judea llamó Líbano, porque está situada cerca de aquel monte. A continuación, queriendo decir los juramentos y los pactos, añade: *Y tomó de la semilla de aquella tierra, y sembróla en un campo para que echase sus raíces, junto a una grande abundancia de agua; sembróla en la superficie. Y cuando hubo brotado, creció e hízose una cepa muy lozana, pero de poca elevación, cuyos vástagos se dirigían hacia aquella águila, y debajo de cuya sombra estaban sus raíces* (Ib. 17,5-6). Mas a la ciudad de Jerusalén llamó aquí cepa; y diciendo que los vástagos se dirigían hacia la misma águila y cuyas raíces estaban a su sombra significó los pactos y alianza con él formados y que ella misma se dejó en los brazos de aquél. Luego, queriendo ostentar la iniquidad, dice: *Y vino otra águila grande, habla del rey de Egipto, de grandes alas y de muchas plumas; y he aquí que aquella parra como que volvió sus raíces, y extendió sus sarmientos hacia ella, para ser regada con sus fecundos canales...* *Les dirás, pues: Así habla el Señor Dios: ¿Qué acaso prosperará?*, es decir: la que no cumpliese los juramentos y los pactos, *¿No arrancará sus raíces la primera águila y no destruirá sus frutos?* (Ezq. 17,7-9). Luego, para demostrar que no sería así, pero sí absolutamente que por causa del juramento había de perecer, habló de la pena misma y pone la causa: *y hará secar todos sus sarmientos que había arrojado, de suerte que quede un tronco seco* (Ib. v. 9). Y queriendo manifestar que no sería destruida por fuerzas humanas, sino porque se había hecho a Dios enemigo por aquellos juramentos, añadió: *Y eso sin necesidad de gran poder ni de mucha gente para arrancarla de cuajo* (Ib. v. 9). Y esto es la parábola en así; pero luego la declara diciendo así: *Mirad, el rey de Babilonia vino a Jerusalén* (v. 16). Después,

habiendo interpuesto varias cosas, mienta los juramentos y los pactos: *E hizo alianza con él* (v. 13). De seguida habla de rebelión: *Pero el nuevo rey, apartándose de lo pactado, envió mensajeros a Egipto para que le ayudara con su caballería y muchísima tropa* (v. 15). Y después de esto, para demostrar que todo el daño había acaecido por el juramento, infiere: *Yo juro, dice el Señor Dios, que en el país del rey que le había puesto sobre el trono, y cuyo juramento quebrantó, violando el pacto que con él había hecho; allí en medio de Babilonia morirá. Y Faraón con su grande ejército y su mucha gente no peleará contra el enemigo, cuando éste levantará terraplenes, y formará trincheras para matar mucha gente. Por causa del juramento que él despreció y de la alianza que violó, le castigaré en su propia persona. Y extenderé mi red barredera sobre él* (IB. 17,16-20).

¿Observas cómo no una, ni dos, sino muchas veces, dice que aquél padeció todo esto por causa del juramento? Que Dios es implacable en habiendo sido despreciados los juramentos. Pero no se debe entender que los males inferidos a la ciudad por causa del juramento sean sólo por venganza (de haberlo despreciado), sino también por la tardanza y dilación; ¡cuánto cuidado tiene Dios para que los juramentos no sean conculcados! Pues dice: *Pero el noveno año del reinado de Sedecías, el mes décimo, a los diez días del mes, vino el mismo Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército sobre Jerusalén, y la puso sitio, y levantó trincheras alrededor de ella. Con lo que la ciudad quedó cerrada y circunvalada hasta el año undécimo del reinado de Sedecías, y día nueve del [mes cuarto]; y fue creciendo el hambre en la ciudad, de modo que faltó el pan [o alimento] a la gente del pueblo. Al cabo quedó abierta una brecha en la ciudad* (4 REG 25, 1-). Pues podía, desde luego, entregarlos el primer día y hacerlos súbditos de los enemigos; permitió empero que fuesen deshechos entretanto por espacio de tres años y que estuviesen oprimidos por estrechísimo cerco con el fin de que castigados por fuera con el temor de los soldados, y por dentro con el hambre que alcanzaba a la población, obligasen al rey, aunque contra voluntad, a someterse a los bárbaros y a poner al pecado el remedio.

Que sea esto así verdad, y no conjetura mía, puedes oír lo que por el profeta le dice al mismo: *Si te sales [de Jerusalén] y te pones en las manos de los príncipes [o generales] del rey de Babilonia, salvarás tu vida, y esta ciudad no será entregada a las llamas y te pondrás en salvo tú y tu familia. Pero si no vas a encontrar a los príncipes de*

Babilonia, será entregada la ciudad en poder de los Caldeos, los cuales la abrasarán, y tú no escaparás de sus manos. Y dijo el rey Sedecías a Jeremías: Téname de aquellos Judíos que se han desertado a los Caldeos, no sea que éstos me entreguen en sus manos, y me insulten [y maltraten]. Pero Jeremías le respondió: No te abandonarán en sus manos. Ruégote que escuches las palabras del Señor, que yo te hablo, y te irá bien, y salvarás tu vida. Que si no quisieres salir, he aquí lo que me ha revelado el Señor: Sábete que todas las mujeres que han quedado en el palacio del rey de Judá serán conducidas para los príncipes del rey de Babilonia, y estas mismas te dirán [entonces]: ¡Oh, cómo te han engañado y prevalecido para el daño tuyo los que te lisonjeaban con la paz!; dirigieron tus pasos a un resbaladero, y te han metido en un atolladero, y en seguida te han abandonado. Y todas tus mujeres y tus hijos serán llevados a los Caldeos, y tú no escaparás de sus manos, sino que caerás prisionero del rey de Babilonia, el cual incendiará esta ciudad (JER. 38-17-23).

Mas ya que no le persuadió diciendo esto, y permaneció en el pecado e iniquidad, Dios, después de tres años, entregó la ciudad, demostrando tanto su clemencia, cuanto el ánimo ingrato de aquél. Y habiendo entrado con gran facilidad, abrasaron el templo y el palacio real y las casas de Jerusalén, y el general de los ejércitos encendió toda casa grande y derribó las murallas de Jerusalén, y el fuego se corría por todas partes, siendo el juramento el que dirigía el fuego y llevaba las llamas a diversas partes y a los restos del pueblo que habían quedado en la ciudad, y los desertores que se habían refugiado a él, los trasladó el general de los ejércitos (4 REG. 25). *Mas los Caldeos, haciendo trozos las columnas de bronce que había en el Templo del Señor, las basas y el mar de bronce colocado en la Casa del Señor, trasladaron todo este metal a Babilonia. Asimismo, se llevaron las ollas de cobre, y las jarras, y los tridentes, y las copas, y los morterillos, y todas las vasijas de cobre que usaban en el ministerio. Llevo también el general del ejército los incensarios y las ampollas, tanto los vasos de oro como los de plata, juntamente con las dos columnas, el mar [o la concha], y las bases que había hecho Salomón para el Templo del Señor... Además se llevó el general del ejército a Saraías, primer sacerdote, y a Sofonías, segundo sacerdote, y a tres porteros, y también a un eunuco de la ciudad, bajo cuya inspección estaba la gente de guerra, y a cinco señores del servicio doméstico del rey, hallados en la ciudad; y a Sofere, inspector del*

ejército, que amaestraba a los soldados bisoños del país, y a sesenta varones del pueblo que se hallaron en la ciudad, todos los cuales condujo consigo Nabuzardán, general del ejército, a Reblata, a presencia del rey de Babilonia, el cual en [la misma] Reblata, territorio de Emat, les hizo quitar la vida (4 REG. 25,13-21).

Por tanto, acuérdate de la hoz que vuela y que se posa sobre la casa del que jura, y que destruye las maderas y las piedras; recuerda cómo este juramento, entrando que fue en la ciudad la destruyó, y las casas, y el Templo, y las murallas y convirtió en ruinas la ciudad, porque el juramento había sido violado.

Y efectivamente la ciudad era consumida miserablemente, mas el rey padecía cosas más tristes y miserables que éstas; y como la hoz volante aquella destruyó los edificios, así también alcanzó al rey que iba huyendo. Pues dice: *Huyó el rey Sedecías por el camino que va a las llanuras del Desierto (huyó de noche por el camino de la puerta, que está entre los dos muros, junto al jardín del rey, mientras los Caldeos estrechaban el cerco de la ciudad). Mas el ejército de los Caldeos fue persiguiéndole, y le alcanzó en la llanura de Jericó, y todos los soldados que le acompañaban fueron dispersados, y lo abandonaron. Hecho prisionero el rey, le condujeron a Reblata al rey de Babilonia, el cual pronunció sentencia contra él. E hizo matar a los hijos de Sedecías a la presencia de éste, y después sacarle los ojos, y atado con cadenas lo llevó consigo a Babilonia (4 REG. 25,4-7).* ¿Qué significa “el cual pronunció sentencia contra él”? –Pidíole cuentas, llámolo a cuentas, y primero degolló los hijos, para que presenciase la propia calamidad, y después que vio aquella tragedia lastimosa, entonces le arrancó los ojos.

Y ¿para qué se hace esto también? –Para enseñanza de los Babilonios bárbaros y de los Judíos que allí habitaban, para que los que ven, aprendan del cegado, cuán grande mal sea un juramento; y no sólo aquéllos, sino que también todos los habitantes cercanos al camino, al verle atado y ciego, conozcan el peso del pecado por la magnitud de la calamidad. Por eso otro de los profetas dice así: *le llevaré a Babilonia, a la tierra de los Caldeos; mas él no la verá (Ezq. 12,13); y otro: y será conducido por él a Babilonia (JER. 32,5).* Y cierto que las profecías parecen contradecirse; pero no es así: ambas cosas son verdad, pues no vio a Babilonia y fue conducido a Babilonia. Pues ¿cómo no vio a Babilonia? Porque en la Judea le fueron sacados los ojos. Porque allí donde el juramento fue quebrantado, allí mismo fue ven-

gado, y él mismo recibió la venganza. Y ¿cómo fue conducido a Babilonia? Hecho cautivo. Porque como eran dos las penas, la ceguera y el cautiverio, los profetas las distribuyeron; y el uno dice: “No verá a Babilonia”, expresando la ceguera del mismo; y el otro dice: “será conducido a Babilonia”, significando el cautiverio.

4. EXHORTACIÓN MORAL. Sabiendo, pues, estas cosas, mis hermanos, y recogiendo lo dicho ahora y recordando lo antedicho, cesemos ya de esta necia costumbre: os lo ruego y suplico a todos vosotros. Porque si antiguamente, cuando de los Judíos no se exigía una disciplina perfecta, antes bien había mucha indulgencia, por causa de un solo juramento hubo tanta ira, tanta ruina, tanto cautiverio: ¿qué será congruente que padezcan ahora los que juran, después de la ley que prohíbe hacerlo y de tanto aumento de lo mandado? Pues ¿acaso es esto lo que se busca, que acudamos a la sinaxa, reunión de fieles, y oigamos lo que se dice? En verdad esto es, ya motivo de juicio más grande, ya de pena inevitable, porque oyendo perpetuamente, no cumplimos lo que se dice. Pues ¿qué defensa tendremos, ni qué perdón, cuando desde la infancia hasta la senectud, acudiendo aquí y gozando de tantas enseñanzas, permanecemos a aquellos semejantes y no cuidamos de corregir un defecto? En adelante que nadie me alegue la costumbre: que por esto me indigno e irrito, porque no podemos vencer la costumbre. Y si no vencemos la costumbre, ¿cómo vencemos la concupiscencia, cuya raíz tiene principio en la naturaleza? El tener concupiscencia es natural, pero el desear malamente es cosa de la voluntad. Mas el jurar ni aun en la voluntad tuvo origen, sino tan sólo en la negligencia.

MARAVILLOSAS ARTES DE LOS CHARLATANES DE CIRCO. Y para que te des cuenta de que, no de la dificultad de la cosa, sino tan solamente de nuestra negligencia, ha procedido este pecado, pensemos que los hombres hacen cosas más difíciles que éstas, y sin esperar de ellas retribución alguna; pensemos las cosas que el diablo ha mandado, cuán trabajosas, cuán graves, y la dificultad no fue impedimento a sus mandatos. Porque pregunto yo: ¿Qué hay más difícil que, cuando un joven cualquiera que se entrega a los que desean ablandarle y torcer sus miembros, se empeña con asiduidad en doblar todo el cuerpo, como si fuera una rueda, y permanecer en el suelo, y por los ojos, y por el movimiento de las manos y por otras contorsiones pone empeño en aparentar que es del femíneo género, y no piensa ni en la dificultad de los actos ni en la ignominia de ellos resultante?, o bien

los que son arrastrados al circo y que usan de los miembros del cuerpo a manera de alas, ¿quién viéndolo no se admirara?, y los que alternativamente lanzan al aire espadas, y cogiéndolas otra vez todas con las manos, ¿a quién no confundirán de los que no quieren tomar trabajo alguno por la virtud?, o ¿qué se dirá de esos hombres, que llevando en la frente una pértiga, llévanla tan fija como un árbol arraigado en tierra? Lo admirable no es esto sólo, sino que hacen que unos niños pequeñuelos puestos en la punta de la vara entre sí luchen, y ni las manos ni otra parte del cuerpo, y sólo la frente más fuertemente que toda cuerda lleva aquella pértiga inmóvil. Otro, a su vez, anda sobre una cuerda delgadísima con tanta seguridad como quienes recorren campos llanos. Con todo, estas cosas que parecen imposibles aun de pensamiento, hanse hecho posible por el arte. Y yo pregunto: ¿En los juramentos, qué hay de estas cosas que podamos pretextar? ¿Cuál dificultad? ¿Cuál sudor? ¿Cuál arte? ¿Cuál peligro? Tan sólo un exiguo cuidado nos es preciso, y en breve nos habría quedado todo expedito.

Y no me digas: ya he dejado al corriente la parte mayor, sino que tú piensas que si no lo has cumplido todo, aún no has hecho cosas, pues eso poco despreciado es lo que ha destruido todo lo restante. Porque muchas veces los hombres que edifican las casas, y que las techan, no cuidando de quitar una teja rota, echaron a perder toda la obra. Y lo mismo puede cualquiera ver que sucede en los vestidos; porque un pequeño rasguño hecho en ellos y no cosido, hízose un rasgón grande. Y lo mismo sucede con los torrentes, muchas veces; porque también ellos, como tengan algún boquete de entrada, dan paso a todo el caudal.

Así es que tú también, aunque te hayas pertrechado por todas partes, no obstante si alguna parte ha quedado desguarnecida, tápasela también al diablo para que estés firmado por todas partes.

¿Has visto la hoz? ¿Has visto la cabeza de Juan? ¿Has oído la historia de Saúl? ¿Has oído el modo de la cautividad judaica? Pero con todas estas cosas has oído la sentencia de Cristo, que dice que no sólo el perjurar, sino que también el jurar de cualquier modo es diabólico y toda una maquinación del maligno (Mt. 5,33-34), ¿has oído que en todas partes a los juramentos siguen los perjuros? Digo, pues, que reuniendo todo esto, lo escribas en tu corazón. ¿No ves cómo las mujeres y los niños pequeños por gran defensa cuelgan del cuello los evangelios, y los llevan doquiera van? Tú escribe en el alma los

mandamientos y leyes del Evangelio: aquí no hay necesidad de oro ni de plata ni de dinero, ni hay que comprar el libro, sólo necesitas voluntad y afecto del alma expurgada, y tendrás el Evangelio más seguro, no llevándolo exteriormente, sino guardándolo en el fondo del alma. Levantándote, pues, del lecho y saliendo para tu casa, repite esta ley, a saber: *Yo os digo más, que de ningún modo juréis* (Mt. 5,34), y esta sentencia será para ti enseñanza idónea; pero que además no exige mucho trabajo, sino mediana atención.

Y que es así verdad, está clarísimo por esto. Llamando a tu hijo, aterrorízale y amenázale que le castigarás si no cumple esta ley, y verás cómo al momento desistirá de esta costumbre. Pues ¿cómo no será absurdo, si los niños pequeños, temerosos de nosotros, cumplen el mandamiento, y que nosotros ni siquiera temamos a Dios, como ellos nos temen a nosotros? Pues lo que arriba dije, repito ahora. Impongámonos a nosotros mismos la ley de no tratar los negocios tanto públicos como privados hasta que cumplamos esta ley, y empujados por la necesidad, fácilmente venceremos, y nos adornaremos a nosotros y a la vez engalanaremos toda la ciudad. Porque piensa en lo que significa que por toda la tierra se oiga esto: en Antioquía ha prevalecido la costumbre propia de los Cristianos, y allí no oírás que nadie, por más apurado que se vea, diga un juramento. Ciertamente oirán esto las ciudades vecinas; no digo bien, no sólo a las ciudades vecinas, sino que a los mismos confines de la tierra llegará esta palabra: porque es natural que los mercaderes, que están entremezclados con vosotros y que parten de aquí a otros lados, han de anunciar también a otros todo esto. Así pues, como muchos para enaltecer las ciudades recuerdan los puertos y plazas y mercados abundantes, a los que de aquí parten dadles para contar que en Antioquía hay lo que no se puede encontrar en ningunas otras ciudades, porque los habitantes de aquella ciudad preferirían que se les corte la lengua antes que su boca diga un juramento. Esto será para vosotros un honor y una defensa, y no esto sólo, sino que os proporcionará una recompensa grande: porque todos os han de emular e imitar. Y si quien ganare a uno o dos recibirá de Dios tanto premio, al enseñar a todo el mundo, ¿cuántos premios recabareis?

Hay, pues, que cuidar y vigilar y ser sobrios, sabedores de que no sólo por los propios adelantos, sino también por los ajenos, recibireis la máxima retribución de los merecimientos y conseguireis delante de Dios mucha benevolencia. La cual conseguida para siempre por todos

nosotros séanos dado el gozar del reino de los cielos en Jesucristo
nuestro Señor.

HOMILÍA 20

1. Camina ya de prisa el tiempo hacia el fin del ayuno; por tanto, nosotros también dediquemos nuestro trabajo para la virtud con mayor empeño, pues que así como a los corredores que han corrido muchos estadios, no les corresponde ninguna ventaja, si no obtienen el premio, así ningún provecho tendremos de los muchos trabajos y sudores empleados en el ayuno, si no podemos disfrutar de la sagrada mesa con pura conciencia. Pues por esto se han recibido el ayuno, y la cuaresma, y las sinaxas de tantos días, y las audiciones, y las preces, y las doctrinas, para que limpiados por este esmero los crímenes que durante este año se nos han adherido de alguna manera, participemos con espiritual confianza de aquel incruento sacrificio. Porque si esto no logramos, temeraria, vana e inútilmente hemos tolerado tantos trabajos. Piense, pues, cada uno en sus adentros qué defecto ha corregido, qué virtud ha adquirido, qué pecado ha depuesto, qué mancha ha lavado, en qué se ha hecho mejor de algún modo; porque si encontrar que estas hermosas mercancías han sido aumentadas por el ayuno, y está cierto que a las heridas ha dado muchísima curación, acérquese. Pero si negligente sólo puede aquí ostentar el ayuno, y no puede probar que en algunas otras cosas se haya enmendado, quédense fuera, y entonces entre, cuando se haya purgado de todos los pecados. (Nadie tenga confianza en el ayuno solo, quien ha estado apegado a los pecados sin enmendarse.) Bien puede quien no haya ayunado conseguir perdón habiendo alegado como excusa la debilidad corporal, pero el que no haya corregido sus delitos es imposible que presente tal excusa.

LA DEBILIDAD CORPORAL ¿DE QUÉ PRECEPTOS NOS EXCUSA DE OBSERVARLOS? No has ayunado por razón de la flaqueza del cuerpo; pero dime: ¿por qué no te has reconciliado con tus enemigos? ¿Es que para esto tiene que pretextar la enfermedad del cuerpo? Además, si guardas odio y envidia, ¿qué excusa puedes alegar? En manera alguna

es lícito en tales delitos refugiarse en la flaqueza del cuerpo. Y esto es la obra de la humanidad de Cristo, que los preceptos principales y que contienen toda nuestra vida en nada estén perjudicados por la enfermedad corporal. Además, porque necesitamos igualmente de todas las sagradas leyes, y en primer término de aquella que prohíbe las enemistades y la perpetuidad de los rencores, y al contrario manda reconciliarse al momento, vamos a disputar desde luego ahora de este mandamiento.

Pues como al fornicario y blasfemo es imposible que se le haga peticionero de la sagrada mesa, lo mismo también al que fomenta enemistades, o es pertinaz en la ira; éste no puede gozar de la santa comunión, y esto no sin motivo. Porque el que ha fornicado o ha cometido adulterio, tan luego como se satisfizo, puso fin al pecado; y si arrepintiéndose quisiera levantarse y diere señales de grande penitencia, alcanzará alguna consolación; mas el que es pertinaz en la envidia, diariamente hace el pecado y nunca lo acaba. Allí a la vez que el crimen se completó el pecado; aquí cada día se intenta el mismo crimen: ¿pues qué perdón esperaremos los que nos hemos rendido a tal monstruo? ¿Cómo pedirás que Dios se te muestre manso y afable, siendo tú tan severo e inexorable para con tu consiervo? Demos que te haya contumeliado: sea así. ¿Acaso tú no contumelias muchas veces a Dios? Pero ¿qué paridad pones entre el señor y el siervo? Ahora bien: éste a las veces, contumeliosamente tratado, respondió quizá con contumelias, y estuvo exasperado; tú al señor tratas contumeliosamente, no ciertamente en algo por él perjudicado, antes alcanzado a diario de perpetuos beneficios.

Piensa, pues, que si quisiera Dios en contra tuya pesquisar cuidadosamente lo que has cometido contra él, ni tan siquiera un día viviríamos. Pues dice: *Si te pones a examinar, Señor, nuestras maldades: ¿quién podrá subsistir, oh Señor?* (Ps 129,3). Y omitiendo todos los otros pecados conocidos solamente por la conciencia del pecador, y que fuera de Dios por ningún otro testigo teme, si de éstos, que son claros y públicos, pidiéramos cuenta, qué indulgencia, pregunto yo, podríamos esperar, si para oírnos pesase nuestra inercia y negligencia en las prees, puesto que estando en su presencia e invocándole, no damos muestras de tanto respeto y reverencia cuanto los siervos ante los señores, los soldados ante los jefes, o los amigos a los amigos?, porque cuando hablas con un amigo, lo haces con atención; mas cuando tratas de tus pecados, y pides la condonación, y ruegas se te perdo-

nen, en el mismo momento te emperezas, y puestas en tierra las rodillas, permites a tu pensamiento divagar por la plaza muchas veces, otras muchas por las casas, mientras que tu boca temeraria e inútilmente está gárrula hablando; y esto nos sucede no una ni dos veces, sino con frecuencia, pues si esto tan sólo quiere Dios pesar, ¿crees tú que obtendremos perdón? ¿Acaso podremos hacer prevalecer algo que nos purgue? Tengo para mí que esto no es posible.

2. Y ¿qué decir, si presentase en público los ultrajes con que unos a otros herimos, y los juicios impertinentes con que al prójimo condenamos, y esto sin ninguna otra causa que el ser nosotros maldicientes; ¿qué podremos aducir en defensa nuestra, pregunto yo? Además, si examina nuestras miradas curiosas y las malas concupiscencias del ánimo, al instante imbuidas de torpes e inmundos pensamientos, mientras dejamos vagar los ojos por todas partes sin observación ninguna, ¿qué pena sufriremos? Y si se nos pide cuenta de nuestros ultrajes (pues dice: *Quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno* (Mt. 5,22), ¿podremos acaso ni abrir la boca ni despegarla y responder ni mucho ni poco? Pues qué, si se examinan nuestras vanaglorias de las oraciones, o ayunos, o limosnas, no por Dios, sino por nosotros mismos que hemos pecado: ¿Nos atreveremos ni a mirar al cielo? Y si además se forma juicio de los dolos que unos tramamos contra otros, unas veces alabando al hermano presente, y trabando conversación con él como con un amigo, otras recriminándole en ausencia: ¿Es que seremos iguales en el castigo de este modo? Y ¿qué diré de los juramentos, mentiras, perjurios, injusta ira, venganza, envidia con que muchas veces envidiamos a personas conspicuas, y no tan sólo a las enemigas, sino hasta a las amigas? ¿Qué de que nos alegremos y deleitemos de los males ajenos y pensamos que la desgracia de otros es un consuelo de nuestro infortunio?

LAS CONVERSACIONES ESTÁN PROHIBIDAS EN LAS ASAMBLEAS ECLESIASTICAS. Y si se nos pide razón de nuestra pereza en la sagrada colecta, ¿qué padeceremos? Porque vosotros no ignoráis que, mientras Dios mismo habla con todos nosotros por medio del profeta, sostenemos muchas y largas conversaciones con los vecinos y próximos, y de cosas que en nada nos atañen. Si pues, dejadas aparte las otras cosas, se pide para este delito un suplicio igualado, ¿qué otra cosa habrá para que se espere salvación?

No estimes que éste es un crimen pequeño: pues que si deseas mirar despacio su magnitud, hay que mirarlo en los asuntos humanos.

Atrévete, cuando el pretor te dirige la palabra, y hasta un amigo algo más acomodado que tú, dejándole a él, a ponerte de conversación con uno de los siervos, y verás entonces a qué gran crimen te atreves cuando haces esto mismo con Dios. Y si ningún hombre de honor despreciaría esta especie de contumelia, Dios, no obstante, molestado diariamente con las mismas y mayores injurias, y no por uno, dos o tres solamente, sino casi por todos nosotros, persevera en su mansedumbre y tolerancia, y la conserva no tan sólo con respecto a éstos, sino también con relación a otros más graves. Pues éstos son delitos confesados y manifiestos, que poco más o menos todos señalan; pero hay también otros de los que cada pecador es consciente en su alma. Y si revolvemos mentalmente todos éstos, aunque seamos cruelesísimos y atrocísimos, si consideramos la muchedumbre de nuestros pecados, a causa del miedo y ansiedad ni siquiera tendrá ocasión de acordarse de las ofensas recibidas. Acuérdate del río de fuego, del gusano venenoso, del juicio horrendo, en el que todo quedará patente al descubierto: piensa que lo que ahora está escondido, entonces saldrá todo a la luz. Mas si perdonares al prójimo los pecados, esas cosas que entonces se han de tapar, ya serán abolidas en este siglo y saldrás no arrastrando contigo tus pecados, en tanto que recibirás mucho más que has dado. Muchas veces delinquimos de este modo en muchas cosas de las que nadie es sabedor: después, cuando pensamos que en aquel día se expondrán públicamente a la vista de todos en el concurso universal del orbe los pecados nuestros, juzgamos eso por más triste que el suplicio mismo, acreciendo y remordiéndonos la conciencia. Tanta vergüenza, tantos pecados, tan grandes castigos pueden pagarse por medio del perdón de la ofensa: pues nada hay que sea igual a esta virtud. ¿Quieres conocer su eficacia? Dice: *Aun cuando Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no se doblaría mi alma a favor de este pueblo* (JER. 15,1). Con todo a los que no pudieron Moisés y Samuel librar de la ira de Dios, pudo librarlos la observancia de este mandamiento; y por lo tanto, a los que dijo estas cosas, mandó con asiduidad diciendo: *Nadie piense mal en su corazón contra el prójimo*, que la VERSIÓN ALEJANDRINA pone así: “Cada uno que no se acuerde en su corazón de la malicia de su hermano” (ZAC. 7,10): *y ninguno maquine en su corazón injusticia contra su prójimo*. V. A.: “De los maleficios del prójimo cada cual no se piense” (ZAC. 8,17). No dijo simplemente PERDONA, sino para que ni en la mente lo retenegas, para que no pienses, ABANDONA TODA IRA, SAJA LA ÚLCERA: porque

mientras imaginas la venganza, a ti el primero te atormentas, lo mismo que si te hubieses puesto a la ira por verdugo, que tú te desgarras tus entrañas.

QUIEN NO REFRENA LA IRA VIVE EN TORMENTO. Porque ¿hay algo más miserable que un hombre continuamente airado. Así como los furiosos nunca gozan de tranquilidad; así quien está enemistado con otro y le tiene enemiga jamás disfruta de paz alguna, requemándose perpetuamente, agrava la tempestad de los pensamientos por días, pesa y pondera las palabras y las acciones, y hasta se contraría del nombre de quien hizo la injuria. Con sólo oírlo nombrar, se enfurece de repente con gran tormento de su ánimo, y tiembla y se horroriza a la sola vista de él, lo mismo que si estuviera en agonía, y si ve algo que le pertenezca, el vestido, la casa, la calle, está atormentado con la vista de ello; y así como las cosas de nuestros predilectos y queridos, vestidos, presencia, calzados, casa, y hasta la calle, tan luego como son vistos, suelen alegrarnos; así también de los hombres enemigos y odiados un siervo, un amigo, la casa, la esquina de la calle, que se presente a la vista, o cualquier otra cosa, corroe las almas y unos a otros acumula los golpes tan pronto como ha sido visto.

3. Pues ¿para qué se necesita de tal cerco del alma, de tantos tormentos y de tal suplicio? Porque no había de amenazar el infierno a los atormentados de odio, y al menos por el tormento del odio mismo habrían de condonarse los pecados de los prójimos; pero estando reservados suplicios eternos, ¿qué habrá más insensato que el castigarse aquí y allí, cuando cree uno que toma venganza del otro? Ya si le vemos que prospera, morimos de tristeza; y si afligido, tememos que por un acaso no cambie a mejor la suerte: la pena de ambas culpas, que no se puede quitar con súplicas, se nos ha impuesto. Dice la Escritura: “No te alegres de la caída de tu enemigo, ni se regocije tu corazón en su ruina” (PROV. 24,17).

No me alegues la mole de las injurias recibidas: porque no es eso lo que en ti causa la pertinencia en la ira, sino el que te acuerdas poco de tus pecados y el que no tienes ante los ojos el infierno o el temor de Dios. Mas para que aprendas que esto es verdad, tomaré los documentos de lo sucedido en esta ciudad.

Porque cuando los reos de aquellos crímenes eran llevados al tribunal, y dentro se encendía la llama, estando alrededor los verdugos que desgarraban los costados, si alguien allí presente hubiese hablado a ellos desde el lado opuesto de esta manera: Si tenéis enemi-

gos, dejad la enemistad y podremos libraros de ese suplicio, ¿acaso no se habrían echado a los pies de aquél y le hubieran besado?. Aun más, ¿qué digo a los pies? Si se les hubiese propuesto la servidumbre, ni esta condición habrían desdeñado. Ahora bien: si la pena humana, que tiene fin, supera toda ira, mucho mejor el suplicio futuro, si su recuerdo estuviese siempre adueñado de nuestras almas, excluiría del ánimo no sólo las enemistades, sino todos los malos pensamientos. Dime, te pregunto yo: ¿qué es más fácil, perdonar toda ira al hombre que te haya ofendido (o el vengarse de todos modos)? Porque para esto no hay necesidad de largas peregrinaciones, ni gasto de dinero, ni de súplicas a otros; es suficiente que tú quieras solamente, y con esto aquella virtud ha completado su obra. Así pues, ¿qué castigo no mereceremos si, por las penas temporales, ora sufrimos como siervos, ora rebajando la dignidad servimos, gastamos el dinero, confabulamos con los porteros, para adular a hombres malvados, finalmente todo lo decimos y lo hacemos para sacar adelante lo propuesto, y para cumplir la ley divina, al hermano que ofendió, no sólo no sufrimos el rogarle, sino que tenemos como oprobio el ir los primeros a él?

¿Pero es que tienes tú por oprobioso el que seas el primero en reportar el lucro? Antes bien debe servir de vergüenza, si persistes en aquel afecto y esperas hasta que el autor de la injuria acuda a ti para reconciliación: eso es oprobio, eso vicio, eso un gran daño. Porque el que primero viniere, éste anticipa toda la ganancia. Pues que si, rogado de otro, depones la ira, la buena obra se imputa a aquél, ya que no para obedecer a Dios, sino para ser bienquisto del otro, has cumplido la ley; pero si no intercediendo ninguno, ni acudiendo y rogando el que te dañó, tú mismo, desechada toda vergüenza, acudieses al autor de la injuria y disipares tus enojos contra él, totalmente te corresponde aquella obra debida, y tú mismo recibirás toda la recompensa. Si te dijere yo: ayuna, luego me pones delante la debilidad del cuerpo; si dijere: da al pobre, alegas en contra tu escasez y la carga de educar los hijos; si dijere: ocúpate algún tanto en la sagrada sinaxa, opones las obligaciones temporales; si dijere: escucha sermones y profundiza en la fuerza de la doctrina, te excusas con tu impericia; si dijere: cuida de enmendar al otro, me respondes que no obedecerá a tus advertencias: que muchas veces te ha despreciado cuando hablabas. En verdad que son frías todas estas excusas; pero con todo son excusas. Pero si te dijere: depón la ira, ¿cuál de estas causas podrás alegar? No la debilidad del cuerpo, no la pobreza, no la impericia, no las ocupaciones,

con seguridad nada de esto puede oponerse: por tanto, este pecado en manera alguna merece perdón.

DIOS NO NOS PERDONA SI NO PERDONAMOS A LOS OTROS. ¿Cómo podrás extender las manos al cielo, mover la lengua y pedir perdón? Porque si quisiere Dios condonarte los pecados, tú no lo permites, reteniendo el ánimo ofendido en contra de un consiervo. —Pero dices: es cruel, feroz, codicioso de castigo y venganza. —Pues por lo mismo, perdona los pecados. Has soportado muchas injurias, de muchas cosas has sido despojado, con frecuencia has oído insultos, has sido perjudicado en cosas muy importantes, y por tanto deseas el castigo del enemigo. Pues bien, para esto mismo te es útil el condonar las ofensas. Porque si tú mismo te aplicas a vengarte y por ti tomas venganza, ya sea de palabra, ya de obra, ya con imprecaciones, Dios mismo desiste de tomar venganza, ya que tú cuidas solícito de la vindicta de ti mismo; más aún, no sólo no proseguirá el castigo de las injurias que te fueron inferidas, es que de ti exigirá un castigo, por haber sido injuriosamente tratado.

4. Porque si entre los hombres sucede esto, que azotado por nosotros un siervo ajeno, su dueño se indigna, y dice que esto es una injuria; lo mismo que, si somos maltratados con injurias por siervos o por personas libres, hay que esperar la sentencia de los jueces y dueños; si pues en las cosas humanas nadie se toma con seguridad la venganza por sí mismo, ¿cuánto más habrá de observarse eso en aquellas en que es Dios mismo el vengador establecido?

Pero es que te ha injuriado y dañado el prójimo y te ha causado males sin cuento: pues tú guárdate de intentar castigo de tu parte, para que no trates a tu Señor contumeliosamente; deja esto a Dios; El administrará su asunto mucho mejor que tú deseas.

NO SE HAN DE ECHAR IMPRECACIONES EN CONTRA DE LOS ENEMIGOS. A ti sólo se te ha mandado que hagas preces en favor del que te ofendió; mas lo que haya de determinar acerca de él, ha mandado que esté reservado para sí. Jamás tendrías tú tales vindictas cuales en provecho tuyo ha establecido El, si tú le confías tu derecho y no echas imprecaciones contra el enemigo, sino que le dejes a El árbitro del juicio: porque bien sea que perdonemos las injurias, bien que nos reconciliemos, bien que hagamos oración por nuestros enemigos, como éstos no se hayan convertido y mudado a mejores, Dios mismos no los perdonará; pero no los perdonará cuidando del provecho de ellos. A ti, empero, alaba y abraza tu manera de proceder; mas a él castiga,

para que por tus obras no se vuelva él peor. Por lo cual es necia aquella sentencia del vulgo: es que muchos a quienes amonestamos sobre reconciliación, cuando no les gustaba obedecer, dieron ésta por excusa, la que no fue otra cosa que un pretexto de su malicia; y dicen que no quieren reconciliarse, para no hacer peor al enemigo, para no experimentar después que se haya hecho más acerbo y despectivo.

Además añaden también que, en opinión del vulgo, se cree que el acudir los primeros a la reconciliación y aplacamiento del enemigo es por cobardía. Todo esto es infundado, vano; porque aquel ojo que no se cierra nunca, ve tu alma, y por consiguiente no debemos cuidarnos de las hablillas de los consiervos, si persuades al juez que ha de juzgar tu causa. Mas si tienes el cuidado de que no se haga él peor con tu bondad, quiero que sepas que no se hará él peor por esto, antes se emperrará en ser peor si no le aplacas: porque aun cuando sea el más malvado de los mortales, aunque nada diga ni en público muestra, no obstante en sus adentros aprobará tus maneras de obrar y en su conciencia respetará tu mansedumbre. Mas si permaneciere en su maldad, y no se ablandare con tus manifestaciones de blandura, recibirá de Dios el mayor castigo. Mas para que aprendáis que aunque roguemos nosotros a Dios no les perdona los pecados, si por nuestra tolerancia se hacen peores, os recordaré una antigua historia.

María murmuró de Moisés. ¿Qué hizo Dios entonces? La hizo leprosa e inmundada (legalmente), aunque por lo demás era buena y limpia, casta; después, rogando Moisés, que es quien había recibido la ofensa, para que le fuese perdonado el crimen, Dios no quiso, y ¿qué dijo? *Si su padre le hubiere escupido en la cara, ¿acaso no debiera siete días por lo menos estar sonrojada? Que esté preparada siete días fuera del campamento* (NÚM. 12,14). Y esto es lo que dice: si hubiese tenido padre y éste la hubiese retirado de su presencia, ¿no toleraría ella esta reprensión? —Yo ciertamente alabo tu piedad de hermano, tu mansedumbre y afabilidad, pero yo conozco cuándo convenga librarla de esta pena.

Por tanto, también tú manifiesta para con tu hermano toda humanidad, y no perdones las ofensas con deseo de venganza mayor, sino por caridad y con ánimo benigno. Para ti ten por cierto esto, que cuanto más haya despreciado tus industrias para aplacarle, tanto mayor pena se amontona. Tú ¿qué dices? ¿Qué se hace peor al tratarlo? Eso en él es un crimen, mas para ti es un encomio, que viendo que se haría tal, con todo no te abstuviste de tratarle para cumplir la voluntad

divina: es crimen suyo, porque a pesar de tu bondad en nada se ha vuelto mejor que antes. Mas dice Pablo que es mucho más deseable que otros sean inculpados a causa de nosotros, que no nosotros a causa de los otros.

Y no me digas estas frías palabras: He de temer que se va a pensar que el haber acudido a su encuentro ha sido motivado por el miedo, y luego se permitirá mayores altanerías. Cosas son éstas propias de un ánimo pueril y cobarde, y que se espanta de lo que piensen los hombres. Demos que piense que por miedo has acudido a su encuentro: que así tu recompensa ha de ser mayor, porque conociendo esto, no obstante pasas por todo a causa del temor de Dios. Empero, quien a caza de la fama humana ha hecho la reconciliación, pierde la ganancia de ser remunerado; pero quien tiene del todo conocido que muchos ora se burlarán, ora vituperarán, y no obstante ni así se retira de la reconciliación, tendrá duplicada y triplicada corona. Y éste es principalmente el que lo hizo por Dios.

No me digas que te ha inferido estas y aquellas injurias: porque aunque cuanto malo hay entre los hombres hubiera él aprovechado en contra de ti, también en este caso mandó Dios perdonar las ofensas.

5. QUIEN ESTÉ ENEMISTADO NO SE ACERQUE A LA SAGRADA MESA. Lo predico, lo atestiguo, y con alta voz exclamo: nadie que tenga enemigo (esté enemistado), se presente al sagrado convite ni reciba el Cuerpo de Cristo; ninguno que se acerque tenga enemistad. ¿Estás enemistado? No te acerques. ¿Quieres acercarte? Reconcílate y después toma el sacramento. Mas no, no yo, sino antes bien el Señor, que fue crucificado en provecho nuestro, dice esto; para reconciliarte con el Padre, no rehusó ni el ser sacrificado, o derramar la sangre; y tú para reconciliarte con un siervo, ¿ni una palabra quieres soltar, o ser el primero en acercarte? Escucha lo que de tales dice el Señor: *Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti* (Mt. 5,23), no dijo: espera hasta que él venga a ti, o hasta que tengas algún buen componedor, o le envíes algún rogador; sino dijo: tú mismo ve a su encuentro: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Ib. 5,24). ¡Oh cosa increíble! No toma él por ignominioso que se deje el don a El destinado, y tú tienes por contumelia si eres primero en acudir a la reconciliación. Dime, te lo pido, ¿qué perdón hay para estas cosas? Si ves un miembro cortado, ¿no es verdad que haces cuanto puedes para pegarlo al cuerpo? Haz lo mismo entre tus hermanos: cuando los vieres cortada

su amistad, separados por enemistad, date prisa a abrazarlos, no esperes a que ellos vengan a ti, date prisa para ser primero y recibir el premio, la brabeza.

UN SOLO ENEMIGO TENGAMOS, EL DIABLO. Un solo enemigo se nos ha mandado tener, el diablo; con él nunca te pongas a razones, mas para con el hermano jamás estés malquisto, pero si se hubiese presentado alguna ofensilla, que no dure más de un día, y que no exceda el tiempo de un día. *No sea que se os ponga el sol estando todavía airados* (EPH. 4,26). Si antes del anochecer depones la cólera estomagada, tendrás algún perdón de Dios; pero si tu bilis dura más tiempo, esta enemiga no tiene origen en la ira e indignación que de repente te invade, sino en la malicia y en el alma perversa y medianera de crímenes. No es sólo lo grave que te despojas del perdón, sino que te haces más difícil el ejercicio de esta manera de virtud: porque en un día que pasa, el vicio se hace grandecito, en el segundo aumenta; pero como vea la luz del tercero y cuarto día, se sumará la del quinto. Después los cinco hácense diez, y los diez, veinte; los veinte, ciento, y en adelante, la herida es incurable: y cuanto más tiempo se añade, tantos más intervalos nos separan.

Guárdate, oh hombre, de estos irracionales afectos, ni te avergüences ni te sonrojes, ni hables de este modo: Un poco hace que hemos reñido, diciéndonos mil perrerías y ultrajes: ¿Y voy al instante a irle al encuentro para reconciliarnos? ¿Quién no vituperará mi ligereza? —Ninguno que sea cuerdo condenará tu condescendencia, pero como permanezcas implacable, entonces sí que todos se te reirán, entonces sí que das ancha entrada al diablo: pues no sólo por razón del tiempo se hará la reconciliación más difícil, sino también por las cosas que van saliendo entre tanto. *Porque la caridad cubre muchedumbre de pecados* (1 PET. 4,8); pero así también la enemistad convierte en delitos aquellas cosas que de su natural no lo son, de tal manera que todos los que recriminan, los que se gozan de los males ajenos, y que hacen pasar de un lugar a otro los defectos ajenos, luego encuentran crédito de esta manera.

Conociendo pues esto, ataja al hermano y detenle antes que del todo se vaya, aunque sea preciso que aquel día recorras toda la ciudad, aunque hayas de salir fuera de las murallas, aunque se haya de hacer largo camino; dejando todo cuanto tienes entre manos, cuida de esto sólo, de que te reconcilies con el hermano. Y si es negocio arduo, piensa que por Dios padeces esto, y recibirás completa consolación, y

despierta al alma que rehuye, tiembla y se sonroja, y repítele continuamente así: ¿Por qué te detienes? ¿Por qué le esquivas y lo dejas menospreciado? No se trata de dinero, no de las otras cosas pasajeras sino de nuestra propia salvación. Dios mandó que esto se ha de hacer; pospóngase pues todo a sus mandamientos.

En esto hay una especie de espiritual mercado: no andemos vacilantes y perezosos; entienda el enemigo que hemos puesto mucho empeño en atenernos a la voluntad de Dios; después ya infiera contumelias, ya azote, ya haga algo más acerbo todavía, soportémoslo todo con valentía generosa como que no tanto a él cuanto a nosotros mismos nos hacemos gratos; esto es lo que con preferencia a todas las virtudes se nos recompensará en aquel día.

En muchas cosas hemos delinquido, grandes son las ofensas, y hemos irritado a nuestro Señor; por su humanidad nos ha dado este camino de reconciliación; no dejemos pues abandonado este pulcro tesoro. ¿Acaso no tenía potestad para mandar la reconciliación sin proponer recompensa alguna? Porque nadie hay que le contradiga; no obstante, por su mucha benignidad nos ha prometido una merced, pero grande, pero inefable, y la que más deseamos, a saber: el perdón de nuestros pecados, y además nos facilitó grandemente esta obediencia.

6. Pues, ¿qué perdón tendremos si habiendo de recibir tanto premio, ni aun así obedecemos al legislador, sino que perduramos en ese desprecio? Y que sea desprecio es patente por esto. Si el Emperador hubiera dado una ley para que todos los enemigos se amistasen, o si no que fuesen condenados a muerte, ¿no es seguro que todos se darían prisa a las mutuas reconciliaciones? Yo al menos así pienso. Pues ¿tendremos perdón de Dios si ni siquiera tributamos tanta reverencia al Señor cuanta a nuestros consiervos tributamos? Por esto mismo se nos mandó decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Mt. 6,12).

MANERA DE RECONCILIARSE. ¿Habrá algo más suave, más humano que el mandamiento? A ti ha hecho juez en la condonación de tus crímenes; si perdonas pocos, pocos se te perdonan; si muchos perdonas, se te perdonan muchos; si de corazón y sinceramente perdonas, del mismo modo te perdona Dios; si además de darle el perdón lo tienes a él por amigo, de idéntica manera te tratará Dios, de modo que cuanto más alguno haya pecado contra ti, tanta mayor razón de que debes darte prisa a la reconciliación, puesto caso que el mismo es

causa de este modo para que a nosotros se nos condonen mayores crímenes. ¿Quieres saber que para nosotros no habrá perdón alguno, si recordamos las iras, y que no hay quien nos libre, si somos así? Manifestaré lo que digo.

El prójimo te dañó, arrebató los bienes, embargó, defraudó; no digo eso sólo, sino también otras cosas mayores que éstas, y añade tú a tu gusto cuanto quieras: ha querido matarte, te ha tendido mil lazos, te ha injuriado de todas maneras, y no ha dejado de intentar absolutamente nada de la malicia humana (despojándote de todo auxilio humano). Pues para no recorrer una a una todas las cosas, supón que te haya ofendido con una injuria tal cual ninguno jamás ofendió a otro. Ni aun así, si conservas rencor, serás digno de perdón. De qué manera suceda esto, yo lo diré.

Si un siervo tuyo te estuviera adeudado en cien monedas o escudos de oro, mas a él otro le debiera unos pocos siclos de plata, y aquél te pidiese con insistencia la condonación de la deuda; si luego tú hubieses mandado a tu siervo que librase de su obligación a su deudor, y que a la vez a él le hacías gracia de su deuda, que es de cien escudos de oro, y éste después, avergonzado y perverso, ahogase a su deudor, ¿quién le libraría de tus garras? ¿No le aplicarías muchos más castigos, como ofendido que estás con una injuria sin igual? Y con mucha razón.

CUAN GRANDE ES EL PREMIO DE LA RECONCILIACIÓN. También Dios hará lo mismo: pues te dirá en aquel día: ¡Siervo malo y más que criminal! No hubieras perdonado de lo tuyo, sino de lo mío, que tú me debías; se te mandó que perdonases la deuda ajena. Pues dice: perdona y te perdono. Ahora bien, si no lo hubiera añadido, debía perdonarse, para obedecer al Señor; mas ahora no he mandado como Señor, sino que como amigo he pedido un favor, y esto de lo mío, y he prometido que condonaría mayores deudas: mas ni así se ha hecho mejor. Los hombres, empero, cuando tal hacen, cuentan por recibido en sus siervos tanto cuanto fue la deuda, por ejemplo: un siervo debió al señor cien escudos de oro, y tenía a su vez otro deudor de diez áureos; si le perdona la deuda, el amo no le perdona cien, sino diez escudos solamente, y los restantes lo exige. Pero Dios no hace eso mismo; mas si condonas al consiervo tuyo lo poco, a ti te condona el total todo. Que ¿cómo consta? Por la misma fórmula deprecatoria, que dice: *Si perdonáis a los hombres las ofensas que cometen contra vosotros; también vuestro Padre celestial os perdonará vuestros*

pecados (Mt.6,14). Pero la diferencia que hay entre cien denarios y diez millares de talentos, hay también entre aquellos (de los prójimos) y estas deudas (nuestras).

Así, pues, ¿de qué castigo no serías merecedor tú, que recibirás perdón de diez mil talentos por los cien (denarios) y ni aun así perdonas estas pequeñeces, sino que vuelves en contra de ti tus preces? Pues habiendo tú dicho: *Perdónanos... así como nosotros perdonamos* (Mt. 6-12), si tú no perdonas, nada más pides a Dios, sino que te excluya de toda excusa y perdón.

Además, dices, no me atreveré a decir: perdóname, como perdono; ya diré sólo: perdóname. Y entonces ¿qué? Aunque tú mismo no lo digas, Dios sin embargo así lo hace, y de la manera que perdonas, así perdona. Porque lo pone en claro por lo que a renglón seguido deduce: *Pero si vosotros no perdonáis a los hombres; tampoco vuestro Padre os perdonará los pecados* (Mt. 6,15). No pienses, pues, que es cautela si no pronuncias íntegra la oración, y no hagas la oración a medias, sino así como la instituyó, así rézala, para que la fuerza de las palabras, espantándote diariamente, te obligue a conceder el perdón al prójimo.

Ni me digas: Le he dirigido la palabra, muchas veces he rogado, he suplicado, pero no he podido lograr la reconciliación; no te retires antes de reconciliarte. Pues el Señor no ha dicho: deja este don, y ve a suplicar a tu hermano, sino: *Ve primero a reconciliarte con tu hermano* (Mt. 5,24); por lo cual, aunque hayas empleado muchas súplicas, no desistas hasta que le hayas persuadido.

Está Dios todos los días pidiéndonos con instancia y no le oímos, y no por esto desiste en la instancia, y tú ¿te desdeñas de insistir con el conservo? Dime, ¿cómo podrás ser salvo? Ahora bien: muchas veces has rogado, y muchas has sido rechazado; pero tanta mayor merced recibirás. Porque cuanto él más contumaz y tú más perseverante en solicitarlo, tanto más acrecienta tu retribución; además, cuanto con mayor dificultad cumple esta obra virtuosa, y más costosamente se instaura la reconciliación, tanto serán para él más duro el juicio, y para ti más espléndidas las coronas de tu tolerancia. Estas son cosas no para ser alabadas solamente, sino para que sean puestas por obra, y no nos retiremos antes que hayamos vuelto a la antigua amistad. Porque no es bastante no dañar, no injuriar en modo alguno al enemigo, y que no tengas malos designios en contra del enemigo; pues es de intentarse que también tenga él benevolencia para con nosotros.

7. Porque oigo a muchos que dicen: Yo en nada estoy enemistado, nada me duele y no tengo nada que ver con él. Pero es que no es lo mandado por Dios el que nada tengas con él, sino al contrario, que tengas muchas cosas con él comunes. Pues por esta causa es hermano tuyo; por esta causa no dijo: Perdona a tu hermano lo que tengas en contra suya, sino: Ve primero y reconcíliate (Mt. 5,24), y si él tiene algo en contra de ti, no dejes lo empezado antes que aquel miembro unido por la concordia convalezca. Pero tú, para comprar un siervo hombre de bien, no sólo cuentas el oro, sino que diriges tus tratos a muchos mercaderes, y a veces emprendes largas peregrinaciones; mas para hacer amigo al enemigo, ¿cómo no haces y lo remueves todo? Respóndeme.

Pero, ¿cómo podrás invocar en las preces a Dios, cuya ley tanto desprecias? La posesión de un siervo despreciable no puede proporcionar grandes emolumentos; mas por el contrario un enemigo hecho amigo no sólo hacemos a Dios propicio y benévolo, sino que fácilmente destruye los pecados, y merece alabanza entre los hombres, y concilia grande seguridad a nuestra vida: porque nada hay más peligroso que el tener aunque sólo sea un enemigo. Pues se mancha la fama de nuestra vida cuando él mil veces nos recrimina delante de todos, y se perturba nuestra mente y conciencia, y sostenemos una continua tempestad con los ánimos.

Conocidas, pues, como tenemos todas estas cosas, librémonos de la pena y suplicio, y la presente festividad (=la Pascua del año 387) respetémosla con todo lo dicho, y lo que mediante su gracia deseamos obtener del Emperador, eso lo concedamos también a los otros. Pues ya oigo a muchas que el Emperador, para honrar la festividad de Pascua, recibirá en su gracia y favor a la ciudad y perdonará todas las ofensas. ¿Cómo pues, pregunto yo, cómo no será inicuo que para alcanzar de otros salvación quieras que se reverencie la festividad de Pascua; pero cuando se nos manda reconciliarnos, en nada cuidamos de estos días y no los honramos de ningún modo? Porque nadie contamina tanto estas reuniones sagradas de Pascua como el que las celebra con odio; más digo, ni puede celebrarlas, aunque no coma en diez días continuos. Donde hay enemistades y odio, allí ni ayuno ni fiesta puede haber. No te atrevas a tocar la víctima sagrada sin haber lavado las manos, aunque te apremien mil motivos; pues no te acerques sin haber lavado el alma; que esto es mucho más grave que aquello, e importa más acerbo suplicio. Pues no hay cosa que tanto llene de

manchas el alma como una ira perfectamente asentada dentro del alma.

Donde hay furor e ira, allí no posa el espíritu de mansedumbre. Ahora bien, al hombre abandonado por el Espíritu Santo ¿qué otra esperanza de salvación le queda? ¿Cuándo andará directamente? Así pues, querido, no te precipites a ti mismo y te despojes del auxilio divino queriendo vengarte del enemigo. Pero sobre todo porque, aunque fuera cosa difícil, la grandeza del suplicio originado de la inobediencia es bastante para despertar hasta al más necio y perezoso y para determinarle a admitir cualquier trabajo; pero ahora la misma oración facilita grandemente este negocio, con tal que queramos.

No descuidemos, por tanto, nuestra propia salvación, sino pongamos manos a la obra y hagamos todas las cosas, para que asistamos a la sagrada mesa sin enemigos. Pues de los mandamientos de Dios nada será difícil si rectamente consideramos; y esto está de manifiesto en los que ya felizmente se han ejercitado en aquéllos. Pues ¿cuántos que eran arrebatados por la costumbre de jurar, y pensaban que apenas podían enmendarse de este vicio, sin embargo, mediante la gracia de Dios, tan pronto como habéis puesto un poco de cuidado, habéis limpiado de la parte mayor de esta malicia? Por lo cual os exhorto a que depongáis lo restante y os presentéis a los demás como maestros. Mas a los que todavía no han conseguido eso, sino que nos pretextan el largo tiempo durante el cual acostumbraron emplear juramentos y dicen que es imposible en poco tiempo arrancar lo que echó raíces durante muchos años, responderé yo: cuando se ha de hacer bien algo, porque está mandado por Dios, entonces no hay necesidad ni de tiempo, ni del número de días, ni de intervalos de años, sino tan sólo del temor y piedad, y quedarán cumplidos todos nuestros deseos, y esto dentro de exíguo tiempo.

8. CONTRA LA MALA COSTUMBRE DE JURAR. Mas para que no penséis que digo esto por temeridad, presentadme un hombre siempre pronto para jurar, y del que vosotros penséis que profiere muchos más juramentos que palabras. Dejádmelo por diez días, y si dentro de estos pocos días no le hubiere quitado la costumbre de jurar, condenadme al último suplicio: y que esas palabras no contengan una jactanciosa baladronada, lo pondré en claro con hechos anteriores.

¿Hubo cosa más sin razón y más necia que los Ninivitas? No obstante, esos bárbaros y necios, que jamás habían oído a un filósofo (moral), a los que nunca se habían dado tales preceptos, habiendo

oído estas palabras del profeta: (*De aquí a cuarenta⁷ días Nínive será destruida.* —JONÁS, 3,4): “De aquí a tres días Nínive será destruida.” En tres días depusieron la mala costumbre (o vida): hizose casto el impuro mujeriego, manso el feroz, modesto y benigno el defraudador y raptor, diligente el perezoso. Y no corrigieron uno, ni dos, ni tres, ni cuatro, sino de vez todos los vicios. ¿Cómo sabemos eso? De las palabras del profeta, pues el mismo acusador de ellos, quien había dicho que el clamor de la maldad de aquéllos había llegado al cielo (JONÁS, 1,2), el mismo, lo diré, testificó de ellos en contrario diciendo: *Viendo Dios las obras [de penitencia] que hacían, y cómo se habían convertido de su mala vida* (JONÁS, 3,10), y no singularizó diciendo: de sus liviandades, del adulterio o del hurto, sino... de su mala vida. Mas ¿cómo se convirtieron? Como Dios lo sabe, no como el hombre piensa.

Ahora bien, ¿no es para avergonzarse que unos bárbaros se desprendan de sus vicios en tres días, y que nosotros no podamos vencer ni siquiera una costumbre mala, nosotros que por tantos días estamos instruidos y enseñados? Aun más, ellos habían sido arrastrados a vicios extremos: pues cuando oyese: *la gravedad de su pecado ha subido hasta lo sumo* (GÉN. 18,20) (*el clamor de sus maldades ha subido hasta mi presencia* (JONÁS, 1,2), no entiendas otra cosa que una maldad inmensa; no obstante, pudieron en tres días transformarse hasta la virtud y perfección. Cuando hay temor de Dios, no son necesarios días ni espacios de tiempo; y al contrario, cuando no hay temor, no brota comodidad alguna de los días. Lo que sucede con los instrumentos y vasijas enmohecidas, que si sólo las lavas con agua, por mucho que estén remojadas, no quedan limpias de toda mancha; pero si las metes en el fuego, en pocos momentos los pones más brillantes que cuando están nuevos; así también el alma envenenada con el pecado, si de ligero se lava y limpia de cualquier manera, y se impone cada día penitencia, nada más conseguirá; pero si se mete y arroja en el horno del temor de Dios, en un momento lavará cuanto tenga vicioso. Así pues, no difiramos esto para el próximo día: *Pues no sabes lo que dará de sí el día siguiente* (PROV. 27,1); ni digamos: Poco a poco,

despacito, venceremos la costumbre mala; porque ese despacito nunca faltará.

Motivo por el cual digamos: si hoy no corrijiéremos la costumbre de jurar, jamás sucederá que nos abstengamos de ella, aunque nos apuren mil negocios, aunque se haya de morir, y sufrir suplicios, se haya de perder todo: no demos potestad al diablo de la pereza ni ocasión de prórroga de días. Si Dios ve encendida tu alma y tu deseo vehemente, El también aplicará su mano para el provecho tuyo.

Ruego y suplico que seamos diligentes, para que no oigamos también nosotros: *Los habitantes de Nínive comparecerán también en el día del juicio contra esta nación* (Lc. 11,32), porque ellos, amonestados una vez, se corrigieron; nosotros, amonestados muchas veces, no nos convertimos: ellos aprovecharon en toda virtud; nosotros ni en una parte nos mejoramos: ellos con las amenazas de la destrucción se espantaron; nosotros ni con la denuncia del infierno nos aterrorizamos; ellos, aun sin tener participación en los profetas; nosotros, disponiendo perpetuamente de la doctrina y de mucha gracia.

Digo esto ahora, no para acusaros de los vuestros, sino de los crímenes ajenos. Porque yo ya sé, y antes también lo he dicho, que la ley de los juramentos hermosa y eficazmente está cumplida por vosotros. Sin embargo, ello no es suficiente para nuestra salvación, de no ser que corrijamos enseñando a otros: puesto que no se libró del castigo aquel que presentó el talento y devolvió íntegro todo el depósito (Mt. 25), porque no había multiplicado el dinero recibido, negociándolo con los cambistas. Por lo que no hemos de mirar sólo si estamos libres de este pecado, sino que no desistamos antes de librar también a los demás. Presente a Dios cada uno a diez amigos que haya corregido, bien sean criados, bien discípulos; y si ni discípulos ni criados tienes, al menos tienes amigos; a éstos enmienda.

Y no me digas: Ya hemos abandonado aquella costumbre de jurar continuamente, caemos rara vez; porque debes dejar, arrojar de ti también esas raras veces. Dime: si hubieses perdido una moneda de oro, ¿no es cierto que acudirías a todos preguntando y dando pasos para encontrarla? Pues haz también esto en los juramentos. Si inopinadamente vieres que uno se ha deslizado en un juramento, gime, llora, como si hubieras perdido todos tus bienes.

Lo digo otra vez y lo he dicho ya antes: Enciérrate dentro de tu casa, comunica esto y ponlo en práctica con la mujer, con los hijos, con los familiares: antes habla así contigo. No pondré manos en asun-

to privado ni público antes de haber enmendado mi vida. Si de este modo enseñareis a vuestros hijos, y ellos a su vez a los suyos, y así continuando hasta la consumación y venida de Cristo se propaga esta doctrina, a los que plantaron las raíces primeras, les atraerá un sólido premio. Si tu hijo hubiera aprendido a decir: CRÉEME, no podrá subir a un teatro, ni entrar en una taberna, o sentarse en una mesa de juego: porque aquella palabra, descansando en sus labios como un freno, aun sin pretenderlo, le decidirá a ser pudoroso y verecundo: y si alguna vez se ve allí, de allí escapará tan pronto como pueda.

—Pero es que los otros se te ríen: —tú deplóralos a tu vez. También muchos hicieron burla de Noé, cuando construía el arca; pero cuando advino el diluvio, fue él quien a su vez se rió de ellos: mejor dicho, aquel varón justo nunca se burló de ellos, sino que los compadeció con lágrimas y gemidos. Por tanto, cuando los vieres que se burlan, tú piensa que los dientes de los que ahora ríen a carcajadas tendrán que sufrir entonces gravísimo llanto y rechinar, y los que se lamenten en aquel día y los que rechinen los dientes recordarán las risas; y tú también te acordarás de esta risa. ¿Cuánto no se burló de Lázaro aquel rico (Epulón)?, pero después, habiéndole visto en el seno de Abrahán, él mismo miserablemente lloró por sí.

9. Acordándote pues de todo esto, impulsa cuanto antes a todos al cumplimiento de este precepto. Y no me digas: Poco a poco lo haré, o lo dejes para el día de mañana: porque ese mañana nunca llegará. Han pasado ya cuarenta días: si también pasare la Pascua sagrada, ya a ninguno daré perdón; no amonestación, sino que emplearé la fuerza de la potestad y la severidad. Pues no es valedera esta excusa. ¿Por qué el ladrón no pretexto la costumbre, y se ve libre del suplicio? ¿Por qué no hacen lo mismo el homicida y el adúltero? Ya pues lo denunció y protesto, si encuentro algunos, haré un escarmiento (no hay duda que lo haré); y si sorprendo algunos que no hayan corregido estos vicios, les impondré castigo, mandaré que estén fuera excluidos de los sagrados misterios, y esto no con ánimo de que permanezcan afuera, sino para que, después que se hayan enmendado, recibidos dentro disfruten con pura conciencia de la mesa sagrada, tomando parte en la comunión. Mas pido que, tanto por los ruegos de quienes presidente, como por los de todos los santos, enmendando éstos y todos los demás vicios, consigamos el reino de los cielos, por la gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo.

HOMILÍA 21

1. Con las palabras con que acostumbraba empezar en el tiempo de peligros al dirigirme a vuestra caridad, con las mismas empezaré hoy también delante de vosotros el sermón y diré con vosotros: Bendito sea Dios, que se ha dignado que celebremos con vosotros esta sagrada solemnidad hoy con gozo y mucha alegría, y que al cuerpo ha restituido la cabeza, y a las ovejas el pastor, a los discípulos el maestro, a los soldados el capitán, a los sacerdotes el pontífice. Bendito sea Dios, que sobradamente hace más que nosotros pedimos o pensamos (EPH. 3,20). Porque a nosotros parecía ser bastante quedar entre tanto libres de los males inminentes, y a esto encaminábamos todas nuestras súplicas; mas el clementísimo Dios, además de superar con dones nuestras peticiones siempre con mucho exceso, también nos ha devuelto al padre mucho antes que esperábamos. Pues ¿quién habría esperado en tan pocos días, que marcharía y que hablaría al Emperador, y que solventaría las cosas adversas, y que de nuevo en tan corto tiempo volvería a nosotros, para que pudiese adelantarse a la sagrada Pascua y celebrarla con nosotros? Mas he aquí que lo inesperado ha sucedido, y hemos recibido al padre, y disfrutamos de mayor placer al recibirlo ahora inesperadamente. Por todo esto, repito, demos gracias a Dios clementísimo y admiremos su poder y benignidad y sabiduría y el cuidado que ha tenido por nuestra ciudad. Porque el diablo intentó destruirla totalmente con los crímenes perpetrados; pero Dios ha distinguido y condecorado con esta calamidad a la ciudad, al sacerdote (obispo) y al Emperador, y a todos los ha tornado más esclarecidos. Es a saber: la ciudad ha conseguido el esplendor, porque envuelta en tal peligro, habiendo prescindido de todos los hombres poderosos, de todos los que abundan en riquezas, de todos cuantos tenían grande influencia ante el Emperador, ha recurrido a la Iglesia y al sacerdote de Dios y con grandísima confianza celestial se ha entregado a la esperanza. Porque después de la peregrinación del padre de todos, muchos que aterrorizaban a los habitantes en la cárcel y que decían: “El Emperador no se amansa, antes más se irrita, y piensa en la destrucción total de la ciudad”, y que divulgaban muchas más cosas, vencidos por nada se han vuelto entonces más tímidos por este rumor; pero al decir nosotros: Estas son falsedades, y obra de fraude diabólica que quiere consternar vuestros ánimos, decían. No tenemos necesidad ninguna de consuelo de palabras: sabemos bien a quién nos hemos acogido desde el principio y a qué esperanza nos hemos asido: hemos fijado nuestra salvación al áncora sagrada, y no la hemos en-

tregado a un hombre, sino a Dios omnipotente. Por esto confiamos también que en absoluto sobrevendrá un feliz término: pues no es de creer que esta esperanza pueda ser nunca fallida. Esto ¿cuántas coronas, cuántas alabanzas proporcionará a nuestra ciudad? ¿Cuánta benevolencia de parte de Dios se granjeará, hasta en todos los restantes negocios? Pues no es; no, de cualquiera alma vigilar en los asaltos de las tentaciones, y mirar a Dios, y riéndose de todo lo humano, haber anhelado aquel auxilio.

SALIDA DE FLAVIANO AL EMPERADOR. Por tanto, la ciudad ha conseguido de este modo su esplendor; pero a su vez el Obispo no menos que la ciudad. Expuso su vida por todos y siendo muchos los impedimentos, el invierno, la edad, la festividad, y no menos la hermana que estaba en los últimos alientos, se sobrepuso a todos los obstáculos, y no dijo en sus adentros: ¿Qué es esto? Sólo me ha quedado esta hermana, que conmigo lleva el yugo de Cristo, y que por tanto tiempo ha morado conmigo, ahora está en los últimos, ¿y yo, dejándola, marcharé, y no la veré expirar, ni oír las últimas palabras? Mas ella, en verdad, pedía a diario que le cerrase los ojos, y que le compusiera los labios y la cara, y que cuidase de todo lo referente a la sepultura; mas ahora como abandonada y sin tutor, nada de esto conseguirá de su hermano carnal, de quien más lo prefería, sino que dando el alma al expirar no verá al más deseado de todos? ¿Y no será esto muchas veces más penoso que la muerte repetida? Aún más: de haber estado muy lejos ausente, ¿no debía correr, y hacerlo y sufrirlo todo para concederle esta gracia? Y ahora estando cerca, la abandonaré y dejándola partiré? ¿Y cómo soportará los días siguientes? El empero no sólo nada de esto dijo, pero ni lo pensó; sino que prefiriendo el amor de Dios (el temor) a los lazos de consanguinidad, manifestó que conocía bien que así como al capitán de barco prueban las tempestades y al general los peligros, así también al Obispo la prueba de la tentación. Díjose: todos tienen puestos en mí los ojos, los Judíos y los Griegos: pues no defraudemos las esperanzas puestas en mí, ni en tan poco tengamos tan grande naufragio, sino que dejando todas nuestras cosas encomendadas a Dios, demos hasta la vida misma.

Considera tanto la magnanimidad del Pontífice, como también la benignidad de Dios: él ha gozado de todas las cosas que despreció, para que la prontitud tuviera su premio, y disfrutándolo contra lo que era de presumir, consiguiese más grande placer. Eligió el celebrar la festividad en tierra extraña y lejos de los suyos para salvar la ciudad,

y Dios nos lo ha devuelto antes de la Pascua, para que celebre en común con nosotros la solemnidad, y para que tuviera el premio del propósito, y disfrutase de alegría más grande. No temió la inclemencia de la estación y durante todo el tiempo del viaje hubo temperatura de estío; no se preocupó de la edad, y ha recorrido todo este largo camino lo mismo que un joven vigoroso: no se detuvo por la muerte de la hermana ni fue vencido por el afecto de la sangre; y regresado la encuentra que está viva, es decir, ha conseguido todo cuanto despreció.

2. Y ciertamente el Pontífice consiguió así celebridad y esplendor ante Dios y ante los hombres; mas al Emperador este asunto le adornó con la diadema más resplandeciente. Ciertamente lo primero que se ha puesto en claro es que, lo que a nadie más concediera, ha de perdonarlo a los sacerdotes; después, que la gracia la ha concedido con mucha celeridad y que dejó de estar airado. Mas para que aprendáis más claramente ya la magnanimidad del Emperador, ya la sabiduría del sacerdote (obispo), y antes que estas dos cosas la benignidad de Dios, dejadme que os exponga unas pocas cosas de la oración que allí se dijo.

COMEDIMENTO DE FLAVIANO. Mas diré lo que he aprendido de uno que se halló presente dentro; porque el padre nada, ni poco ni mucho, nos ha dicho, sino que, imitando siempre la magnanimidad de Pablo, esconde los méritos propios y a los que preguntan de todas partes qué habrá dicho, y cómo habrá persuadido al Emperador, y cómo habrá excluido toda ira del mismo, repetía estas palabras: En nada hemos contribuido nosotros al éxito, sino que el mismo, y antes de nuestras palabras, remitió toda ira y disipó el furor; y hablando de los sucesos, lo mismo que si fuera otro el ofendido, así recordaba sin ira todo cuanto ha sucedido. Mas lo que por humildad ocultó éste (el obispo), Dios lo ha publicado.

Y ¿cuáles son estas cosas? Tomando el discurso un poco de más arriba os las referiré.

Pues luego que hubo salido de la ciudad, dejando a todos en tanta tristeza, sufría mucho más que los mismos que estaban en las molestias. A saber, primero encontrando en medio del camino a los que de parte del Emperador habían sido enviados para examinar los sucesos y enseñado por ellos con qué fin eran enviados, y los males que invadirían la ciudad, tumultos, perturbaciones, fuga, temor, ansiedad y peligros, pensando todo esto, derramaba lágrimas abundantes, par-

tiéndosele las entrañas; es cosa usada en los padres el dolerse mucho más cuando no pueden estar presentes a los hijos que están malos: lo cual experimentó esto piadosísimo (padre), llorando no sólo los males que nos habían de invadir, sino que, padeciéndolos nosotros, él estuviese lejos; aunque también esto se hizo en pro de nuestra salvación. Porque tan pronto como supo de aquéllos estas cosas, brotaban las fuentes de las lágrimas más ardientes y acudía a Dios con súplicas más insistentes, y orando se pasaba las noches en claro para que socorriese a la ciudad paciente y para que trocase en más humana la voluntad del Emperador. Mas luego que llegó a la gran ciudad de Constantinopla y entró en los regios salones, parose lejos para hablar al Emperador, mudo, llorando, inclinado, encorvado, escondiéndose, lo mismo que si fuera él quien había cometido tantos crímenes. Y esto hacía, queriendo moverle a misericordia antes con el vestido, con el aspecto, con los llantos, y después comenzar nuestra defensa. Porque el único perdón que resta a los que pecan es el callar y no decir ni palabra en defensa de los hechos. Porque él intentaba de veras quitar un sentimiento y poner otro, es decir, quitar la ira, y poner la tristeza, para preparar así la defensa verbal; y así en verdad sucedió. Lo mismo que Moisés cuando subió al monte, una vez caído el pueblo (en idolatría), parose mucho hasta que Dios le provocó diciendo: *Déjame desahogar mi indignación contra ellos, y acabarlos* (Ex. 32,10); lo mismo hizo éste también.

PALABRAS DE TEODOSIO A FLAVIANO. Y así habiéndole visto el Emperador, y que lloraba y estaba encorvado, él mismo se le acercó y con palabras que le dirigió manifestole lo que estaba padeciendo con motivo de las lágrimas del sacerdote (del obispo). Pues no fueron las de quien está indignado ni airado, sino más bien las del que está triste y poseído de dolor: y que esto sea verdad lo sabréis oyendo las mismas palabras. Porque no es que dijo: al cabo, ¿qué es esto? —¿Vienes desempeñando una delegación en favor de hombres malvados y perniciosísimos y que no debieron vivir, tiranos, revoltosos y dignos de cualquier suplicio? Sino que perdonando todo esto, hizo una defensa llena de reverencia y gravedad, y recordaba los beneficios que había conferido con los cuales durante todo el tiempo de su reinado ha favorecido a nuestra ciudad, y a cada uno iba repitiendo: ¿Acaso hube yo de padecer esto en pro de ellos? ¿Cuáles injurias mías reclamaban estas penas? Los que tenían algo pequeño o grande contra mí de acusación, ¿por qué no me injuriaron sólo a mí, sino que ofendieron

también a los difuntos? ¿No era bastante saciar el furor en los vivos? ¿Es que si no trataban contumeliosamente también a los sepultados pensaron que no hacían algo grande? Habríamos de ser malos, como ellos piensan; con todo había que perdonar a los muertos, que ninguna ofensa hicieron: puesto que no podían imputarles también estas cosas. ¿Acaso no he preferido siempre esta ciudad a todas y estimábala por más deseable que la patria; y tenía un deseo continuo de ver aquella ciudad, y en presencia de todos hacía este juramento (promisorio)?

3. DISCURSO DE FLAVIANO AL EMPERADOR POR LOS ANTIOQUENOS. Entonces el Pontífice, sollozando amargamente y soltando más ardorosas lágrimas, no calló más tiempo, pues veía que la defensa del Emperador hacía nuestra culpa más grande; sino que con gravedad y gimiendo profunda y amargamente, dijo: Oh Emperador, confesamos y no podemos negar ese amor que habéis demostrado para con nuestra patria, y por esto sobre todo lloramos, porque los demonios han tenido envidia de la tan amada, y hemos aparecido como ingratos para con el bienhechor, y hemos enojado a quien nos ama sobre todo. Aunque arrases, nunca abrases; aunque mates, aunque hagas cualquier otra cosa, aun no habrás exigido la pena de que somos dignos, porque nosotros por adelantado nos hemos agraviado más miserablemente que con innumerables muertes. Pues, ¿qué puede ser más amargo que, exacerbando injustamente al bienhechor y tan amante, aparecer así y que todo el mundo sepa esto, y que nos condene por los más ingratos?

Si los bárbaros, entrando en nuestra ciudad, hubiesen derribado las murallas, e incendiado las casas, y llevándose cautivos se hubiesen marchado, era menos mal. ¿Y esto por qué? Porque viniendo Vos y dándonos tantas pruebas de benevolencia, quedaba la esperanza de que todos aquellos daños se resolverían, y de que nuevamente volveríamos a la forma de antes, y de que recibiríamos más esclarecida libertad; mas ahora, quitada vuestra benevolencia y roto el vínculo del amor, que para nosotros era de más seguridad que todos los muros, ¿a quién nos acogeremos en adelante? ¿Cómo podremos mirar a otro, habiendo exacerbado a tan suave señor y a padre tan complaciente? Y así cierto que parece que han hecho cosas intolerables, pero han sufrido las más graves de todas, no atreviéndose a mirar a hombre alguno, y no pudiendo ni aun mirar al mismo sol con ojos claros, cerrando la vergüenza por todos lados los ojos y obligando a esconderse: quitada que les ha sido la libertad, ahora están sufriendo más penas que cualesquiera cautivos y pasan por extremada ignominia; y pensando la

magnitud de los males y en cuánta contumelia se han lanzado, ni a respirar se atreven, habiéndose atraído la recriminación de todos los habitantes de la tierra más vehemente por razón de quien fue injuriado.

Mas si Vos queréis, oh Emperador, hay medicina para la herida, y remedio para tantos males. Muchas veces ha sucedido también esto en hombres particulares; grandes e intolerables ofensas se han convertido en materia de grande claridad: como sucedió también en nuestra naturaleza. Pues habiendo Dios hecho al hombre, también lo introdujo en el paraíso, y le hizo digno de mucho honor. El diablo, no soportando tanta prosperidad, le envidió y le derribó de la dignidad que tenía dada. Dios empero no sólo no le abandonó, sino que en lugar del paraíso, abrió el cielo, demostrando con esto mismo la propia benignidad y castigando más al diablo. Haced Vos también lo mismo.

Ahora los demonios han movido todo para apartar de tu benevolencia a la ciudad para Vos la más grata de todas, mas Vos, sabiéndolo ahora, aunque impongáis penas, no nos echéis de la anterior amistad. Mas, si es lícito decir ahora algo inopinadamente, también escribidla ahora la primera entre las predilectas, si queréis vengaros de los demonios que han obrado esto. Porque si destruíis y demoléis, y arrasáis, haréis lo que antes quisieron ellos; pero si deponéis el enojo y confesáis otra vez que la amáis como antes la amábais, les habréis inferido una herida mortal, y les habréis impuesto la extrema venganza, demostrando no tan sólo que nada en absoluto han conseguido mediante las insidias, sino todo lo contrario de lo que querían ha sucedido. Y habrá sido equitativo que hagáis esto y os compadezcáis de la ciudad, a la cual por motivo de vuestra amistad envidiaron los demonios, pues de no haberla Vos amado tan velamente, ni ellos la hubieran acometido con tanta envidia. Y así, aunque es admirable lo que se dice, pero es verdad, que por Vos y por vuestra amistad ha sufrido estas cosas. ¿A cuántos incendios, a cuántas destrucciones no exceden en acerbidad aquellas palabras que en la respuesta decíais? Decís que ahora estáis ofendido por contumelia, y que habéis soportado lo que ninguno de los Emperadores anteriores; mas si queréis, oh humanísimo, oh sapientísimo, oh piadosísimo, lleno de compasión, esta afrenta os pondrá una corona más resplandeciente y más grande que esa diadema. Porque esta diadema es no solamente la señal de vuestro poder, sino además es indicio de quién ha manifestado liberalidad; pero la corona labrada con este acto de humanidad os pertene-

cería a Vos únicamente y será mérito de vuestra filosofía, y no tanto os admirarán todos por esas piedras preciosas, como os alabarán por la victoria reportada y por haber dominado vuestra indignación. ¿Derribaron vuestras estatuas? —Mas podéis erigir otras más preclaras. Porque si a los autores de la injuria perdonáis los crímenes y no les imponéis penas algunas, no es que en la plaza os levantarán una estatua de bronce, ni de oro, ni cuajada con preciosas piedras, sino revestida de la más preciosa sustancia, cual es la humanidad y la misericordia. Cada cual os erigirá tal en su mente, y tendréis tantas estatuas cuantos son los hombres que habitan y habitarán el orbe. Que no sólo nosotros, sino también los que vendrán después de nosotros, y todos los que después de aquéllos oirán estas cosas, y lo mismo que si hubieran sido ellos los bien tratados, así os admirarán y os amarán. Y porque no digo esto para lisonjear, sino porque así será en absoluto (permitidme que) os refiera cierto discurso antiguo, para que recordéis que no fue costumbre que los ejércitos, las armas, los dineros, la multitud de los súbditos y otras cosas a estas parecidas hayan hecho espléndidos a los reyes tanto cuanto su filosofía y mansedumbre de ánimo.

HERMOSA RESPUESTA DE CONSTANTINO. Cuéntase de Constantino el afortunado que, habiendo sido apedreada cierta vez una efigie suya, e instigándole muchos a que tomase venganza de los autores de la contumelia, y diciéndole que esos con las piedras habían herido toda la cara, palpando con la mano la cara y con suave sonrisa dijo: “Pero yo en ninguna parte hallo la herida hecha en la frente, sino que de veras tengo sana la cabeza y cierto también sana la cara toda.” Entonces ellos, avergonzados y confusos, desistieron de este mal consejo: pero este dicho aún lo celebran todos, y no lo ha borrado el tiempo transcurrido ni ha extinguido la memoria de esta (sabia) filosofía. ¿A cuántos trofeos no excede esto en brillo? Levantó él muchas y grandes ciudades y venció a muchos bárbaros (enemigos), pero de nada de eso hacemos memoria; mas este dicho es celebrado hasta el presente día, y nuestros sucesores y los sucesores de ellos todos oirán lo mismo. Y no es de admirar sólo que lo oirán, sino que también lo repetirán entre alabanzas y palabras fastuosas, y los que digan alabarán, y los que oigan las recibirán con agrado, y no hay uno que pueda callar al oírlo, sin que juntamente exclame y alabe al que lo dijo y pida para él, aunque difundo, bienes sin cuento. Pues si por aquel dicho ha obtenido tanta gloria entre los hombres, ¿cuántas coronas habrá alcanzado en la presencia de Dios benignísimo?

HUMANIDAD DE TEODOSIO. Pero, qué necesidad hay de recordar a Constantino y de conmemorar otros ejemplos, cuando hay oportunidad en los méritos propios para exhortaros? Acordaos de antes, cuando al venir la solemnidad esta enviásteis por toda la redondez de las tierras una carta mandando que los detenidos en la cárcel fuesen dimitidos, que se les perdonasen los crímenes, y para demostrarles vuestra humanidad, no bastando eso, decíais en la carga: ¡Ojalá me fuese posible llamar y resucitar a los difuntos y devolverlos a la vida de antes! Acordaos ahora de estas palabras: ahora es el tiempo de los difuntos que han de ser revocados y resucitados y devueltos a la vida de antes. Porque también éstos están ya muertos y antes de que el juicio sea visto está ya la ciudad colocada en las mismas puertas del abismo. Por tanto, sacadla de allí, sin dineros, sin expensas, sin tiempo, sin trabajo alguno. Pues que a Vos basta sólo que habléis, y que revoquéis a la ciudad que ya está en tinieblas. Mandad ahora que en adelante se la llame de vuestra humanidad, y no quedará tan agradecida a quien la levantó desde los cimientos, como a vuestra sentencia; y no sin motivo. Pues él, habiéndole dado principio, retirese; mas vos, hecha grande y aumentada, y destruida después de la mucha tranquilidad, la habéis resucitado. No hubiera sido tanto de admirar si, asaltada de enemigos y asolada por bárbaros, la hubiéseis librado del peligro, como es admirable que ahora la hayáis perdonado, porque aquello con frecuencia lo han hecho muchos reyes, pero esto solamente lo habéis hecho Vos y además el primero y fuera de lo que se esperaba. Y ciertamente no es de admirar aquello, ni está fuera de las esperanzas, puesto que es cosa de cada día presidir a los súbditos; mas que habiendo padecido tantas y tales cosas, depongáis la ira, esto excede a toda la naturaleza del hombre.

Pensad además que ahora se ha de decidir no sólo de aquella ciudad, sino también de vuestra gloria, y más aún, del Cristianismo total. En este momento, tanto los Judíos como los Griegos, y todo el orbe de la tierra y los bárbaros (que también han oído esto) tienen sus ojos puestos en Vos, esperando con expectación, para ver qué sentencia daís de los hechos, es decir, que si la diérais humana y suave, todos alabarán la sentencia, y glorificarán a Dios y comentarán entre sí diciendo: ¡Oh! ¿Veis cuánto es el poder del Cristianismo? Al hombre que no tiene igual en la tierra, señor de todo para deshacerlo y destruirlo, le ha cohibido y refrenado, y le ha enseñado unas maneras filosóficas tales como no las tuviera siendo un hombre particular pri-

vado. Verdaderamente grande es el Dios de los Cristianos, que de hombres hace ángeles, y los presenta superiores a toda necesidad natural.

Porque no temáis por un superfluo temor, ni toleréis a los que dicen que las otras ciudades serán peores y que despreciarán más vuestra autoridad, como ésta no haya sido castigada. Porque si hubiérais sido débil en el castigo, y los que hicieron estas cosas os hubieran vencido por la violencia, y fuese el poder igual, había de sospecharse esto con fundamento; pero si están espantados y casi muertos de miedo y por mediación mía han acudido a vuestras plantas y cada día no prevén más que el abismo, y hacen en común oraciones mirando al cielo, y piden que venga Dios y que nos acompañe a la vez en nuestra legación, y como los que están a los últimos alientos disponen cada cual de sus cosas, ¿cómo no será superfluo este temor? Si se hubiera mandado matarlos, no habrían padecido tanto como están padeciendo ahora, viviendo tantos días en temor y temblor, sin que al caer de la tarde se prometan ver la aurora, y al amanecer el día no confían en llegar a la tarde. Y muchos han caído en las garras de las fieras mientras andan por los desiertos, trasladados a lugares extraviados, y no sólo varones, sino niñitos pequeños, y mujeres nobles y hermosas, escondiéndose durante las noches y los días en grutas y en los barrancos y en los hoyos del desierto. Y un nuevo modo de cautiverio sufre la ciudad; estando en pie los edificios y los muros, padecen cosas más duras que las ciudades incendiadas; sin que ningún bárbaro la ataque, sin que ningún enemigo aparezca, están más miserablemente impresionados que los cautivos, y aun si una hoja se mueve, aterroriza a todos ellos cada día.

Esto lo saben todos, y si la hubieran visto destruida, no hubieran sido castigados tanto como ahora cuando han oído estas calamidades. No penséis, pues, que se han de hacer peores las restantes ciudades. Puesto que si hubieseis destruido otras ciudades, no las hubieseis castigado tanto como ahora los castigáis con la incertidumbre de lo futuro, más dolorosa que todo suplicio. No les prolonguéis más tiempo las calamidades, sino concededles ya que respiren.

Cierto que castigar a los súbditos e imponerles penas de los delitos es cosa del todo fácil y pronta; mas perdonar a los que infirieron una contumelia y conceder perdón a los que han cometido actos indignos de ser perdonados, apenas lo hace uno que otro, máxime siendo el Emperador quien sufrió la ofensa contumeliosa. Así como tam-

bién es fácil someter por miedo a la ciudad; pero el lograr que todos se hagan amadores de Vos, y el persuadirles que se porten benévola-mente en vuestro reino, y que no sólo en común, sino en privado, también se hagan preces en vuestro favor por el imperio esto es difícil, aunque uno gaste sin fin el dinero, y ponga en movimiento ejércitos innúmeros, y haga cuanto quiera; no podrá atraerse fácilmente el cariño de tantos hombres: a Vos, empero, será ahora fácil y de ningún trabajo.

Porque tanto los afectados por los beneficios, como los que oyeron juntamente con aquellos que recibieren los beneficios, estarán afectos a Vos. ¿Cuánto no hubieseis dado, cuánto no hubierais soporado para que en corto tiempo hubierais adquirido todo el orbe y para persuadir a todos los que hoy viven y a los venideros que deseen para Vos todo cuanto para sus hijos desean?

Y si esto de los hombres, pensad qué grande premio recibiréis de Dios, no tan sólo de lo que se hace ahora, sino también de lo que otros harán después de esto. Pues si acontece que alguna vez se repite lo que ahora ha sucedido, y Dios no lo permita, y algunos de los ofendidos quieran revolvee eficazmente de obra contra la contumelia, vuestra benignidad y prudencia filosófica serales de eficaz enseñanza y advertencia: se ruborizarán y avergonzarán, teniendo tal ejemplar, de aparecer inferiores. Así es que seréis el preceptor de todos los posteriores, y les arrebatáis la palma, aunque lleguen a la cumbre de la filosofía. Porque no es lo mismo que uno sea el primero en dar ejemplo de benignidad tanta, y el que otro mirando a otros imite sus hechos. Por lo tanto, quienquiera que después que Vos exhibiere humanidad y toda clase de mansedumbre, recibiréis Vos con ellos la recompensa; pues quien plantó la raíz, ciertamente es autor de los frutos. Por esto, actualmente nadie ciertamente puede compartir con Vos el premio de humanidad, que es merecido solamente por Vos; Vos, empero, podréis compartir por igual el mérito con todos, si es que alguna vez aparezcan tales (imitadores), podréis reportar tanta parte, cuanta en los discípulos el maestro, y si ninguno hubiera tal, todavía os llegarán los encomios y alabanzas de todas las generaciones.

Porque considerad lo que es oír a todos los posteriores que, estando tan gran ciudad sujeta a pena y venganza, llenos todos de pavor y horrorizados los caudillos, prefectos y jueces y no atreviéndose ni a hablar en favor de aquellos desgraciados, acercándose un solo ancía-

no que, sacerdote de Dios, con su aspecto sólo y con sus palabras movió al Emperador a reverencia; lo que a ninguno de sus súbditos concedió, esto concediolo al anciano único por respeto a las leyes de Dios.

Porque también por esto mismo no poco os honró, oh Emperador, la ciudad, habiéndome enviado como delegado ante Vos; pues han proferido de Vos un juicio óptimo y hermosísimo, de que a todos los principados a Vos sujetos anteponéis los sacerdotes de Dios, aunque sean de vil nacimiento. Pero no vengo sólo de parte de ellos, sino antes que de ellos soy enviado del común Señor de los Angeles a decir esto a vuestra mansísima y benignísima alma. Porque si a los hombres perdonáis sus deudas, también el Padre celestial perdonará vuestras caídas (Mt. 6,14).

Acordaos, por tanto, de aquel día en que todos daremos cuenta de nuestros hechos; pensad que aunque haya en Vos algo defectuoso, podréis lavar todas las prevaricaciones por este juicio y sentencia sin trabajo ni sudores. Porque otros legados traen oro y plata y otros dones de esta índole, pero yo he venido ante vuestra potestad imperial con las sagradas leyes, y en vez de dones varios, os presento éstas, y os suplico que imitéis a vuestro Señor, quien sufriendo de nosotros cada día contumelia, no cesa de administrar a todos sus beneficios. Y no dejéis fallidas nuestras esperanzas ni irritéis vuestras promesas: porque también quiero que sepáis esto con los otros, que si queréis reconciliaros y comunicar a la ciudad vuestra anterior benevolencia y dejar pasar esta justa indignación, volverá con mucha confianza; pero si en vuestra alma despreciáis a la ciudad, no sólo no tornaré a ella ni veré su suelo, sino que también en adelante me negaré totalmente y me inscribiré en otra ciudad. Pues nunca me acaezca estar inscrito en aquella patria, para con la cual Vos, que sois humanísimo, y el más suave de todos los hombres, no queréis aplacaros ni reconciliaros.

4. SUAVE RESPUESTA DEL EMPERADOR, QUIEN PERDONA A LOS ANTIOQUENOS. Habiendo dicho estas y muchas más cosas, de tal manera se emocionó el Emperador que vino a repetirse lo que antiguamente sucedió a José. Pues así como entonces viendo él a sus hermanos quería en verdad llorar, pero disimulaba el dolor para no declarar la simulación; así también el Emperador lagrimaba seguramente en el alma, pero no lo demostraba por causa de todos los que estaban presentes. No obstante, no pudo ocultar hasta el fin el ardor, sino que contra la voluntad era vencido. Después de este discurso ya no hubo

necesidad de secundar las palabras, sino que habló una sola palabra, que le enalteció mucho más que la diadema. Y ¿cuál es ésta? Dijo: “¿Y qué tiene de admirable y digno si Nos a los que nos han ofendido con contumelia y que son hombres, perdonamos nuestra ira, siendo también Nos hombre; cuando el Señor del mundo que ha descendido a la tierra y se ha hecho siervo por nosotros, y crucificado por los beneficiados, rogó al Padre por los que le crucificaban, diciendo: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23,34). ¿Qué tiene de admirable si Nos perdonamos a los consiervos?”

Y que no son una simulación estas palabras lo demostraron ciertamente la restantes obras, y no menos que ellas lo que ahora os he de contar.

Pues a este mismo sacerdote (el obispo), que deseaba celebrar esta solemnidad en su compañía, obligole a salir aun contra su deseo y a presentarse a los ciudadanos. Porque dijo: sé que sus ánimos están ahora consternados y que aún quedan muchas otras calamidades; id, consoladlos. Si vieren al capitán de navío, ya no se acordarán de la tempestad pasada, sino que borrarán toda memoria de tristeza. Mas cuando el Pontífice insistió pidiéndole que mandase a su hijo, queriendo él demostrarle que en su mente había apagado completamente la ira, díjole: Orad que se quiten estos estorbos; que se acaben estas guerras, y en persona iré Yo ciertamente.

¿Puede haber alma más benigna que aquélla? En adelante, confúndanse los gentiles, o más bien, no sean confundidos, sino instaurados, y dejando el mundo suyo propio, vengán a poder del Cristianismo, enseñados por el Emperador y por el Pontífice en nuestra filosofía.

Pero no paró con esto el piísimo Emperador, sino que después que el obispo salió de la ciudad y atravesó el mar, mandole unos emisarios para preguntar y cuidar solícito para que no se pasase el tiempo y se disminuyese a la ciudad la satisfacción, celebrando la solemnidad lejos fuera de la ciudad.

¿Qué manso padre tuvo tanto cuidado de los que le inferían una injuria? Diré también otra alabanza del justo. Porque una vez despachado esto, no se apresuró, como otro codicioso de gloria, a llevar él mismo las cartas que disipaban aquella tristeza; sino que como iba más despacio, pidió a otro acostumbrado a correr velozmente a caballo que se le adelantase y llevase a la ciudad las buenas nuevas, para que no se prolongase la tristeza por la tardanza de su regreso. Que lo

que él buscaba sólo era, no el venir él mismo trayendo estas buenas nuevas llenas de mucho placer, sino el que la patria más pronto respirase.

LECTISTERNIOS ⁸ EN LAS COSAS ALEGRES. Por tanto, lo que entonces hicisteis coronando la plaza y encendiendo luminarias, colocando lechos delante de las tiendas y, como si se tratase de una ciudad recién nacida, celebrando la fiesta, haced esto de otra manera en todo tiempo, coronándoos no con flores, sino con virtudes, encendiendo lumbre en vuestra alma por las obras, viviendo alegres con alegría espiritual, y no cesemos de dar a Dios gracias por todo esto, no solamente porque ha solucionado lo grave, sino también por haber permitido que se hiciera, confesemos que le debemos mucho, pues por ambas cosas nos ha hermoñado la ciudad. Todas estas cosas según el dicho del Profeta: *De ella hablaréis a vuestros hijos, y vuestros hijos a los hijos suyos, y los hijos de éstos a los que vayan viniendo* (JOEL 1,3), para que todos los que han de vivir hasta la consumación, aprendiendo la humanidad de Dios manifestada a la ciudad, nos tengan por dichosos en verdad por haber alcanzado tanta benevolencia; y admiren al Señor nuestro, que volvió a levantar la ciudad así caída; y sean ganados también ellos, y se vean impelidos hacia la piedad por los ejemplos de hechos tales, porque no a nosotros tan sólo, si siempre los recordamos, sino también a los posteriores podrá ayudar muchísimo la narración de los que nos sucedieron.

Pensando todo esto, no tan sólo por la solución de las cosas graves, sino también por haberlas permitido, demos siempre gracias a Dios clementísimo, tanto de las sagradas Escrituras, como de lo que nos ha sucedido, enseñados de que El, para provecho nuestro, dispone todas las cosas con la benignidad que con El dice bien, de la cual disfrutemos siempre y nos acontezca el conseguir también el reino de los cielos, en Jesucristo Nuestro Señor.

Editado por Manuel Arnaldos, ed. EJC, Molina de Segura 2025

[ver más autores y libros aquí](#)

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA